

LA CREACIÓN

SEGÚN QUE SE CONTIENE EN EL PRIMER CAPÍTULO DEL GÉNESIS

Distinguido y estimado amigo: Bajo el título que encabeza este mal hilvanado escrito, publicó en 1890 el R. P. Juan Mir, de la Compañía de Jesús, un libro por muchos conceptos notable y digno de ser conocido; y como quiera que su autor regalase un ejemplar á la Real Academia de la Historia, el eminente Director de la docta Academia tuvo á bien confiar al que suscribe la grata, siquiera ardua tarea de exponer un juicio crítico sobre la obra. Redactado éste con la brevedad que consentían mis escasas fuerzas, se leyó en una de las sesiones últimas de la Academia, dando origen á luminosa é instructiva discusión, en la que, á más del egregio Director, Sr. Cánovas, siempre ansioso de intervenir é ilustrar con sus vastos conocimientos todo linaje de asuntos, sean literarios ó científicos, terciaron otros varios académicos, aduciendo todos ellos argumentos y datos que sirvieron como de feliz y acertado complemento al dictamen. Procedía luego acordar si había de insertarse ó no el juicio crítico en el Boletín de la Academia; mas como quiera que aquél no había sido solicitado por el autor ni por la superioridad, y deseando, por otra parte, evitar por espíritu de prudencia toda polémica, por los inconvenientes que pudiera tener para.

la Corporación, desistióse de llevar á cabo el acuerdo que en casos parecidos suele tomarse. Pero habiendo manifestado varios académicos cierto deseo de que viera la luz pública el escrito en alguna Revista de renombre y merecida fama, siendo la que usted con tanto acierto dirige una de las que con más justos títulos logran el favor del público ilustrado, accediendo gustoso y con agradecimiento á la señalada honra que mis compañeros me dispensan, acudo á usted en demanda de un huequecillo en las páginas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA para dar en él cabida al pobre y desaliñado parecer de su afectísimo amigo, Q. B. L. M.,

J. V.

Madrid 19 Marzo 1891.

Forma el libro del P. Mir un tomo en 4.^o de 1074 páginas, de letra menuda y ancha caja, cuya estructura y distribución de materias es la siguiente: comienza por el prólogo, que ocupa 18 folios destinados á exponer los poderosos motivos que tuvo el autor para lanzarse á la empresa, ya por otros acometida, sin tener la pretensión de abrir ignotos derroteros, sino tan sólo la de avivar entre nosotros el ardor del combate con los enemigos de la fe, procurando algún servicio á la causa del catolicismo, aplicando el estudio á delinear la Creación contenida en el primer capítulo del Pentateuco y compararlo con los adelantamientos presentes que permiten extender las velas con más holgura, con propias frases, y exponer la letra de Moisés con alguna mayor claridad, ya que no con entera certidumbre. Traza luego el autor un expresivo y nada lisonjero cuadro condoliéndose de los perniciosos efectos causados por determinadas hipótesis y doctrinas en el ánimo de ciertas gentes, y en especial en el de aquellos católicos optimistas que no conocen, ciegos, que la ignorancia de lo grave del mal es el aliado, que da más alas al positivismo para dilatar sus conquistas.

Sigue la Introducción al Hexamerón de Moisés, que comprende la obra toda, en 52 capítulos distribuída; el 1.^o trata del origen del Universo; el cap. 2.^o dice así: el Hexamerón

y las Cosmogonias paganas; el 3.º, el Hexamerón y la ciencia natural; 4.º, inspiración del Hexamerón; 5.º, intento de Moisés en el Hexamerón; 6.º, los días genesiacos; 7.º, el Hexamerón según los Santos Padres y Doctores; la Creación; cap. 8.º, la Creación elemental; 9.º, la materia informe; 10.º, el eter y la materia cósmica; 11.º, el caos; 12.º, la fuerza; Día primero, cap. 13.º, la luz primera; cap. 14.º, las leyes del universo; 15.º, el calor central; 16.º, el reino mineral; Día segundo, cap. 17.º, el firmamento; 18.º, la atmósfera terrestre; 19.º, los mares; 20.º, la faz de la tierra; Día tercero, cap. 21.º, la vida en el mundo; 22.º, la flora primitiva; 23.º, el reino vegetal; 24.º, la vida vegetativa; 25.º, los fósiles; 26.º, las especies vegetales; Día cuarto, cap. 27.º, la luz solar; 28.º, el reino sideral; 29.º, sistema solar; 30.º, los dos luminares; Día quinto, 31.º, el reino animal; 32.º, la vida sensitiva; 33.º, el alma de los brutos; 34.º, la fauna primitiva; 35.º, la generación espontánea; 36.º, las especies animales; 37.º, el instinto de los animales; Día sexto, 38.º, la fauna terciaria; 39.º, origen del hombre; 40.º, el evolucionismo; 41.º, el reino humano; 42.º, el hombre terciario; 43.º, el hombre cuaternario; 44.º, la antigüedad del hombre; 45.º, edad del linaje humano; 46.º, unidad de la especie humana; 47.º, la vida racional; 48.º, el reino espiritual; 49.º, el paraíso terrenal; 50.º, la vida sobrenatural; Día séptimo, capítulo 51.º, el descanso de Dios; cuánto tiempo duró, y 52.º, conclusión de la obra.

Siguen siete páginas destinadas á lista de autores é índice, testimonio fehaciente de la asombrosa erudición del autor, y una página de fe de erratas.

No es difícil inferir del anterior extracto que la obra del R. P. Mir es una verdadera enciclopedia, en la que discurre en general con discreción y acierto acerca del desenvolvimiento de la materia toda, desde el momento sublime de su creación hasta el descanso del Supremo Hacedor, que le dió existencia; historia maravillosa en la cual figuran los centros solares, los planetas y satélites, la tierra y todo lo que de mineral y orgánico encierra ésta en su seno, en cuya última y preferente categoría coloca aquél al hombre, del que si-

guiendo al insigne Quatrefages forma un reino aparte. Y no se limita el P. Mir á considerar todos estos asuntos bajo el punto de vista puramente físico, sino que remonta su vuelo hasta la vida sensitiva, la intelectual y sobrenatural, dando en todos estos asuntos pruebas claras y evidentes de su profundo saber, admirable erudición y recto criterio, especialmente en todo cuanto se relaciona con la exégesis bíblica y con la Patrología, siempre inspirándose, como se lee en el prólogo, en el más vivo deseo de defender la religión de los insultos de la falsa ciencia, ayudándose de los conocimientos naturales para poner de manifiesto las obras de los seis días. La Cosmogonía que los Santos Padres enseñaban, de dos partes principales se componía, añade el mismo: explanaban primero los dogmas de la simplicidad de Dios, creación, providencia, unidad de la especie humana, dependencia y caducidad de las cosas; y después daban á la letra de todo el capítulo aquella interpretación que creían más conforme con la ciencia natural que en su tiempo florecía. Mas sobre que ésta se hallaba por entonces en la infancia, y algunos ramos, tales como la Geología, la Antropología y otros, no habían nacido aún, precisa declarar con franqueza que en los tiempos de dudas y de controversia que alcanzamos, la prueba de fervor y sentimiento que los Santos Padres solían aducir, apenas alcanza valor alguno, á no ser en el ánimo de las gentes piadosas, pues lo único que puede llevar el convencimiento al ánimo de los que vacilan ó niegan en absoluto la realidad de la Creación y las incomparables excelencias del Creador, es la razón científica, y tangible, cuando las circunstancias lo requieran, ya que de los progresos de la ciencia se valen los incrédulos para combatir ciertas creencias para nosotros venerandas.

Ahora bien, en este concepto considerada, ¿responde la obra de que se trata á los nobles y levantados propósitos de su autor? Sensible por todo extremo es declarar que, en el concepto de naturalista, y menos aún como geólogo, no se halla ésta á la altura de la merecida reputación de su autor, lo cual ni debe á nadie causar maravilla por cuanto hoy es de todo punto imposible la universalidad de conocimientos, ni

por esta misma circunstancia disminuye en lo más mínimo el mérito de quien concibió primero y supo llevar después á feliz término empresa semejante.

En el Manual de Geología premiado en público certamen, ya intenté demostrar la perfecta conformidad y armonía que existe entre la historia de la tierra y del Cosmos todo y la narración mosaica, fundado en lo que aquélla nos enseña relativamente al origen y ulterior desarrollo de los cuerpos planetarios y de los seres que en ellos existen, en cuya lenta y gradual aparición no faltan autores que quieran ver en cierto modo á manera de fundamento de la teoría evolutiva. En los treinta y un años transcurridos desde que aquella obra se publicó, mis convicciones hanse fortalecido en vez de debilitarse; lamentando tan sólo el que el P. Mir, á pesar de conocer la Geología, como en el libro lo demuestra, no saque en esta circunstancia el partido que de su ilustración era de esperar.

Aceptando de lleno la doctrina de los Santos Padres, de conformidad con la sustentada en todos tiempos por la Iglesia, se complace el P. Mir en evidenciar el espíritu de tolerancia en que ésta se inspira en todo aquello que no afecta directamente á la moral y al dogma. Así dice, en la página 65, que el Concilio Tridentino no prohibió que se diese á un texto interpretación científica ó histórica contra las que abrazaron los Santos Padres, por cuanto la interpretación científica en nada perjudica á la fe ni á la moral; y la Iglesia está muy lejos de poner trabas al progreso sin necesidad; dejando en libertad al católico escritor sobre la cronología bíblica, en la que los Setenta, el hebreo y el samaritano andan desacordes. Aún aparece más explícito el autor en la página 103, á propósito del modo cómo deben interpretarse los días de la creación, pues se expresa en los siguientes términos: «Siendo, pues, tan vaga la expresión, bíblica parapetarse en el rigor de la letra, y no querer salirse de él por parecer obvio, y porque no deba sacrificarse la simplicidad del texto á las liviandades de una ciencia *caediza* y *volitaria*, como Bergier, Drach, Wisemam, Soriguet, Buckland y otros han pretendido colegir, es presuponer lo que se ha

de demostrar, es dar por hecho lo que cuesta persuadir, es tomar por absuelta la causa que está en cuestión.» Y esto no obstante, al llegar á la tan debatida cuestión de la antigüedad del hombre, resístese el ilustrado autor del libro á dar asentimiento á los irrecusables testimonios que hoy la justifican, tratando, por el contrario, de atenuar, ya que no de destruir por completo, la importancia que para resolver tan delicado asunto tienen, y hay que conceder á la Arqueología protohistórica, á la Paleontología, á la Lingüística y á la Antropología, ramos muy *tiernos* aún, dice, y cuyos descubrimientos, si algunos envían que prometan suceso feliz, no hacen argumento demostrativo para fallar con acierto. La *pseudo ciencia* (?), añade, despreciadora de las tradiciones seculares, ha pretendido exaltar sin medida la antigüedad de la especie humana; tratemos de poner en claro cómo ni la Arqueología, ni la Paleontología, ni la Lingüística, ni la Etnografía, ni la misma Cronología son normas bastante seguras para determinarla por indudable manera.

Por fortuna, la generosa, siquiera poco plausible, aspiración del P. Mir no llega á tener realidad; antes, por el contrario, la ciencia, no la pseudo ó á medias ni la falsa y caediza, sino la sólida y verdadera, cuyo objeto es el estudio del hombre, por lo cual llámase Antropología, eficazmente secundada por la Geología, la Arqueología, la Paleontología y la Lingüística, se propone trazar la historia de la humana especie, tomándola desde su aparición en la tierra; y como quiera que haya probado hasta la evidencia con datos irrecusables que aquélla data de tiempos muy anteriores á lo que equivocadamente se consideraba antes como comienzo de la historia, de aquí su remota evidente antigüedad, sin que esto altere en lo más mínimo el significado del cap. 1.^o del Hexamerón ni nuestras arraigadas creencias.

Invoca luego un argumento que, sobre ser falso, tratándose del hombre primitivo, conduciría, si fuera cierto, á consecuencias diametralmente opuestas á las que él se propone. Con efecto, pues dice que la historia, verdadera maestra de la humanidad, ábrenos los ojos para enseñarnos que nunca

hubo pueblo tan venturoso que á sí mismo se haya bastado, sin ayuda ni trato de otro pueblo culto, para desterrar las tinieblas de la barbarie y salir de entre los *zarzales de su rustiquez* á campo más libre y al resplandor de la luz.

Si esto significa, como algunos pretenden, que el hombre que talló la primera piedra y que luego pulimentó el hacha sólo pudo salir de semejante mísero estado al contacto de gentes más adelantadas en cultura, sobre que siempre debería exigirse que se presentaran pruebas de tan singular aserto, si las cosas hubieran pasado de este modo, resultaría demostrada la existencia del hombre terciario, pues el artífice de la primera piedra vivió en los comienzos ó en el promedio de la Era cuaternaria.

Ganaría con esto la antigüedad de nuestra especie algunas centurias, contra lo que se pretende combatir, pues la civilización de las razas ó tribus que sacaron al tosco industrial de los *zarzales de su rustiquez*, como dice el P. Mir, no siendo obra de portentoso milagro, hubo de exigir un espacio de tiempo por todo extremo considerable.

Por otra parte, el principio que se invoca, siendo cierto y positivo cuando el hombre llegó por circunstancias varias á la diferenciación en cultura, en manera alguna es aplicable en la práctica en aquellos tiempos primitivos, cuando todos se encontraban en estado incipiente, sin distinción entre maestros y discípulos.

No era ciertamente de esperar una gran cultura en quienes no dejaron más testimonios auténticos de su adelantamiento que las toscas armas é instrumentos de piedra, sin tener siquiera la menor noción de la existencia de los metales hasta mucho más tarde; y, sin embargo, cerrando los ojos á la evidencia de los hechos, se invoca el principio antes expuesto para declarar que si el humano linaje hubiera vivido en sus comienzos sujeto á esta gran miseria, no le habría sido posible, sin un milagro de Dios, sacudir la torpeza mental y moral que tanto le degradaba.

No alcanzo á comprender ni puedo darme razón del por qué el hombre, ser perfectible, había de detenerse en el primer paso que daba en la gloriosa senda del progreso, tan

sólo porque comenzara fabricando útiles de piedra. Verdad es que el P. Mir, concediendo escasa importancia al hecho, exclama: «Además, ¿qué tiene que ver con la civilización el uso de la piedra, ni qué proporción tiene con el embrutecimiento?» Ya lo creo que tiene que ver, como que las gentes que no pasaron aún de semejante estado son en la actualidad las nómadas y salvajes, faltas de toda cultura. Y más abajo añade el mismo: «Ahora, para que se vea cómo juntamente con la piedra aliñada estuvo en uso el metal, basta recordar que los israelitas, pasado el mar Bermejo, fundían el oro y la plata con admirable artificio; que los fenicios y romanos, con ser hábiles forjadores de metales, no se desdeñaban de empuñar cuchillos de piedra, etc., etc.» Este hecho, que arranca desde el conocimiento del cobre y del bronce, en manera alguna significa el sincronismo en el comienzo de la piedra y de los metales, como pretenden los poco versados en este linaje de estudios, sino única y exclusivamente la marcha lenta y no interrumpida de los períodos prehistóricos, y que el hombre, no obstante los progresos realizados, suele tener en gran estima los usos y procedimientos que una vez adoptó, y que no abandona fácilmente. ¿Tan raro es acaso ver aún hoy á individuos que prefieren la carreta ó el carro al vagón del exprés? Recuerdo que en el Salar, junto á Loja, uno de los mozos de labranza hacía lumbre, no con el fósforo, sino con el eslabón y la piedra, con la particularidad de ser ésta un pedazo de cuchillo de sílex encontrado en la propia finca, donde había servido para muy distintos usos allá en remotísimas edades.

El argumento del sincronismo de los útiles de piedra y de los metales que invocan los poco versados en esta clase de estudios corre parejas, en cuanto al valor que debe concedérsele, con el de la necesidad de gentes más adelantadas que sacaran de su *rustiquez* al que sólo se servía de útiles de pederual, pues para invalidar el primero, basta saber que durante el gran espacio de tiempo que representan los períodos llamados páleo, meso y neolítico, el hombre no conoció metal alguno, como lo acredita la ausencia de éstos en donde la piedra, y con ella más adelante y sucesivamente el hueso, asta de

ciervo, marfil y la tosca cerámica, imperan; y en cuanto al segundo falso razonamiento, cae por su base con sólo fijar por un momento la atención en la escala de progresos, por la que no sin trabajo y contrariedades fué subiendo el hombre desde el hacha tosca de San Isidro (Madrid) al cuchillo de piedra, á la flecha, al punzón, punta de lanza, aguja de hueso, al hacha pulimentada, á la grosera cerámica, que poco á poco fué perfeccionándose, al instrumento primero de cobre y luego de bronce, concluyendo con el uso del hierro, ya en tiempos modernos, como expresión fiel de la división del trabajo. El tránsito de uno á otro acontecimiento fué tan insensible que nunca se advierte un paso brusco, comenzando siempre por lo más sencillo, necesitándose tan sólo mucho tiempo para darse cuenta de cómo el hombre fué saliendo del miserable estado primitivo sin necesidad de los supuestos maestros. ¡Cuán elocuentemente describe el *Ponos* de Melitón Martín esta gloriosa marcha del progreso humano! Á haber leído el P. Mir dicha admirable obra, se expresara con seguridad de bien distinta manera.

Á este propósito, no estará demás transcribir unos párrafos del interesante escrito del ilustre Marqués de Saporta, titulado «La Paleontología aplicada al conocimiento de las razas humanas.» Las dimensiones de los instrumentos primitivos de piedra superan en general á las que afectan los de tiempos posteriores, siquiera éstos sean más variados, lo cual parece significar que la división del trabajo, verdadero indicio de la perfectibilidad humana, fué insinuándose poco á poco. Con efecto, pues si el hombre del período del Reno poseía ya un verdadero taller de objetos cuyo destino ha podido determinarse con bastante aproximación, su antecesor contaba tan sólo con un corto número de útiles, que debían servir á distintos usos á la vez. Este hecho, de todo punto indiscutible, prueba un desarrollo rudimentario. Si en la infancia de las lenguas la raíces, todas monosilábicas, representaban á la par el objeto y el atributo y hasta por extensión el verbo, se comprende que la inteligencia primitiva aplicada á la industria no encontró sino muy paulatinamente, las diferentes formas que un instrumento podría

afectar para mejor adaptarse á un determinado uso. Todo aquello que particulariza, y de consiguiente, multiplica las operaciones del espíritu, constituye una complicación á la que el hombre sólo llega lenta y gradualmente.

En vez de esto, persiste el P. Mir en querer atenuar la importancia de las edades de la piedra, citando hechos que no haría mal en comprobar, como el que refiere el refractario Chabas de Chalon del Saona, de objetos procedentes de Africa, tanto más finos y delicados, cuanto más antiguos. Esto debiera dar, en concepto de aquél, ojos á los modernos con que supieran ver cómo la piedra no es marca de barbarie, ni señal de envilecimiento. Y no contento con tratar por manera tan peregrina el asunto, concluye diciendo: Pero ¿con qué sombra de razón pueden sostenerse las divisiones y subdivisiones, las seculares distancias entre las edades de piedra, cuando vemos al español y al extranjero ocupados en piedra rústica, al mismo tiempo que lucía (¿quién?) su habilidad en primores de gran perfección? É incurriendo luego en flagrante disparidad con lo anteriormente expuesto, exclama: ¿Quién pondrá coto al ingenio del hombre? Pudo en breves años adelantarse una generación y en pocos siglos alcanzar á gran perfección de arte, ¿y no pudieron ir *desenvrudeciéndose* y crecer prósperamente, dejando á sus vecinos envueltos en la abyección, los pueblos prehistóricos dotados de un mismo temple é ingenio que los modernos americanos? Si, pues, en los siglos remotos estaba la tierra sembrada de grados diversos de policía, si tanto en Europa como en Asia, en África como en América, los instrumentos de piedra caminaban con los del metal (pero no comenzaron simultánea, sino sucesivamente) á la conquista de la perfección social; si tal pueblo hubo que trabajó con piedra cuando sus vecinos forjaban cobre; si, finalmente, con la piedra y sin la piedra se *desnudaron* (?) las gentes y se *vaciaron de la rusticidad* contraída (¿pues no decía antes que esto no era posible?) y con el viento y los halagos de la fortuna se alzaron de grado en grado (¿sin maestros?) á consumada civilización; luego, en mal hora cantan loores á la edad de la piedra, ponderando su fabulosa antigüedad, aquellos eruditos que

so color de tiempos mal deslindados, pretenden retrotraer desmesuradamente el advenimiento del hombre.

Como fácilmente se advierte, ni las premisas son claras, sino bastante confusas y hasta inexactas, ni la consecuencia que el autor saca se compagina bien con lo que anteriormente dijo respecto á lo ambiguo é indeterminado de la cronología bíblica.

Si ésta no fija fechas ni determina tiempos, ¿por qué abrumarse tanto, siendo así que no los eruditos sólo, sino también los hombres que cultivan la ciencia con seriedad y ahinco, declaran que la historia de nuestra especie no cabe dentro de los estrechos límites que hasta hace poco se le señalaban? Y, sin embargo, cerrando los ojos á toda evidencia, y apoyándose en hechos aislados y siempre problemáticos, se atreve á decir en la página siguiente: «Luego no han reinado las tres edades antedichas, de la piedra, del bronce y del hierro, en ningún país sucesivamente; ni, si por alguna comarca pasaron, significaban policía ó estado de embrutecimiento; tampoco es verdad que la piedra labrada ó por labrar fuese privativa de los siglos más remotos; ni es cierto que la edad neolítica precediese en Europa á la de los metales; estos asertos que en boca de tales eruditos (¡dale con los eruditos!) corren plaza de axiomas, ningún apoyo hallan en los depósitos estratificados.»

Por de pronto debe decirse que la piedra sin labrar, desde el momento en que forma parte de la estructura geológica, pertenece y es privativa de los más remotos y de los modernos siglos; y en cuanto á la labrada por el hombre, bien puede asegurarse que representa lo más antiguo que de sus obras se conserva. Lo de que la edad neolítica no haya precedido en Europa á la de los metales, sólo es permitido aseverarlo, sin prueba alguna que lo confirme, á quien no haya saludado este linaje de estudios, pues son tantos los datos que lo contradicen, descubiertos en nuestro propio país, que apenas se comprende los ignore persona tan ilustrada como el P. Mir.

Por lo que respecta al ningún apoyo que los tales asertos encuentran en los depósitos estratificados, es una gran ver-

dad, en razón á que éstos, como producto de sedimento, terminaron en el período terciario, donde hasta hoy no han aparecido testimonios auténticos de la existencia del hombre, los cuales hay que buscarlos y se encuentran por fortuna, entre los materiales, no estratificados, sino de acarreo, del cuaternario.

Insistiendo, esto no obstante, el P. Mir en la extraña y errónea tesis, exclama como en son de triunfo en la página 842: «Pues luego los ingleses y alemanes (como si los científicos de los demás países no hubieran contribuído al mencionado movimiento intelectual) han hablado de imaginación, quiero decirlo así, y entre sueños, sin tantear las cosas ó falseándolas (como hacen otros, podría añadir), cuando pregonaron las edades prehistóricas, trayendo al mundo *embáucado* con sus artificiosas pinturas.» Ni en el asunto de que se trata hay de parte de nadie el desatinado y pueril deseo de embaucar á los incautos, ni en materia de tanta trascendencia como la Protohistoria se trazan artificiosas pinturas, sino que se aducen y acopian valiosos y expresivos materiales, que pueden verse en los principales Museos de Europa y admiramos en la Exposición de 1889 celebrada en París.

Y á pesar de todo, aún es más inconsiderado el comienzo del art. 3.^o del 44 capítulo, donde se lee: «Digamos ahora qué auxilio presta la Geología á los nuevos *embaidores* para excederse en sus encarecimientos. Los oficios que habrían de obligar su gratitud en esta contienda entonces serían plausibles, cuando estuviera en la mano de la ciencia definir los límites de la época actual. Mas no es así. Porque Cuvier juzgaba que el período moderno no sube más arriba de seis mil años; Elías (Elie es apellido) de Beaumont porfía que los deltas y las dunas (mejor sería decir médanos) se formaron en época reciente; por el contrario, Lyell, protector de la antigüedad (y con razón), quiere que el delta del Mississippi comenzase á *engendrarse* hace más de cien mil años, etc., etc.» Tratando luego de poner en duda la validez de los argumentos que la ciencia suministra, añade: «Tampoco les sirve á los geólogos de *arrimadizo* (?) el período glacial ocurrido en la era cuaternaria, por su fundamento inefi-

caz y de escabrosa dificultad para descifrar la inauguración de la época moderna.» Prescindiendo del vocablo arrimadizo, que supongo lo emplea como sinónimo de argumento ó de apoyo, pero con escasa propiedad, no se comprende cuál sea en rigor la idea que entraña el obscuro párrafo transcrito, pues ni hay tal período, sino varias formaciones glaciales, ni geólogo alguno, que yo sepa á lo menos, las considera como fundamento para descifrar la inauguración de la época moderna, sino como uno de los múltiples fenómenos que caracterizan la Era cuaternaria, sin que se invoquen más que para acreditar los cambios climatológicos que determinaron.

Y no contento con los ataques á la Geología y á los que con afán la cultivan, sin más ulterior fin que el de aprovecharse de sus enseñanzas para ilustrar y esclarecer lo que antes de la intervención de esta ciencia estaba bastante obscuro, la emprende con los arqueólogos, diciendo: «Asimismo dudosa es la edad de los megalitos; porque el ser de piedra no declara en qué época se construyeron (pero sí lo prueban los objetos que en dichos monumentos funerarios se encuentran).» Y puesto ya á negar toda prueba para otros evidente, añade: «De aquí parece concluirse que los megalitos no son criterios ciertos para asegurar la antigüedad del hombre, y que por lo tanto, malograron en su estudio el ingenio aquellos autores que describen estos monumentos, según se los pinta la afición ó el interés (¿de qué?), deseosos de encarecer lo fabuloso de su edad, y concluyentemente queda *declarado* cuán poca fuerza tiene la Arqueología prehistórica para fallar la antigüedad de la especie humana.»

Los monumentos funerarios construídos con grandes piedras, por esta razón llamados megalíticos, si bien forman parte de los vastos arsenales antehistóricos, no figuran ni con mucho entre los datos más antiguos, como no lo son tampoco los Kiokenmodingos ni los Palafitos; de donde resulta que nadie los invoca como dato en pro de la antigüedad del hombre; en su virtud, huelga el anatema *concluyentemente* contra la Protohistoria.

Luego quiere invalidar uno de los argumentos que aducen los geólogos, y en la pág. 847 exclama: «Una de las razones en

que nuestros cronólogos fundan la largura de los siglos es la mudanza lenta que en los climas se ha advertido desde que hay hombres en el mundo.» Mas mirando las cosas con más tiento, se echa de ver que el tiempo cuaternario poco difería del presente; y sin embargo, hablando en la página 848 de la formación de la turba, exclama: «Y si alguno pretende señalar la medida (del tiempo que emplea la naturaleza), valiéndose de las turbas actuales, mire no se alabe de vencedor, porque las circunstancias de ahora distan *infinito* (pero, en qué quedamos, ¿no eran éstas casi iguales?) de los climas húmedos y revueltos de aquella sazón; esto es, del período cuaternario, en el que comenzó á formarse dicho combustible.»

Tampoco reconoce la importancia de las estalacmitas que cubren el suelo de muchas cavernas, ni siquiera admite que tenga valor alguno la coincidencia en el propio yacimiento de los restos humanos y de las especies fósiles extinguidas, fundándose para ello en la desaparición de algunas en tiempos modernos, lo cual significa, en puridad, que de intento ó inconscientemente se confunden hechos de índole muy diversa. De todos modos, asegura el autor, con singular aplomo, que el hallarse en las cavernas mezclados huesos de hombres y de animales fenecidos no prueba la antigüedad de la especie humana.

El encontrarse los restos del hombre y de su tosca industria junto con los del Elefante primitivo, del Oso de las cavernas, no sé sí será éste el que el P. Mir llama mayor, y de otras especies extinguidas, prueba sin la menor duda la contemporaneidad de unos y otros seres; y como su yacimiento natural es el aluvión antiguo depositado al exterior y dentro de las cavernas, claro está que este hecho, á todas luces evidente, prueba la remotísima antigüedad de nuestra especie. Ahora bien: la intercalación de las capas de estalacmita entre los materiales de acarreo en las grutas, acentúa más y más la lentitud con que se depositaron en su seno, y de aquí la notoria importancia que se concede, con sobrado motivo, á la mezcla de los huesos humanos y de otros mamíferos en los antros terrestres revestidos por la caliza incrustante, sin que nin-

guno de estos casos tenga nada que ver con que los ingleses, por ejemplo, hayan hecho desaparecer de su territorio el lobo en tiempos modernos, ni con otros sucesos análogos. Verdad es que el desconocimiento de la materia llega al punto de preguntar si el Manut, el Oso mayor (?) y el Rinoceronte fueron antediluvianos ó postdiluvianos. Los dos primeros, suponiendo que se trata del Oso de las cavernas, fueron anteriores al Diluvio; del Rioceronte hay especies que precedieron á la gran inundación, pero otras viven aún. Y siguen en el artículo 1.º del cap. 45 los piropos á la nueva ciencia y á los que con rectos fines, más que con próspera fortuna, la cultivan, pues empieza el tal artículo de la siguiente manera: «El sistema de las edades prehistóricas, con la presunción de llevar adelante el desmedido abolengo del hombre, se vale como de patronos de todos los ramos del humano saber (esto mismo prueba la seriedad con que se procede), enlazándolos con la hipótesis darwínica, para definir por ahí por qué grados fué subiendo la humana salvajez al cetro de la policía que hoy posee. Achaque ordinario de los prehistóricos es, añade, con voz de averiguar la verdad, tener por ningún momento, ó interpretar á su talante libros, pergaminos, jeroglíficos, inscripciones, tradiciones, como importunos embarazos, que ponen apretado cerco á la arrogancia de sus aserciones.» Esto se llama juzgar las cosas y las personas de un modo apasionado é inconveniente, pues en asunto de tal índole no caben arrogancias ni atrevimientos, sino tan sólo el examen y estudio formal y detenido de la cuestión; y como quiera que su propia índole exige que se acuda á los arsenales geológicos y paleontológicos para averiguar con mayor ó menor grado de certidumbre el momento en que apareció el hombre en la tierra, claro está que siendo estos datos muy anteriores á los libros y pergaminos, no hay la menor necesidad de recurrir á tales medios para dar algún día plausible solución al problema. De donde se desprende no ser correcto, ni mucho menos, calificar semejante procedimiento de achaque de los prehistóricos, los cuales proceden, como es sabido, valiéndose de todos los ramos del humano saber, para llegar algún día al feliz término del empe-

ñado debate; para lo cual tampoco hace falta que intervenga el transformismo de Darwin, de cuya teoría prescinden muchos por considerarla innecesaria.

Podrán invocar esta doctrina los que creen que el hombre fué resultado de la última metamórfosis orgánica, conservando en su virtud apretados lazos con los primatos de los cuales suponen desciende; pero aun cuando para la realización de estas impenetrables transformaciones, no demostradas aún, ni mucho menos, hace falta un muy extenso lapso de tiempo, nada tiene esto que ver con la antigüedad de nuestra especie, fundada, según se sabe, en datos geológicos y arqueológicos, siquiera sea cierto el que algunos darwinistas aducen en pro de sus ideas esta circunstancia. Son, pues, dos problemas distintos el del origen y el de la fecha que lleva el hombre en la tierra; éste, resuelto merced á los progresos por las ciencias naturales en los últimos tiempos realizados; aquél, hoy por hoy insoluble, como el de todos los orígenes, y en manera alguna ligado con el anterior.

Pero lo más peregrino del caso es que el mismo P. Mir dice en la pág. 866, tomándolo de la *Revista de la Controversia*: «Las cifras cronológicas de la Biblia son dignas de toda veneración y acatamiento; el orden de los sucesos consta también claramente en la Escritura; con todo eso, los acaecimientos omitidos, las fechas pasadas por alto, los descuidos de los copiantes, la particularidad del sistema de numeración que los hebreos usaban, la tolerancia de la Iglesia en tanta diversidad de cálculos, dan luz y persuasión para concluir fundadamente que *es incompleta y mermada la cronología bíblica.*» Y á pesar de tan terminante declaración, sigue alarmado el autor por la antigüedad que se concede hoy á nuestra especie, insistiendo, como es natural, pero con mal acuerdo, en sus ataques á los prehistóricos. Con efecto, pues á continuación del párrafo transcrito exclama: «Mas aquí se origina una grave dificultad (ni grave ni ligera). Los modernos, desvanecidos con los triunfos de la *ciencia*, mirando con ceño (y sin él) la diversidad de cómputos antedicha y la ninguna cronología dictada por las Escrituras, se ponen á filosofar de gentil manera, discurriendo que pues no hay

para la edad del hombre fecha constante ni cifra determinada por la fe ni por la tradición, quédale al naturalista libertad omnímada para explayarse sin tasa y amontonar años hasta un millón y más, ó siquiera de siete á cien mil. Y esta manera de dialéctica vémosla usada por escritores que se precian de defensores del dogma católico y de la veneranda tradición de la Iglesia. Pero en su discurso, continúa el mismo, no parece quedar lucida la bizarría de sus ingenios, porque aunque la Biblia ni la tradición prescriban cotos fijos, ni la Iglesia los señale; ni la Biblia ni la Iglesia abren campo franco á excesos desaforados y exorbitantes.»

Pero ¿quién es el atrevido que se permite tantos tamaños desaforados y exorbitantes excesos? Pues en honor á la verdad, yo no conozco á ningún hombre serio y verdadero cultivador de la Protohistoria y de sus ciencias auxiliares, que haya incurrido en semejantes exageraciones, á no ser que se tengan por tales los cálculos más ó menos probables ó aproximados que, fundándose en el espesor de los bancos ó capas de estalacmita ó en el lento procedimiento que emplea la naturaleza para formar la turba y demás depósitos cuaternarios, haya podido hacer alguno que otro científico; siquiera la inmensa mayoría se abstienen de todo cómputo por considerarlo aventurado con los datos actuales.

Lo que en puridad hace la Iglesia, inspirándose en el más amplio y glorioso espíritu de tolerancia, y me complazco sobremanera en consignarlo por modo solemne, es dejar todas estas cosas no inspiradas por Dios al criterio y á la disputa de los hombres, y de ello puedo dar testimonio recordando lo que ocurría en Roma mismo en tiempo de Pío IX, quien lejos de oponer la menor traba, favorecía con su eficaz apoyo los estudios prehistóricos y las investigaciones que con gran celo y diligencia llevó á cabo mi buen amigo el insigne profesor de la Sapienza Giuseppe Ponzi, cuya reciente pérdida llora la ciencia. Bien puede ahora asegurarse que el P. Mir es más papista que aquel gran Pontífice, quien lo mismo fomentaba las investigaciones astronómicas del insigne P. Secchi, que las referentes á la Protohistoria realizadas por el citado Profesor en las cercanías de la Ciudad Eterna.

Un celo excesivo, siquiera sea hasta cierto punto plausible, llevó al P. Mir á dar estrecha interpretación al texto bíblico, y de aquí el exagerado espíritu que imprimió á su interesante libro, no siempre en armonía, por lo visto, con lo que en estas graves cuestiones opinan las más altas jerarquías de la Iglesia, según se acaba de indicar del anterior Pontificado, y con mayor motivo debe decirse del actual fundador del Observatorio instalado en el Vaticano, dirigido por el P. Denza, y cuya amplitud de miras todo el mundo celebra. Pero por desgracia no es esto sólo lo que en cierto modo rebaja el mérito del eximio escritor, sino el lenguaje poco conveniente que á menudo emplea en la obra, aplicando los calificativos de audaces, temerarios, embaidores y otros por el estilo á los que se dedican á cierto linaje de estudios, entre los cuales figuran eminencias dignas del mayor respeto, tales como Quatrefages, Gaudry, Faye, Nadaillac, Tyndal, etc., etc.

Contribuye además á que se miren con prevención por ciertas gentes estas producciones científicas, dando armas indirectamente á los adversarios de la fe cristiana, el emplear determinadas locuciones, arcaicas y apenas usadas unas, y expresivas otras de sentimientos poco benévolos hacia los que cultivan la ciencia y siguen el movimiento intelectual del mundo, razón por la cual me atrevo á señalarlas, siquiera sea á modo de advertencia amistosa, por si estimara discreto el autor suprimirlas en las sucesivas ediciones que de seguro tendrá la fortuna de publicar de su obra.

No veo en puridad motivo alguno razonable para llamar terrible al número 7, que en rigor es tan inocente de lo que los hombres quieran imputarle como el 13, fatídico para los franceses, y los restantes guarismos, y del propio modo que lo es el martes, respecto de los otros días de la semana. ¿Por qué ni para qué calificar de *facciosas* á ciertas doctrinas, de *caediza* y *voltaria* á la que en otros pasajes llama falsa y pseudo ciencia? ¿Qué significa el *tufo de opiniones rancias*, el *tieso* y *temple de sus plumas*? Háblase también en la obra de la *saña* del Altísimo, como si Dios participara de las mezquinas pasiones humanas; llamar al sol y á la luna *huestes* lumi-

nosas no parece propio, lo mismo que decir luego *estreno* de la luz antes de que el sol amaneciese.

Confirma la animadversión del P. Mir contra los científicos que motivó la anterior advertencia, el extraño siguiente párrafo de la pág. 868: «Mas en caso de tanta confusión, ¿serán tan *temerarios* los naturalistas que presuman, mediante *los arcaduces llenos de robín de sus hipótesis*, sacar limpia el agua de la verdad?» Tras de eso vamos, pero no con arcaduces enmohecidos, ni aun nuevos, que para nada servirían en este caso, sino con el martillo y la brújula, interrogando todos aquellos rincones de la tierra donde sospechamos puedan existir datos fehacientes de la primitiva historia del hombre, cuyos linderos, gracias al procedimiento adoptado, dilatáronse ya considerablemente, y aún se extenderán más y más, persistiendo en el sistema que por lo visto es inmejorable.

Excusado parece manifestar que la obstinada resistencia que el autor opone á reconocer la antigüedad de todo lo cuaternario ha de acentuarse aún más, y en este caso, con fundado motivo, cuando se trata del tan debatido litigio del hombre terciario, cuyos pretendidos fundamentos conoce y combate, siquiera incurra en algunos falsos conceptos, en cierto modo disimulables en quien no se halla, por lo visto, muy versado en disquisiciones geológicas. Así, por ejemplo, es de todo punto inexacto asegurar, como hace en la pág. 807, que reine confusión, sino por fortuna mucha claridad y exactitud, en la clasificación de las formas fósiles, como lo es también que los Hypparión y Mastodontes sean terciarios en todas partes, y cuaternarios en Portugal; advirtiéndole, de paso, que apenas tenía necesidad de aventurar aserto tan erróneo, pues en Otta, donde aparecieron á la superficie los utensilios de sílex, no se encuentran ni hallamos los congresistas en dicha localidad el menor vestigio de los tales mamíferos extinguidos.

Sin embargo, hay que declarar con franqueza que cuando discurre acerca de la peregrina idea de Mortillet, Gaudry y demás trasformistas, de suponer ya averiguada y reconocida la existencia en el terreno terciario del antecesor nuestro, á quien aplicaron el pomposo nombre de Antropopiteco, no

sólo alega poderosas razones en contra, sino que haciéndose cargo de la desdichada ocurrencia de algunos escritores católicos sobrado refractarios á la antigüedad del hombre, dice, «llaman y solicitan el favor de un Favre d'Envieu, de un Valroger y de otros así, que no han reparado en abrazar la posible existencia de los preadamitas, y peor aún si cabe. Porque en la Revista de cuestiones históricas de Octubre de 1874, en un artículo firmado por el P. Valroger del Oratorio, leemos, dice, este original pensamiento: La coexistencia preadamítica de precursores posibles de nuestra especie es una hipótesis inverosímil.» Juzgo por temerario el negarla *à priori*. Si contra lo que siento, los adelantamientos de la Arqueología, de la Geología y Paleontología viniesen á demostrar, yo no sé cómo, que hace veinte, cuarenta ó cien mil años existían en la tierra seres organizados al par de nosotros, y capaces de industria semejante á la de los salvajes de nuestra especie, llenaríame de asombro, pero mi fe religiosa no padecería menoscabo. Diría entonces sin vacilar: tan raros bimanos no eran monos transformados y perfeccionados, que los monos ni se transforman ni se perfeccionan; no serían hijos de Adán como lo son los hombres que hoy viven, pues Adán no vivía á la sazón; la Biblia no tenía que hablarnos de ellos. La Biblia no fué inspirada para darnos nuevas de la historia de especies fenecidas. Á estas exorbitantes palabras, dice Mir, aplica el sabio Juan d'Estienne justo y merecido correctivo en los siguientes términos: «El ente preadamítico admitido como posible y propuesto por vez primera, así lo creemos, en las controversias de estos últimos tiempos por el malogrado venerando P. Valroger, es una conjetura más gratuita aún que la del hombre terciario. Con más resolución podía aquél haber cargado la mano en esta liviana ficción, exclama Mir; contentóse con apellidarla inútil y vana; pero ella disuena tanto á los oídos católicos cuanto huele á la doctrina del calvinista Pereyre: ¿hubiérase atrevido el *arrogante* Mortillet á contar en sus filas *banderizos* tan calificados?» Sin duda que no, contesta el que suscribe, quien lamenta de todas veras que el autor no reparara al escribir esto en que la extraña solución propuesta por Valroger es hija de la pro-

pia resistencia que él opone á la antigüedad de nuestra especie.

De preferencia fijé la atención en el origen y remotísima existencia del hombre por la trascendencia suma que entrañan ambos extremos, ya que el segundo es perfectamente cierto, gracias á los modernos estudios geológico-arqueológicos; y en cuanto al primero, porque bastaba hacer ver, cosa nada difícil por cierto, la insuficiencia de las diferentes hipótesis inventadas frente al relato bíblico, para explicar nuestra aparición en la tierra, con lo cual queda resuelto el litigio en el sentido que damos al asunto los creyentes.

Si, pues, la antigüedad de la humana estirpe en nada contradice el mosaico texto, cuya cronología sin fechas precisas queda, como el mismo P. Mir dice, vaga é indeterminada, ¿por qué el empeño vano de rechazarla, incurriendo en el grave escollo en que cayó Valroger, cuando de no admitir lo que ya es evidente, tendríamos que hacernos poligenistas para explicar por modo natural y lógico cuanto al hombre se refiere, echando por tierra sin razón seria que lo abone uno de los fundamentos del dogma y lo más importante del Génesis, cual es la unidad de la especie, reconocida por la ciencia? Échase, pues, de ver que con alguna menor preocupación en lo relativo á la antigüedad de nuestra especie, de todo punto infundada, según queda probado, y un caudal más nutrido y firme en ciencias físico-naturales, el diligente y celoso P. Juan Mir, dotado de claro talento y provisto de sólidos y vastos conocimientos, especialmente en todo cuanto á Exégesis bíblica, á Paltrología, á Metafísica y Etnología se refiere, hubiera ciertamente enriquecido con su bien pensado libro, digno de recomendarse, la literatura científica patria, harto necesitada, por desgracia, de semejante linaje de publicaciones.

Sólo plácemes y enhorabuenas hubieran brotado entonces de mi mal templada pluma, sin mezcla alguna de censura que, aun procurando que sea todo lo atenuada y respetuosa posible, se estampa en este escrito obedeciendo estrictamente á las exigencias y venerandos fueros de la verdad: *amicus Plato, sed magis amica veritas.*

Madrid 5 Diciembre 1890.

JUAN VILANOVA Y PIERA.



REFORMA

DE LA

ORTOGRAFÍA CASTELLANA

II

Tienen razón los que encuentran deficiente mi primer artículo. Dícenme que hallan perfectamente demostrada la necesidad de cambiar radicalmente la ortografía castellana, y aprueban los procedimientos que propongo para efectuar el cambio con mayores probabilidades de éxito; mas por lo mismo que considero difícil la formación de una Liga constituida con todos los elementos necesarios para hacer una propaganda rápida y que comenzara sus trabajos fijando el destino que deba darse á cada una de las letras del actual alfabeto castellano, me excitan á que me ocupe de esto último, á fin de que procedan acordes en punto tan importante los que, por ser partidarios de la reforma y no queriendo esperar á la constitución de una sociedad que acaso no llegue á formarse, se decidan, de acuerdo con mis indicaciones, á declararse miembros de la Liga para la reforma de la ortografía, como si, en efecto, se hallase constituida esta asociación, y á emplear en su consecuencia el nuevo alfabeto, tanto en lo escrito para la imprenta como en la correspondencia epistolar.

Y salvo lo de dirigirse á mí con este objeto, porque otras personas pudieran suplir aquel vacío con más acierto, repito que tienen muchísima razón los que así se expresan; porque si bien en algunos puntos de la reforma, por ejemplo, en cuanto á la supresión de las letras inútiles, no puede haber diversidad de opiniones, puede haberla y la hay, en efecto, respecto á las letras que deben desaparecer por haber dos ó más expresivas del mismo sonido. En esta parte pueden resultar preferencias más ó menos injustificadas, y como todo lo que no sea proceder desde un principio con criterio perfectamente unánime, puede desacreditar y, por lo tanto, hacer estériles las tentativas que se hagan para plantear la reforma, voy á exponer lo que pienso respecto á las letras que deben constituir el nuevo alfabeto castellano. Si no acierto, sírvanme de disculpa las excitaciones recibidas.

B V

Prueba evidente de que estas dos letras se pronuncian en castellano exactamente del mismo modo es que se confunde su empleo con suma frecuencia por los que no conocen bien la actual ortografía, porque si tuviesen distinto sonido nadie escribiría *b* por *v* ni *v* por *b*, como nadie escribe *l* por *ll* ni *n* por *ñ*. Pero como hay personas que tal vez negaran que es de día cuando el sol está en nuestro zenit, si la Academia dijese lo contrario, no estará de más advertir que esta docta Corporación ha dicho terminantemente que «si bien parece que la *b* y la *v* debieron de pronunciarse de distinto modo en otros tiempos, actualmente su pronunciación no se distingue» (1). Más todavía para esas personas á quienes acabo de aludir. El Sr. Tamayo y Baus, aunque advirtiendo que lo decía de su cuenta y riesgo, expuso en documento que ya hemos citado (2) la conveniencia de que se ajustara estrictamente el empleo de la *b* y de la *v* á las indicaciones de la etimología,

(1) Diccionario de la Academia de la Lengua Castellana, edición 8.^a, página 950.

(2) Resumen de las actas de la Real Academia Española leído en el año de 1881.

citando al efecto el ejemplo de las palabras *abogado* y *maravilla*, que según este criterio deberían escribirse *avogado* y *marabilla*, y es evidente que si tal propuso, fué porque atribuye á aquellas dos letras exactamente el mismo sonido, pues de no ser así, lo que pretendía el Sr. Tamayo y Baus no era alterar la ortografía, sino el lenguaje.

Ahora bien, si la *b* y la *v* suenan exactamente del mismo modo, ¿por qué conservar ambas letras? ¿Por respeto á la etimología? ¿Puede ser esto razón bastante? Ya hemos demostrado que no; pero aunque lo fuera, todo el mundo sabe que en nuestra ortografía no se respeta semejante regla, de suerte que sobre querer hacer difícil lo sencillo, preceptuando que se escriban las palabras castellanas con sujeción á su origen, que pocos relativamente conocen, en vez de ajustarse á la pronunciación, guía infalible para todos, de nada sirve aquel trabajo, porque con frecuencia se prescinde de la etimología, como lo indican los ejemplos empleados por el Sr. Tamayo y Baus en la ocasión citada, y como pudiéramos demostrarlo con otros muchos vocablos escritos con *b* á pesar de correspondérles la *v* por su origen, ó con *v* no obstante tener por etimología la primera de aquellas consonantes. Si *abuelo* procede de *aviolus* ó *avolus*, *barniz* de *vernicium*, *barbecho* de *vervactum*, *balumbo* de *volumen*, *fiebre* de *fervere*, *esbelto* de *svelto*, *chabeta* de *clavis*, *bulto* de *vultus*, *buitre* de *vultur*, *bóveda* de *voluta*, *berbiquí* de *winborequen*, *beca* y *beta* de *vitta*, *basquiña* de *vasco*, *barrena* de *verinus*, *librea* de *livrée*, *saboneta* de *savonette*, *corbata* de *cravate*, etc., etc.; si, por el contrario, *jovial* procede de *jubilum*, *invierno* de *hibernus*, *avizor* de *abeer*, *atavío* de *atabia*, *adarve* de *adarb*, *móvil* de *mobilis*, *pavorde* de *preboste*, *vega* de *betha*, *valeo* de *baileie*, *cárcabo* de *carcab*, *avante* de *abante*, etc., etc.; si tantas son las excepciones de la regla general, sin que haya resultado de escribir con *b* lo que por razón de su origen debiera escribirse con *v*, ó escribir con *v* lo que debiera escribirse con *b*, más inconveniente que el hacer más arbitraria la ortografía castellana, ¿por qué no prescindir por completo de la etimología y emplear una sola letra, la *b* ó la *v*, para expresar el único sonido que ambas tienen?

Claro es que, aceptada esta reforma, la misma razón existe para preferir la *b* que la *v*; pero como todos los que de esto se han ocupado optan por la primera de estas consonantes, bien porque al pronunciarse ya indica el sonido que debe dársele, bien por ser el empleo más frecuente, bien, por último, por distinguirse mejor en los manuscritos, á su opinión nos adherimos, proponiendo, en su consecuencia, que se suprima la *v*.

C K Q Z

Distinto sonido tiene la *c* en castellano, según que forma sílaba con las vocales *e*, *i*, *ó* con las tres restantes *a*, *o*, *u*, y si no dispusiéramos de otras letras para expresar esos dos sonidos, tendríamos que resignarnos con nuestra pobreza; pero como las tenemos con verdadera superabundancia, pues disponemos de la *q* y de la *k* para los sonidos *ca*, *co*, *cu*, y de la *z* para las sílabas *ce*, *ci*, debe suprimirse por completo la *c*, que ninguna falta hace. Algunos de los que se han ocupado de la reforma de la actual ortografía, proponen que la *c* suene siempre como *q*, y que se suprima esta última letra. Nosotros optamos por la supresión de la *c* en virtud de las siguientes razones:

1.º Porque la *q* no necesita variar de sonido en virtud de la reforma; seguirá teniendo el que hoy tiene en todos los casos, mientras que, por el contrario, si la *c* ha de sustituir á la *q*, sonará de distinto modo cuando forme sílaba con las vocales *e*, *i*, resultando de esto que al paso que la persona más dispuesta á aceptar la reforma ha de encontrar embarazoso y aun violento leer *ceso* (queso) y *cina* (quina), nadie hallará la menor dificultad para leer *cara*, *queso*, *quina*, *cola* y *cura*, escribiendo estas palabras en esta forma: *qara*, *qeso*, *qina*, *qola* y *qura*, sencillamente porque no pueden leerse de otro modo.

2.º Porque las letras deben tener un nombre apropiado al sonido que representan, y si la *c* había de sonar como *q*, se habría de empezar por variar su nombre, mientras que esta última letra ya indica la pronunciación que le corresponde.

3.º Porque la *c* en los manuscritos se confunde con la *e* y en los impresos con la *o* si la impresión no es muy limpia, mientras que la *q*, como todas las letras con trazos hacia arri-

ba ó hacia abajo, facilita la lectura de los escritos poco inteligibles.

4.º Porque debiendo escribirse con *q* por razón de su origen multitud de vocablos que actualmente se escriben con *c*, puede contar la reforma con el más decidido apoyo de los etimologistas, al menos en esta parte (1).

También hay quien propone que la *c* en las sílabas *ca*, *co*, *cu* y la *q* en todos los casos sean sustituidas por la *k*, pero esta última letra apenas ha tomado carta de naturaleza en castellano; así es que ascendiendo á 1.118 las páginas de la última edición del Diccionario de la Lengua, no ocupan media página las palabras que comienzan por *k*.

No hay letra que pueda disputar á la *z* el lugar que le corresponde en la ortografía. Es evidente que si en ello se conviniere, podría ser sustituida por la *c*, asignando á esta letra, cuando formara sílaba con la *a*, con la *o* y con *u* el mismo sonido que tiene hoy antes de *e*, *i*; pero habría de resultar esto muy violento, al paso que la sustitución de la *c* por la *z*

(1) Pueden servir de ejemplo las palabras siguientes: *acuario* de *aquarius*, *cantidad* de *quantitas*, *acueducto* de *aqueductus*, *acuático* de *aquaticus*, *casi* de *quasi*, *casca* de *quassare*, *carrasca* de *quercus*, *carmin* de *quermes*, *carmesi* de *quesmezi*, *cantina* de *quintana*, *cuatro* de *quatuor*, *cinco* de *quinque*, *catorce* de *quatuordecim*, *frecuencia* de *frequentia*, *escuálido* de *squalidus*, *escuadra* de *squadra*, *tuerca* de *torques*, *ubicuidad* de *ubique*, *lacayo* de *laquais*, *licor* de *liquor*, *locuacidad* de *loquacitas*, *oblicuo* de *obliquus*, *secuaz* de *sequax*, *secuela* de *sequela*, *ecuestre* de *equestris*, *ecuación* de *equatio*, *delincuente* de *delinquens*, *cuestor* de *questor*, *cuestión* de *quæstio*, *cotidiano* de *quotidianus*, *cuadro* de *quadrum*, *cual* de *qualis*, *elocuencia* de *eloquentia*, *eualidad* de *qualitas*, *cuanto* de *quantus*, *cuando* de *quando*, *cuestación* de *quæstus*, *cuan* de *quam*, *cuociente* de *quotiens*, *como* de *quomodo*, *cuáquero* de *quaker*, *cuarzo* de *quartz*, *cuarteta* de *quartetta*, *cuarteto* de *quartetto*, etc., etc. Y con tanto más motivo deben los etimologistas aceptar esta parte de la reforma, cuanto que durante largo tiempo se ha empleado la *q* en gran número de palabras que hoy se escriben con *c*. En el tomo X de las *Actas de las Cortes de Castilla*, que es el primero que he abierto con el objeto de poder citar algunos ejemplos en demostración de lo que acabo de decir, se encuentran los siguientes vocablos: *qual*, *quan*, *quanto*, *quando*, *qualquiera*, *quasi*, *quantidad*, *qualidad*, *quatro*, *quarenta*, *quarto*, *quaresma*, *pasqua*, etc., y no cito otros libros en que se hallan estas mismas voces ú otras análogas, por no molestar á mis lectores, que demasiado recordarán haberlas visto de aquel modo escritas en multitud de lugares.

en las sílabas *ce*, *ci* no ofrece dificultad alguna: 1.º, porque actualmente ya hay voces en que la *z* sustituye á la *c* antes de *e* ó de *i*, por ejemplo, en las palabras: *ziszás*, *zipizape*, *zirigaña*, *zizigia*, *zinc*, *zeuma*, etc.; y 2.º, porque, empleando la *z*, no caben vacilaciones ni dificultades, lo que no sucedería si esta letra fuese reemplazada por la *c*. La persona peor preparada para la reforma no titubeará lo más mínimo en leer, por ejemplo, *ceja* y *ciudad* en las palabras escritas de este modo: *zeja* y *ziudad*, sencillamente porque no pueden leerse de otro modo, al paso que sería violento y exigiría por lo mismo mucho cuidado, leer *zarza*, *zorra* y *zurdo* si se escribiesen estas palabras de este modo: *carca*, *corra* y *curdo*.

Tratándose, no de extender el uso de la letra *z*, sino de reemplazar con ella por completo la *c* en las sílabas *ce*, *ci*, parece ocioso hablar de lo frecuente que era esta sustitución en tiempos pasados y de la falta de lógica en que se incurre no conservando la *z* en multitud de palabras que por su raíz debieran ser escritas con esta letra; pero no estará de más recordar: 1.º, que tiempo atrás era muy común escribir: *dezir*, *florezer*, *fazilitar*, *satisfazer*, *nazer*, *hazer*, *alguazil*, *cárzel*, *vezinos*, *treze*, *catorze*, *quinze*, *hazienda*, *azeyte*, *terziopelo*, *cabezera*, *vazío*, *terzero*, *zelo*, *acrezentar*, *merzed*, *vezes*, *juezes*, *crezimiento*, etc. (1); y 2.º, que si en el empleo de las letras se quiere respetar su origen, no se alcanza la razón que existe para eliminar la *z* en los plurales de las voces que terminan con esta letra, ni en los derivados de las palabras acabadas del mismo modo. Los observantes de la etimología deben ser los primeros en escribir: *luzes*, *pazes*, *hazes*, *vezes*, *vozes*, *dieziséis*, *dézimo*, *lúzido*, *luzero*, *fazeta*, *pazífico*, *felizidad*, etc., como debieran también abogar con grande empeño por que se escribieran con *z* las siguientes palabras, á causa de su etimología: *aceite* de *azeit*, *acémila* de *azemila*, *alacena* de *halazena*, *gacela* de *gazela*, *alerce* de *alertz*, *arancel* de *alamzila*, *celar* de *zelar*, *celo* de *zelus*, *cerbatana* de *zabatana*, *cinc* de *zinc*, cre-

(1) Todas estas palabras y otras muchas que pudiese citar se encuentran en el libro que más á mano he encontrando, y es el que se titula *Actas de las Cortes de Castilla*, tomo X.

dencial de credenza, terceto de terzetto, topacio de topazius, zorcico de zortzico, maceta de mazetta, muceta de mützé, cibeto de zibethum ó de zobbed, cizaña de zizania, cingaro de zingaro, gaceta de gazzeta, etc., etc.

G J

En otro lugar hemos reproducido un párrafo de la 8.^a edición del Diccionario de la Lengua en que la Academia, *atendiendo al deseo y conveniencia general de simplificar en lo posible la escritura de la lengua patria*, proponía la sustitución de la *g* por la *j* en las sílabas *ge gi*, aunque dejando la sanción de la reforma para cuando ya se hallase generalizada. Consecuente con esta indicación, fueron muchas las voces que en la edición nombrada aparecían escritas con *j* á pesar de haberse escrito siempre con *g*, y sucesivamente ha ido aumentando su número hasta el punto de que ya poco tiene que hacer el uso para llegar á la total sustitución de la *g* por la *j* en su sonido fuerte. Sólo, en efecto, resta ahorrar á la Academia el trabajo de ir reduciendo gradualmente el número de voces escritas con *g* antes de *e i*. Hágase la reforma de una vez, dese á la *g* el nombre de *gue*, por ser el que le corresponde, resérvese para la *j* la expresión del sonido fuerte que la misma pronunciación de esta letra indica, y la Academia será la primera en congratularse de la innovación efectuada, porque el triunfo será principalmente suyo á causa de la resolución y constancia con que viene preparándolo (1).

H

Si hay alguna palabra castellana en que, por excepción, pudiera respetarse la etimología, es la de ESPAÑA. Inspíranos tanta veneración todo lo que nos recuerda la patria, aun lo

(1) Entre los vocablos que en la última edición del Diccionario de la Lengua figuran con *j* no obstante estar escritos *g* en las anteriores, podemos citar los siguientes: Jinete, jineta, jigote, jinjol, jira, jirafa, jirasol, jirón, jiga, jinebro, jinglar, jinja, jirapliego, jiral, jisofina, jisofla, jironado, jisma, jismero, jiste, herbaje, hornaje.

que por ser cosa material parece que debiera sernos indiferente; de tal modo creeríamos una profanación alterar esa sencilla combinación de letras que tantas glorias representa y que tanto habla á nuestro espíritu desde niños, que tal vez no nos atreviéramos á proponer en este punto la variación más insignificante, por mucho que á ello nos empujara la fuerza de la lógica. Pero ESPAÑA, por triunfar siempre, ha triunfado también de los etimologistas; las generaciones que nos han precedido, como si se hubieran propuesto borrar de tan glorioso nombre todo lo que pudiera recordar cuatro siglos de dominación extranjera, prescindieron de *Hispania*, y muy de veras debemos los partidarios de la reforma ortográfica celebrar tan feliz circunstancia, no sólo porque no necesitamos luchar con nuestras convicciones, como hubiéramos luchado si se escribiera *Hespaña*, sino también, y muy principalmente, porque si no se ha respetado la etimología en palabra de tanto relieve, no hay motivo para respetarla en las demás; y si no existe razón alguna para conservar la *h* en las palabras que se escriben con esta letra por consideración á su origen, mucho menos deberá conservarse en las que no les corresponde por etimología.

«Y acaso no incurriría en audacia vituperable, ha dicho el Sr. Tamayo y Baus en ocasión muy solemne, el escritor que en ciertas personas de los verbos, *desosar* y *oler*, verbi gracia, *deshueso*, *huelo*, y en dicciones como *huérfano* y *huevo* omitiese esta *h* intrusa que no tiene por etimología, que no se emplea en la mayor parte de las personas de aquellos verbos ni en *orfandad* y *ovario*, y que no sirve por consiguiente más que para introducir lamentable discordia entre individuos de una misma familia;» y como la misma razón existe para suprimir aquella consonante en todos aquellas voces que la llevan sin que les corresponda por su procedencia, no es extraño que el mismo Sr. Tamayo y Baus dijera también entonces que «fuera quizá conveniente que el uso de los entendidos propendiera á mejorar lo ortografía suprimiendo la *h* en algunos vocablos;» de suerte que según el docto Secretario perpetuo de la Academia Española, mejoraría la ortografía castellana suprimiendo la repetida consonante en las palabras que

no la tengan por etimología, y aunque es cierto que según el Sr. Tamayo y Baus debiera en cambio de esta reforma añadirse la *h* en los vocablos que por su procedencia deben tenerla, á nuestro propósito basta que tan competentísima persona reconozca que ganaría la ortografía á consecuencia de la supresión en ciertas palabras, porque esto envuelve la confesión de que la *h* es una letra perfectamente inútil, pues de no considerarla así no se expresara en aquellos términos, y si inútil es en los vocablos que no les corresponde por etimología, inútil es también en las palabras que en su origen la tuvieran; tan inútiles todas, como las suprimidas por el Gobierno alemán en la ortografía de su patria. Puesto que todos los españoles necesitan saber escribir su idioma y muy pocos, relativamente hablando, disponen de elementos bastantes para aprender la etimología de todas las palabras castellanas, el modo más eficaz de mejorar la ortografía es reformarla en términos de que todos los españoles sepan sin dificultad alguna escribir su lengua, no inventar obstáculos tan injustificados con el de hacer averiguaciones más ó menos prolijas para saber si se han de escribir ó no determinadas palabras con una letra que siempre es perfectamente inútil. Mas diré. La ortografía castellana no puede ser más que el arte de escribir correctamente nuestra lengua. Dar, por lo tanto, reglas para el empleo de la *h* en la escritura, podrá ser todo menos ortografía *castellana*, puesto que en castellano no existe sonido alguno que corresponda á aquella letra y es verdaderamente ridículo afanarse por dar reglas para expresar lo que no existe (1).

(1) Verdaderamente fatigaríamos á nuestros lectores si hubiéramos de recordarles los vocablos que se escriben sin *h*, á pesar de tenerla por etimología, y los que, por el contrario, figuran en el Diccionario con aquella letra, no correspondiéndoles por su origen; pero no será de más citar algunos de los más comunes para que se vea hasta qué punto es falaz la etimología como regla para escribir el castellano, y cuánto es cierto que nuestra ortografía no tiene de arte más que el nombre. Pueden servir de ejemplo á este propósito, en cuanto á palabras que se escriben sin *h* correspondiéndoles esta letra por su origen: *ayer* que procede de *heri*, ¡ay! de ¡*hei!*, *azar* de *azahr*, *invierno* de *hibernus*, *alehuya* de *halleluiah*, *ogaño* de *hoc anno*, *alabarda* de *hallebarde*, *albergue* de *herbergen*, *aborrecer* de *abhorribilis*, *alamar* de *alhamira*, *alá* de *allah*, *alfarero* de *alfahar*, *distraer* de *distrahere*, *diamela* de *Du Hamel*, *dalia* de *dahl*,

R Rr

Llegamos al único punto de la reforma que puede ofrecer dudas ó dificultades en cuanto al procedimiento.

Una de tantas cosas raras que ofrece nuestra actual ortografía es la de no figurar en el alfabeto castellano la *r* y la *rr*, sino sólo la primera, siendo dos letras enteramente distintas. Es cierto que la *r* doble no es en su forma más que la repetición de la *r* sencilla, pero esto no impide que constituya una letra diferente, como lo es la *ll*, repetición de la *l*, y como la *ch*, compuesta de *c* y de *h*. Es cierto también que la *r* suena muchas veces como *rr*, pero asimismo lo es que la *g* suena con frecuencia como *j*, y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido borrar del alfabeto esta última letra.

Se trata, pues, de dos letras distintas, y por lo mismo debe asignárseles también distinto y exclusivo sonido. ¿Cuál debe ser éste? Lo primero que ocurre es reservar á la *r* el sonido suave y á la *rr* el fuerte, no sólo porque esta última letra siempre suena así, sino también porque al reforzar una letra duplicándola parece que debe ser para reforzar también su sonido. Pero como son muchas las palabras castellanas que comienzan por *r* fuerte y ninguna la que principia con *r* suave, adoptada

aleli, de *alhiri*, *tamarindo* de *taner hindi*, *denostar* de *dehonestare*, *almete* de *helm*, *almirez* de *almihres*, *almotacén* de *almohtaceb*, *prender* de *prehendere*, *arcabuz* de *hakenbuchse*, *arcada* de *harcada*, *arenque* de *harinc*, *sustraer* de *substrahere*, *subastar* de *subhastare*, *retraer* de *retrahere*, *reprender* de *reprehender*, *arúspice* de *haruspex*, *azotea* de *azoteiha*, *comprender* de *comprehendere*, *contraer* de *contrahere*, *maiz* de *mahis*, *oboe* de *hautboix*, *ola* de *hul*, *obús* de *haubitzc*, *orzuelo* de *hordeolus*, *ujier* de *huissier*, *sanedrín* de *sanhedrin*, *soez* de *soghez*, etc., sin contar sin número de vocablos procedentes de palabras en que la *h* formaba sílaba entre otra consonante y una vocal, como *catholicus*, *cathedra*, *cothurnus*, *corinthius*, *methodus*, *rheuma*, *thalamus*, *thema*, *thallus*, *rhetorica*, *rhombus*, *pantheon*, *theoremata*, *thesis*, *thius*, *thronus*, etc.

Pocos son los vocablos que se escriben con *h* no correspondiéndoles esta letra por etimología, pero todavía pueden citarse algunos, como *huevo* de *ovum*, *hueva* de *ova*, *hueso* de *os*, *tahur* de *taurar*, *cacahuete* de *cacauatl*, *tahali* de *talic*, *halagar* de *afalegar*, *haleche* de *alausea*, *bahía* de *baia*, *cohechar* de *coactare*, *alcahuete* de *alcaued*, *hopalanda* de *opelanda*, *horda* de *ordu*, *huero* de *urinus*, *huérfano* de *orphanus*, *hatajo* de *actao*, etc.

esta combinación resultaría un retroceso en el sentido de que, en vez de simplificarse la escritura, se complicaría con la adición de una *r* al principio de dicción, cuando ésta comenzara con semejante letra. También chocaría en extremo—no lo negamos—ver escritas de este modo las palabras que comienzan por *r* (*rrosa*, *rrisa*, *Rrecaredo*, *Rroma*); pero esto no es una dificultad seria, porque fácilmente nos habituaríamos á la novedad, como nos hemos acostumbrado á escribir *virrey*, *prórroga*, etc., cosa que no hace mucho nos hubiese crispado los nervios, y á los amigos de la tradición les recordaremos que así se escribía en pasados tiempos.

El único inconveniente consiste, como ya hemos dicho, en que en la actualidad basta una letra para escribir la *r* fuerte al principio de dicción y entonces se necesitarían dos, y como inconveniente es al fin cuando se trata de simplificar la escritura, convendría reservar á la *r* sencilla el sonido fuerte, que es, después de todo, el que tiene al pronunciarla, y sustituir la *rr* á semejanza de lo que se ha hecho con la *n* doble, es decir, colocando sobre la *r* la misma tilde que ha convertido la *n* en *ñ*, y reservar á la nueva letra el sonido suave que tiene la *r* en medio y al final de dicción.

En mi concepto éste es el procedimiento más á propósito para impedir el doble sonido que hoy tiene la *r* sencilla, y poner término á las irregularidades que con este motivo establece la actual ortografía; pero no siendo lo de crear una letra cosa tan sencilla como suprimir las inútiles y fijar el sonido de las que deben conservarse, opinamos que por el pronto, y mientras una asociación potente no pueda imponer la variante por medio de periódicos y libros, no debería hacerse innovación esencial en esta parte, y por lo tanto que deben continuarse empleando como hasta aquí la *r* sencilla y doble, sin más diferencia que la de expresar siempre con *rr* doble el sonido fuerte de la *r* en medio de dicción, aunque la precedan las consonantes *n*, *l* ó *s*, como algún tiempo se practicó. Es una de tantas transacciones que hay necesidad de aceptar cuando se pasa de un sistema á otro, y que no impedirá adoptar el procedimiento indicado de crear una nueva letra cuando ya se hayan generalizado las reformas que dejo apun-

tadas, y que sin dificultad alguna pueden plantearse desde luego.

He dicho que en tiempos pasados se usó la *r* doble al principio de dicción.

Pueden servir de ejemplo los siguientes textos cogidos de los libros que más á la mano he encontrado:

«Nos andudiemos por los lugares et por luengos tiempos por Espanya, por saber la verdad de todas las cosas que avía en ella, et fallamos que en Espanya ha y siete *rríos*, cabdales que entran en el mar. De los cuales es el primero el *rrío* de Córdoba, que ha nombre Guadalquivir, et nasce de Nachin; et entran en él otros *rríos*, de los cuales es uno el *rrío* de Hen, et es muy gran *rrío*.

.....

»Et quando andaba la era de los moros en doscientos et veinte et siete annos, mandó faser el *rrey* Mahomet sobre este *rrío* la puente más preciada. (Traducción de la *Crónica* denominada *del Moro Rasis*.)

»Otro día de mañana el *rrey* se levantó y adobó su cuerpo como suelen hazer los moros.....

»..... luego de mañana sin decir palabra á la *rreina*, etc.

»..... y allí fué sepultado en el lugar do solían enterrar á los *rreyes*.

»..... alzaron á Muley-Sad, el cual fué *rrey* muy *rriguroso*, por lo cual los moros se levantaron contra él y le hecharon de la cibdad y alzaron otro *rrey*.

»..... acordaron de hacer al *rrey* un gran servicio..... y levantose el *rreal*.

»..... no pasó mucho tiempo que este *rrey*, viéndose en necesidad, porque los *rreyes* pasados..... comenzó á tender la mano..... y creyendo que el hijo les trataría mejor, acordaron de levantalle por *rrey*.

».....el *rrey*, mientras se hacía el alarde, estaba en una alcoba, que está enfrente de la puerta de la huerta del *rrey* que dicen de Generalife..... Por entre la alcoba del *rrey*..... á donde cada uno veía al *rrey*, le hacía su acatamiento y el *rrey* lo veía á él y lo reconocía. Así pasaron los veinte y nueve dias..... y al postrero de ellos las setecientas lanzas, criados del *rrey*.»

(*Relación de las cosas que pasaron entre los de Granada por HERNANDO DE BAEZA.*)

«Cada uno bien lidiauan,
 Que siempre será fassanna,
 é la mejoria dauan
 Al muy noble rrey de España.

.....
 A poco tiempo finara
 Un rrico omne, buen varon,
 El rrico omne de Gueuara
 Que llamaron don Ladron.

(Crónica rimada.)

¿Y como el Rrey amó?

 Un vió tres Rreyes Christhianos
 Rrecobró sus señorios

 y puso la caxa leda
 á los rricos muy aceda.

 Honrrose de su nobleza

 Presciose de que Rreynaua

 De ochenta Rreyes la creo

 y cient mill de Rricos-hombres

 Rrenó hasta casi en lleno.....»

(Pedro Gracia Dei á la Reina Isabel.)

Y aquí terminaría si no creyera necesario decir algo sobre una tendencia generalmente observada en los que hasta el día se han ocupado de la reforma de la ortografía castellana. Con deliberado propósito ó inadvertidamente, creyendo la ocasión propicia ó equivocándose respecto á los verdaderos límites de la reforma, es lo cierto que muchos de los que sobre este asunto han escrito proponen modificaciones que afectan, más que al modo de escribir las palabras, á las palabras mismas, y esto constituye una verdadera extralimitación. Muchos ejem-

plos pudiera citar á este propósito, pero no es cosa de molestar más á mis lectores. En este punto queda cumplido mi objeto con sólo consignar mi opinión de que no debe alterarse el idioma castellano á pretexto ó con motivo de dar reglas para escribirlo de un modo racional. Si las letras no son más que la expresión de los sonidos y la escritura no es más que el instrumento de que nos valemos para transmitir nuestras ideas á quien no nos oye, es claro que no es el lenguaje el que debe subordinarse á la ortografía, sino ésta á aquél. Racional es que nos propongamos escribir como hablamos, pero ya sería demasiada pretensión querer que se hable como nos parezca que debe escribirse. Es evidente que este respeto al lenguaje hablado dará por resultado numerosas contradicciones, desde el punto de vista de los que quieran dar á las reglas de la ortografía gran extensión; pero esto no importa á nuestro objeto, que es sencillamente el de suprimir las letras que no se pronuncian y asignar á las restantes un sonido invariable y exclusivo. Si todo el mundo dice *suscripción*, no hemos de escribir *suscripción*; pero si todo el mundo también dice *descripción*, no hemos de escribir *descripción*. Si Becker empezó su famosa poesía de este modo:

Volverán las *oscuras* golondrinas.....

si Zorrilla escribió aquellas hermosísimas estrofas á la tempestad, en estos términos:

..... pero la noche *oscura*, la de nublados llena,
me dice más pujante: tu Dios se acerca á tí.....

si Hartzenbusch, en su sentida canción *Al busto de mi esposa*, dijo:

que allá en las horas de calma
vestidas de *oscuridad*.....

si en el precioso romance del Duque de Rivas, titulado *Un castellano leal*, se encuentran estos versos:

que en nubarrones *oscuros*
ofuscaba el claro cielo.....

si Espronceda escribió en *El Diablo Mundo*:

Débil mortal, no te asombre
mi *oscuridad*, ni mi nombre.....

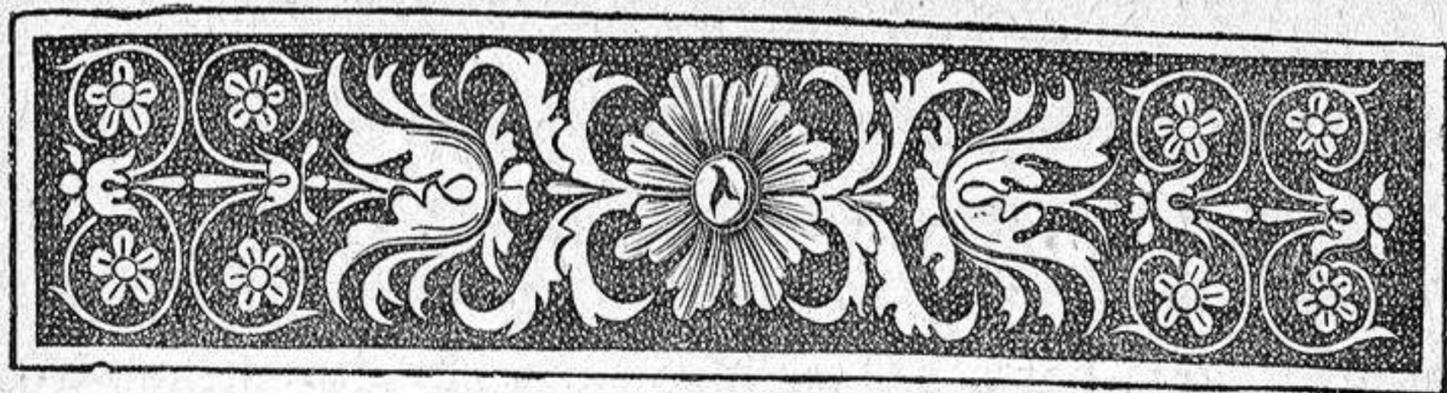
si todo el mundo dice *oscuro*, aun los que por afán de distinguirse escriben ahora *obscuro*, no hemos de imitar á este grupo de extravagantes; pero si todos decimos *obsceno*, no hemos de decir *osceno*, aunque así el lenguaje resulte más florido.

Si en el lenguaje hablado todos hemos sustituido la *x* por la *s* cuando la primera de estas dos letras va seguida de consonante como en *extraño*, *expedición*, etc., no debemos escribir así estas palabras, sino *estraño*, *espedición*, etc., con tanto más motivo cuanto que el Diccionario de la Academia, acatando las imposiciones del uso, ha aceptado estas voces; pero si, por el contrario, los más empleamos la *x* en el sinnúmero de palabras de que forma parte el sonido correspondiente á esta letra, como en *examen*, *exámetro*, *éxodo*, etc., no puede sustituirse por la *s* á pretexto de suavizar la expresión.

En suma: así como las letras deben su expresión fija é indubitada de los sonidos, la escritura debe ser reflejo exacto y servidor fidelísimo del lenguaje hablado, cualesquiera que sean las irregularidades. Si éstas merecen corregirse, trabájese en este sentido, pero señalando paladinamente el objetivo, no con el pretexto de reformar la ortografía.

J. JIMENO AGIUS.





LUIS MANCINELLI

Y LA

SOCIEDAD DE CONCIERTOS DE MADRID

I

La antigua Sociedad de Conciertos, fundada en 1866 por el popular maestro Barbieri, ha terminado recientemente, en medio de frenéticos aplausos y entusiastas aclamaciones, una de las más gloriosas campañas artísticas de que hay memoria en Madrid.

Esa campaña quedará eternamente inscrita en los anales de la Corporación, y constituirá para los amantes de la buena música perdurable recuerdo.

Quedará como audaz movimiento de avance impreso á la Sociedad de Conciertos por la mano de un artista genial.

Quedará como admirable ejemplo de laboriosidad, de talento y de constancia, noblemente empleados en pro de la cultura musical de un país.

Quedará, en suma, como inolvidable despertar de un público que, ávido de luz, hallábase, desde hace pocos años, sumido en oscuridad profunda por la ignorancia y el interés.

De cuantos directores de orquesta figuraron al frente de la *Sociedad de Conciertos de Madrid*, desde el lunes 16 de Abril de 1866 en que apareció por primera vez ante el público madrileño, hasta que se hizo cargo de ella el maestro D. Tomás Bretón, ha quedado recuerdo halagüeño, algo que representa mejoramiento y progreso en los fines artísticos de la Asociación.

Sería ocioso hablar extensamente de los servicios prestados á la Sociedad de Conciertos por su ilustre fundador.

D. Francisco Asenjo Barbieri fué, puede decirse, padre amantísimo de la gran familia á quien cupo la gloria de aclimatar definitivamente en la corte de España la afición á la música instrumental, iniciada por los entusiastas trabajos del autor de *Jugar con fuego* en 1859, y de la *Sociedad artístico-musical de Socorros mutuos* en 1862 y 1864.

Barbieri fué el primero que dió á conocer en Madrid, en 1862, una sinfonía entera de Beethoven y otra de Haydn cuando, según declaración de Hernando, en la Memoria de la Sociedad de Socorros mutuos antes citada, era *arriesgado (!!!) hacer gustar este género de música á nuestro público, que la oía por primera vez.*

Dos años después, en el concierto verificado en el salón del Conservatorio de Música el día 13 de Marzo de 1864, Barbieri estrenó en Madrid la gran marcha de *Tannhäuser*, con orquesta y coros, primera obra de Wagner que se oía en España, y que obtuvo brillantísimo éxito.

Bastará citar la ejecución de la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven, que Barbieri dió á conocer en Madrid el 10 de Abril de 1867, para aquilatar los incalculables servicios que el autor de *Pan y Toros* prestó á la cultura patria, si su nombre no estuviera para siempre unido al de la brillante *Sociedad de Conciertos de Madrid*, y conservado religiosamente en la memoria de todos los amantes de la música en España.

Á Barbieri sucedió Gaztambide. El fogoso y admirable autor de *Catalina* no hizo sino pasar por la dirección de la Sociedad de Conciertos, pero bastóle dirigir una pequeña serie para dejar recuerdo imperecedero de su alma de ar-

tista con la óvertura de *Dinorah* y la de *Tannhäuser*, que se ejecutó por primera vez en Madrid en el concierto verificado el 11 de Julio de 1868 en los Campos Elíseos, y cinco veces más durante aquella temporada.

La marcha de Gaztambide á la Habana dejó la plaza vacante, y á ella fué llamado Monasterio en 1869 por voto unánime de la Sociedad de Conciertos, recibido por el público con aplauso general.

La dirección de Monasterio duró desde Abril de 1869 hasta Mayo de 1876. El célebre violinista comunicó á los conciertos extraordinaria vida, y aparte sus condiciones de director, tuvo la incalculable ventaja de cuidar el cuarteto de cuerda como nadie podía hacerlo, dando de este modo á los conciertos una novedad y un interés que jamás olvidarán los aficionados.

De D. Mariano Vázquez, que reemplazó á Monasterio, no hay sino citar el *Struensée*, de Meyerbeer, ejecutado íntegro con coros; *El sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn, cuyas estrofas y coro de hadas y final se oyeron por primera vez en Madrid, en el concierto del 11 de Febrero de 1883; y sobre todo la novena sinfonía de Beethoven, que el reputado maestro tuvo la honra de estrenar el 2 de Abril de 1882, para comprender la entidad de los servicios prestados por Vázquez á la *Sociedad de Conciertos de Madrid* y al público madrileño.

Cuando el maestro D. Tomás Bretón se encargó de la dirección de la Sociedad, en sustitución de D. Mariano Vázquez, había aquélla cumplido admirablemente los fines que á su fundación presidieron y colocado al público madrileño en situación de conocer, sin riesgo alguno, las obras más atrevidas de la música moderna.

Aceptado Wagner en el Teatro Real, donde *Lohengrin* figuraba ya en el repertorio, como obra fuera de toda discusión, era deber de la Sociedad lanzarse de lleno en las corrientes del novísimo arte é iniciar al público en sus secretos.

El nuevo director no lo comprendió desgraciadamente así. Juzgó sin duda que entre imponer por medio de un trabajo

serio y elevado las creaciones de la reforma musical y halagar el gusto de la multitud con golosinas más ó menos artísticas, la elección no era dudosa; que entre elevar el nivel del público ó rebajarse al público nivel, lo más fácil, cómodo y fructuoso era lo último.

Y se lanzó desatinado en el camino de la especulación, haciendo retroceder en cuatro años á la Sociedad lo que ésta había avanzado en veinte.

De la música moderna, de la música que representa el ideal del progreso en estos últimos tiempos, no podía ser buen intérprete el maestro Bretón, inepto de todo en todo para comprender á Wagner y refractario en absoluto á las incomparables bellezas de su obra.

¡Lo había declarado así él mismo en letras de molde, al decir que no veía en la música del autor de *Lohengrin*, de *Tristán é Isolda*, de *Los Maestros cantores*, de *El anillo del Nibelungo* y de *Parsifal* más que *fuerza, fuerza y fuerza!*....

Y quien no ve más que *fuerza* en la música de Wagner no tiene instinto de poeta, y quien no tiene instinto de poeta carece completamente de inteligencia para interpretar creaciones que todos proclaman dechados de poesía musical.

La prueba más evidente de la falta de poesía que aflige al maestro Bretón es que, fuera del ciclo de obras de Wagner, quiso espigar en el campo del clasicismo y eligió *La noche de Walpurgis*, de Mendelssohn, para presentar al público madrileño una muestra del romanticismo alemán. Ejecutóse la admirable obra *una sola vez* y quedó enterrada en los archivos de la Sociedad. ¿Por qué? Porque, incapaz de sentir la poesía del arte, el Sr. Bretón era incapaz para transmitir esa poesía al público.

Hay más. El Sr. Bretón, forzado por la admiración que la mayoría de los aficionados madrileños profesa á las obras de Wagner, dirigió la ejecución de algunos trozos instrumentales del gran maestro, entre ellos la mágica escena del fuego encantado, final del drama *La Walkiria*.

En el momento en que Wotan desaparece entre las llamas, suena en la orquesta una especie de *tam-tam*, producido por el golpe de la maza del bombo sobre un platillo.

No le pareció bien al Sr. Bretón ese *pequeño* detalle. Como el autor de *Gli Amanti di Teruel* no ve en la música de su compañero, el creador de los *Nibelungen*, más que *fuerza*, *fuerza* y *fuerza*, creyó que la sonoridad producida por la maza del bombo en un platillo era demasiado *suave*, y tuvo á bien enmendar la plana á Wagner, corrigiendo aquella sonoridad con un monumental golpe de platillos.

La maza del bombo sobre *un* platillo representaba la *poe- sía*; el ruido de los *dos* platillos representaba la prosa, la vulgaridad. El Sr. Bretón no vaciló ni un solo instante: dió un puñetazo á la poesía y se postró de hinojos ante la vulgaridad.

¿Cuál fué el resultado? Una enorme carcajada lanzada por todo el público de la manera menos *poética* que pueda imaginarse.

¡Así interpreta á Wagner el Sr. Bretón, y así ha trabajado en bien del progreso musical y de la cultura artística de España mientras ha estado al frente de la *Sociedad de Concier- tos de Madrid!*....

Ya he dicho antes cuántos y cuán gratos son los recuerdos que han dejado en el público madrileño los maestros Barbieri, Gaztambide, Monasterio y Vázquez, como directores de la Sociedad de Concier- tos.

Su paso por la artística Asociación se ha señalado por hechos culminantes que los amantes de la buena música recuerdan ahora y recordarán siempre con placer.

¿Qué memoria queda del maestro Bretón? ¿El sufragio universal? ¿Sarasate siseado? ¿El *Apocalipsis*? ¡Tristes memorias!

¡La odiosa farsa del sufragio, la infame mezcla del arte con la política, como objetivo de una buena entrada; el primer violinista del mundo ultrajado en su propia patria, merced á la más cobarde de las intrigas; un oratorio fiambre del señor Bretón, oratorio cuya *segunda* audición se anunció para un concierto *extraordinario* antes de haberse verificado la *primera*, presuponiendo así un gran éxito con modestia exquisita!

Por un lado la farsa, por otro un crimen artístico, por

otro la soberbia llevada á sus últimos límites. ¿Es esto lo que queda de los conciertos del Sr. Bretón?

No, quedó algo más: quedó el público viciado, la prensa desquiciada en favor de quien no conoce otro auxiliar que el reclamo para todos sus fines, el buen gusto por los suelos, el arte moderno escarnecido y la cultura patria rezagada.

En esa situación se hallaba la *Sociedad de Conciertos de Madrid* cuando se produjo en su seno la tremenda crisis que dió por resultado la salida del Sr. Bretón y su reemplazo por el eminente maestro italiano Luis Mancinelli.

II

No he de explicar aquí las causas que motivaron la salida del maestro Bretón. ¡Benditas sean, puesto que dieron por resultado la elección de Luis Mancinelli para la dirección de la Sociedad de Conciertos!

Verificóse ésta por aclamación, y Mancinelli aceptó, cuando se hallaba abrumado de trabajo, como director de orquesta del Teatro Real.

Con desinterés admirable, no quiso entrar en detalles acerca de la remuneración material. Hacía cinco años que el insigne autor de *Cleopatra*, de *Messalina*, de *Isaías* y de *Escenas venecianas*, dirigía el regio coliseo con entusiasta aplauso del público de Madrid.

Allí, en el primer teatro lírico de España, había dado Mancinelli la medida de su talento, regenerando la orquesta, comunicando á todos los elementos artísticos el fuego del arte en inolvidables interpretaciones de obras modernas.

La incansable actividad del maestro, su verdadero fanatismo en servir al arte musical, al cual dedica todas las dotes de su inteligencia, habían colocado en primer término, habían hecho brillar con luz propia la parte instrumental de las grandes creaciones líricas, lo mismo tratándose del *Orfeo* de Gluck, que del *Tannhäuser* de Wagner, que del *Otello* de Verdi, estrenadas por Mancinelli en Madrid.

Antes de Mancinelli, el público oía generalmente la or-

questa. El maestro consiguió que la *escuchase* siempre, como la escucha hoy, con todas sus voces, con todos sus acentos, dándose cuenta de la importancia capital que la música moderna ha asignado á la orquesta para el conjunto de una bella interpretación.

Durante los cinco años de la dirección de Mancinelli, el público ha visto en el autor de *Cleopatra* el sostén más valioso del arte, ha apreciado los impagables servicios prestados por el maestro á la afición, le ha conceptuado como salvaguardia de lo presente y único campeón de lo porvenir.

Entre Mancinelli y el público madrileño existe hoy esa hermosa inteligencia, esa reciprocidad de afectos, esa armonía de intereses que facilita todo comercio artístico y puede fertilizar el yermo campo de la cultura patria.

Aclamado constantemente, dueño del público de Madrid, al cual debe manifestaciones elocuentísimas y frecuentes de admiración, de respeto y de cariño que le han convertido en hijo adoptivo de España, Mancinelli vió indudablemente en la dirección de la popular Sociedad de Conciertos, fundada por Barbieri, oportuna ocasión para corresponder á aquellas dignamente.

Ni al entusiasmo del artista, ni á la perspicacia del hombre debían ocultarse los beneficios que podía reportar á la música una corporación admirable, con grandes elementos de vida, querida de todos y por todos respetada; una Sociedad de Conciertos, en fin, que deseaba andar vigorosamente y reclamaba una fuerza conductora, una autoridad, un artista en toda la extensión de la palabra, para proseguir valientemente los fines que presidieron á su fundación.

Después de la dominación bretoniana, había una misión que cumplir. La Sociedad había retrocedido de un modo lamentable, se agitaba en los baches de la vulgaridad y del mal gusto, con profundo duelo de los amantes de la buena música.

Hacía falta una enérgica mano que pasase la esponja sobre ese doloroso paréntesis y lanzase á la Sociedad por el camino del progreso, tanto más cuanto que el progreso en música se sintetiza hoy principalmente en el campo del colorido.

do instrumental, cultivado por los compositores más eminentes de Europa.

Esa era la grandiosa obra que se ofrecía al entusiasmo artístico de Luis Mancinelli; era la misión que tenía que cumplir el célebre maestro para mostrarse á la altura de la devoción con que le distingue el público madrileño.

Aceptó el cargo, reunió á la Sociedad de Conciertos, que, con la dirección de Mancinelli, entraba en el vigésimosexto año de su existencia, y dióle cuenta inmediatamente de los propósitos que le animaban y de las obras que se proponía dar á conocer al público.

Un grito de entusiasmo fué la contestación de la Sociedad de Conciertos á los vastos planes de su nuevo director, condensados en el cartel de abono que apareció en los primeros días del año actual.

Ese cartel decía lo siguiente:

«Como modesto tributo de respeto y admiración al genio de Beethoven, la Sociedad ejecutará las nueve sinfonías del inmortal maestro, por orden cronológico, comenzando con la primera en el primer concierto y terminando en el noveno con la 9.^a *sinfonía*, con coros.

Dará además á conocer al público madrileño varias obras desconocidas aún en Madrid, algunas para orquesta y coros, entre las cuales figuran piezas de las óperas de Wagner: *Parsifal*, *Tristán é Isolda*, *Los maestros cantores de Nuremberg*, *La Walkiria*, *Sigfrido* y *El crepúsculo de los dioses*; una nueva composición sinfónica del maestro Chapí, titulada *Los Gnomos de la Alhambra*; los bailables de la ópera *Ascanio*, de Saint-Saëns; dos *Suites* célebres de orquesta del compositor escandinavo Grieg y del reputado maestro ruso Tschaïkowsky, además de otras aplaudidas obras de Rubinstein, Lalo, Massenet, Saint-Saëns, Rossini, Verdi, Chapí, Brull, Marqués y otros célebres compositores.

Entre las grandes piezas de concierto que se propone dar á conocer la Sociedad figurará también la *Balada y Polonesa* de Vieuxtemps, ejecutada por los primeros violines, y otras no menos importantes de autores nacionales y extranjeros.

Por último, la Sociedad tiene la grata satisfacción de

anunciar al público que cuenta con la eminente cooperación de

SARASATE,

cuyo nombre hace innecesario todo elogio, y que ha accedido inmediatamente á los ruegos de esta Sociedad.»

Este cartel produjo en el público el efecto que puede suponerse, teniendo en cuenta la calidad de las obras anunciadas. Era un verdadero manifiesto artístico, una proclama revolucionaria, condenación elocuente de la política seguida por la Sociedad de Conciertos durante los cuatro años anteriores.

Ese programa representaba la consagración del verbo democrático del arte, encarnado en Wagner, y ensalzaba el nombre de Beethoven, de quien el revolucionario de Leipzig es heredero directo.

Anunciar las nueve sinfonías en sendos conciertos consecutivos constituía un *coup d'éclat* que sólo podía ser permitido al talento excepcional de Mancinelli; colocar al lado de Beethoven y de Wagner á Tschaïkowsky, Grieg y otros compositores de la nueva escuela era tanto como llamar á los fieles á los altares del arte moderno.

Como brillante *fermata* del cartel aparecía el nombre de Sarasate, anunciador de grandes emociones y de ruidosos triunfos. El incomparable artista, herido en lo más sensible de su alma por la miserable intriga que he apuntado antes, hallábase separado del público de Madrid mientras el señor Bretón dirigiese la Sociedad de Conciertos.

En cuanto cayó éste y fué reemplazado por Mancinelli, aceptó inmediatamente las proposiciones que se le hicieron, y así pudo figurar en el cartel de abono el nombre del gran concertista, como mágico atractivo.

Para que la dirección de Mancinelli inaugurase por todos conceptos una nueva era en la *Sociedad de Conciertos de Madrid*, quiso además la casualidad que, por razones que no me competen, los conciertos se trasladasen del Teatro del Príncipe Alfonso, donde siempre se habían verificado, al Teatro Real, donde se han celebrado ahora.

El ambiente más recogido del regio coliseo daba á ganar artísticamente al espectáculo lo que, sin duda alguna, perdía éste en aire y en luz; y si se tiene en cuenta que la temporada debía comenzar en la primera quincena de Enero, el Teatro Real ofrecía al público mayores facilidades de calefacción y de comodidad que el del Príncipe Alfonso.

El abono realizado por la Sociedad superó al de la anterior temporada. Comenzaron los ensayos con gran actividad; dominados los profesores por el entusiasmo de Mancinelli, comprendieron la importancia de la gran batalla que iban á librar ante el público madrileño, y llenos de ardor, impulsados á la noble pelea por el fuego artístico del autor de *Cleopatra*, decididos á no perdonar medio ni ahorrar esfuerzos para el logro de su hermosa misión, inauguraron en el regio coliseo la temporada, el domingo 11 de Enero del año actual.

III

El concierto de inauguración fué un verdadero acontecimiento. Cuando se verificó, en 1889, la coronación de Zorrilla en Granada, abrió el Liceo de aquella ciudad un Concurso musical para premiar el mejor poema sinfónico que se presentase, inspirado en *Los Gnomos de la Alhambra*, del gran poeta.

El jurado nombrado al efecto, y del cual formaba parte el maestro Bretón, desechó las obras presentadas, entre las cuales se hallaba una leyenda musical original del maestro Chapí, el músico más aplaudido y popular hoy de España.

Sabedor del caso Mancinelli, pidió al autor de *La Tempestad* la obra rechazada por el Jurado granadino, la examinó, prendóse de ella, y con beneplácito entusiasta de la Sociedad de Conciertos, dispuso que figurase en el programa de inauguración.

Los Gnomos de la Alhambra, leyenda de Chapí, aparecieron, en efecto, en la primera parte del concierto de inauguración, precedidos de la *Overtura en do* de Foroni y seguidos de la

escena final del *Tristán é Isolda* (*Muerte de Isolda*), de Wagner.

Del ruidoso éxito que obtuvo la obra de Chapí, de los comentarios á que dió margen la incalificable torpeza del Jurado de Granada y de las consecuencias lamentables para dicho tribunal artístico, que acarreó la conducta de éste, después de la victoria de *Los Gnomos de la Alhambra*, me he ocupado extensamente en un folleto, al cual remito á los lectores (1).

Basta á mi propósito hacer constar que la inauguración de la temporada de la *Sociedad de Conciertos de Madrid*, bajo la dirección de Luis Mancinelli, constituyó un memorable triunfo para el arte nacional, representado por el más laborioso y admirado de sus cultivadores modernos.

Gracias á Mancinelli, el público de Madrid pudo conocer y saborear las bellezas de una obra, nuevo florón de la corona artística de Chapí, que de otra suerte, y merced á la supina ignorancia de un Jurado, habría permanecido en la oscuridad sabe Dios por cuánto tiempo.

La escena final de *Tristán é Isolda* era, como *Los Gnomos de la Alhambra*, nueva en Madrid.

Maravillosa expresión de la muerte ideal de Isolda en el drama de Wagner, los punzantes acentos de la orquesta, impregnados de inenarrable poesía, conmovieron al público tan fuertemente que, subyugado por la magia de la música y las bellezas de una incomparable ejecución, pidió el auditorio la repetición de la pieza y la obtuvo en medio de un entusiasmo indescriptible.

La muerte de Isolda representaba á Wagner en la meta de sus aspiraciones reformistas, en el punto culminante de sus doctrinas revolucionarias. Representaba, por lo tanto, la primera batalla, y señalaba para la Sociedad de Conciertos y Mancinelli la primera victoria.

Habíase llamado valientemente á las puertas del público, y éste respondía con entusiasta aclamación. El camino se

(1) *Los Gnomos de la Alhambra*, leyenda musical de Ruperto Chapí. (Proceso de un Jurado.)

hallaba expedito, no cabían ya vacilaciones; era preciso ir adelante y llegar decididamente hasta el fin.

Las segundas partes de los programas estaban destinadas á las sinfonías de Beethoven, desde la primera hasta la novena, por riguroso orden de antigüedad.

Ejecutóse en el primer concierto la sinfonía en *do* que abre la serie del inmortal ciclo, y la concurrencia premió con grandes muestras de aprobación la ejecución de la obra deliciosa de Beethoven.

En la tercera parte figuraban la *Danse Macabre* de Saint-Saëns, la *Balada y Polonesa* de Vieuxtemps y la *Kaiser March* (*Marcha Imperial*) de Wagner.

La pieza pintoresca del gran colorista francés obtuvo como siempre los honores de la repetición y obtúvolos asimismo, en medio de una ovación delirante, la *Polonesa* de Vieuxtemps, ejecutada por los violines primeros de la Sociedad y colocada en el programa no solamente como nota regocijada, si vale expresarse así, del concierto, sino como prueba de maestría de los profesores que representaban el alma de la orquesta.

La *Marcha Imperial* de Wagner, que cerraba tan hermoso concierto, fué acogida con extraordinarios aplausos, y hubiérase seguramente escuchado dos veces á no figurar como última pieza del programa.

Tal fué el primer concierto del año presente y tal el *debut* de Mancinelli como director de la Sociedad: cinco piezas repetidas y una serie no interrumpida de entusiastas ovaciones.

La primera sinfonía de Beethoven, *La muerte de Isolda* y la *Kaiser March* de Wagner, la *Danza Macabra* de Saint-Saëns, *Los Gnomos de la Alhambra* de Chapí, la *Balada y Polonesa* de Vieuxtemps.

Ab uno disce omnes. Ese programa material encerraba el programa artístico de Mancinelli y daba idea de lo que serían los conciertos bajo la dirección del autor de *Cleopatra*, de los placeres, de las emociones y de las sorpresas que el maestro preparaba al público de Madrid.

No se crea, sin embargo, que la concurrencia al primer

concierto fuese extraordinaria, ni que la prensa, en general, acogiese la nueva campaña inaugurada por Mancinelli con el frenético entusiasmo con que los amantes de la buena música la habían saludado en el Teatro Real.

No en vano está un director, como el maestro Bretón, al frente de una corporación artística de la importancia de la *Sociedad de Conciertos de Madrid*, durante cinco años.

En ese tiempo el Sr. Bretón había conseguido no solamente implantar el mal gusto, cosa facilísima y para alcanzar la cual le bastaba con halagar los instintos de la muchedumbre, sino que la inmensa mayoría de la prensa, por una especie de masonería inexplicable, formase tremendo escudo en torno del maestro y ensalzase sus dotes y glorificase su inteligencia, con un ardor, con un entusiasmo, con una constancia inusitados realmente en Madrid, aun tratándose de los artistas más eminentes.

Recuerdo haber leído entonces en un periódico de gran circulación el siguiente juicio acerca de una sinfonía del maestro español, sinfonía que no gustó y se ejecutó solamente una vez:

«Con decir que la sinfonía es de Bretón, está dicho que es una maravilla.»

¡Y decir que el autor de la *maravilla* no se atrevió á presentarla al público más que en un solo concierto! ¡Y decir que esa *maravilla* yace sepultada en el archivo de la Sociedad! ¡Será, sin duda, para no exponer á los aficionados á que sufran emociones demasiado fuertes!....

Así trataba la prensa al maestro Bretón, y eso durante varios años de encomios constantes. Claro es que la propaganda de los periódicos tenía que producir gran efecto en esa formidable legión de incautos, para quienes se han hecho los reclamos en materia de arte y en todas las demás materias.

Y como el prurito del Sr. Bretón era la prensa, el anuncio, el elogio, la exhibición diaria, tenaz, sin tregua ni reposo, de aquí que la Sociedad de Conciertos viviese rodeada, en la augusta persona de su director, de una brillantísima aureola, de un nimbo deslumbrador, ante el cual retrocedía

la crítica asustada, dejando el campo libre al sufragio universal, á los siseos á Sarasate y á otros excesos que sería prolijo enumerar.

Todo esto había proporcionado enemigos encarnizados al sucesor del Sr. Bretón, al maestro Mancinelli, y naturalmente á la Sociedad de Conciertos.

La prensa estaba también en guardia después de los monstruosos elogios que había despilfarrado en loor de su, al parecer, artista favorito, y no quería, sin duda, rendir á los conciertos del Teatro Real el pleito homenaje que con tanto entusiasmo había rendido á los del Príncipe Alfonso.

Ésta era la verdadera situación de las cosas cuando Mancinelli inauguró la temporada con el concierto que acabo de reseñar.

IV

En el segundo concierto apareció en los carteles el nombre de un compositor nuevo para el público de Madrid, Eduardo Grieg, músico noruego, artista popularísimo en su país y cuyas obras, aplaudidas en las principales capitales de Europa, han sido objeto de estudio por parte de eminentes críticos, entre ellos Camille Bellaigue, que ha dedicado á Grieg recientemente un interesante artículo.

Ejecutóse en la primera parte, después de la overtura de *Las alegres comadres de Windsor*, de Nicolai, la *Suite d'orchestre*, del maestro de Berghen, formada con la música instrumental escrita por Grieg para el drama de Ibsen *Peer Ging*.

Esta *Suite* consta de cuatro números: *La mañana*, *La muerte de Ase*, *La danza de Anitra* y *En la región del rey de la montaña*, números tan poéticos, tan magistralmente instrumentados y de efecto tal, que todos, á excepción del primero, merecieron los honores de la repetición, proporcionando su primera ejecución á Mancinelli y sus admirables profesores un completo triunfo.

La overtura de *Los Maestros cantores de Nuremberg* siguió inmediatamente, como pieza final de la primera parte, á la *Suite d'orchestre* de Grieg.

El clamoroso éxito de *La muerte de Isolda* había alentado á Mancinelli, firme en su propósito de propagar la música de Wagner.

Y como los malos pasos hay que andarlos pronto, quiso el director de la Sociedad dar un golpe decisivo, ejecutando la overtura de los *Meistersinger*; obra que presenta extraordinarias dificultades de ejecución para la orquesta y de comprensión para el público.

—Tengo miedo—me decía Mancinelli, en el ensayo general de la obra.—Esta overtura es muy complicada y me parece muy difícil para que la entienda la generalidad de los aficionados. Con tal de que la escuchen todos y guste á dos docenas, me doy por satisfecho. Quiero tomar, con esta obra, el pulso al público, porque si la recibe bien, las demás de Wagner que daré á conocer no me inspiran inquietud alguna.

No participaba yo de los temores de Mancinelli y así se lo manifesté. La overtura de *Los Maestros cantores* es indudablemente la más complicada de Wagner por la maravillosa labor técnica que el maestro ha despilfarrado, puede decirse, en esa página admirable donde los temas se cruzan, corren y juegan en filigranas de contrapunto poco inteligibles para quien no conoce el *argumento* de la overtura.

Pero como todo eso se hallaba explicado en las notas del programa en que se había reproducido el juicio, tan sustancioso y claro á la vez, de Soubies y Malherbe, confiaba yo en que el público podría seguir las ideas de Wagner y apreciar el mérito de aquella estupenda página.

No me equivoqué. Ejecutada con una maestría, con un colorido digno de la obra, resonó á su final un prolongadísimo y entusiasta aplauso seguido de *bravos* que constituyeron una gran ovación. No se oyó ni una sola protesta mientras duró aquella manifestación á favor de Wagner y de los intérpretes de su obra.

Pero al ver que una gran parte del público pedía la repetición de la overtura, manifestó la minoría su oposición, con razón sobrada en mi concepto, por las dimensiones de la obra y el cansancio que á los profesores de la orquesta producía su ejecución.

Venció, sin embargo, la mayoría y la overtura de *Los Maestros cantores* se repitió, proporcionando esta segunda audición un nuevo triunfo á la Sociedad de Conciertos y á Mancinelli.

Desde este momento el reinado de Wagner estaba asegurado; el maestro del *porvenir* se había entronizado en el *presente* con una fuerza, con una autoridad á las cuales nada debía resistir en adelante.

Todo dependía de la elección de nuevas obras, y, por este concepto, el tacto y el entusiasmo de Mancinelli garantizaban el resultado de aquella laboriosa y atrevida campaña wagneriana, imposición admirable del genio de Wagner al público madrileño.

En la segunda parte se repitió el *larghetto* de la segunda sinfonía de Beethoven, y en la tercera supo á nuevo la *Rapsodia húngara* de Liszt, ejecutada de un modo completamente original, con fluctuaciones y variedad de ritmos y con brillantez de color tan adecuados á la naturaleza de la obra y á las ideas del compositor, que el público, presa de frenético entusiasmo, hizo á Mancinelli objeto de una gran manifestación y obligó á la orquesta á repetir la rapsodia.

Terminó este segundo concierto con el prelude de *Le Déluge*, de Saint-Saëns, y la marcha de *Tannhäuser*, piezas ambas que fueron aplaudidísimas.

En la primera parte del tercer concierto ejecutó la Sociedad la overtura de *Coriolano*, de Beethoven, y *Los Gnomos de la Alhambra*, de Chapí.

Esta segunda audición de la leyenda musical del popular maestro proporcionóle ruidosa ovación, mayor aún que la que había obtenido en el primer concierto.

Repetidos los tiempos primero y segundo, Chapí tuvo que presentarse al público varias veces el terminar la ejecución de la obra, y recibió una preciosa corona de plata con expresiva dedicatoria, como recuerdo de admiración y afecto de la *Sociedad de Conciertos de Madrid*, de su presidente el eminente maestro Arrieta y de su director Luis Mancinelli.

De la tercera sinfonía (Heroica) de Beethoven fueron

acogidos con entusiasmo sus cuatro tiempos y repetido el segundo, *Marcha fúnebre*, á pesar de sus dimensiones.

En la tercera parte la Sociedad de Conciertos ejecutó de un modo maravilloso la overtura de *Tannhäuser* y el *Scherzo* de *El sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn, piezas las dos que hubo necesidad de repetir, y proporcionaron á Mancinelli y la orquesta dos imponentes ovaciones.

El concierto terminó con la *Marcha de las bodas*, de la última de las obras citadas.

Un nuevo compositor apareció en los carteles del cuarto concierto, Pedro Tschaikowsky, representante de la moderna escuela rusa, y uno de los maestros más populares y fecundos del país de Glinka y de Dargomijsky.

La *Suite d'orchestre*, obra 43, ejecutada en la primera parte de dicho concierto, consta de cinco tiempos: *Introducción y fuga*, *Divertimento*, *Andante*, *Scherzo* y *Gavota*. Todos estos tiempos fueron muy aplaudidos y repetido el *Andante*, que fué el que más llamó la atención.

La música de la obra de Tschaikowsky revela á un artista de gran talento, no muy abundante en ideas, pero dotado de brillantes dotes de colorista y dueño de los secretos de la ciencia musical, como lo revelan principalmente la *Introducción y fuga*, de todo punto admirables, que forman el primer tiempo.

De la cuarta sinfonía de Beethoven repitióse el *Adagio*, é igual distinción alcanzaron en la tercera parte la overtura de *Cleopatra* y *La muerte de Isolda*.

La ovación que hizo á Mancinelli el público, como compositor y director, al terminar la ejecución de su admirable página instrumental, fué una verdadera manifestación de admiración, de gratitud y de afecto.

El concierto terminó con la cuarta *Polonesa* de Marqués, entre los aplausos de toda la concurrencia.

En la primera parte del quinto concierto, la Sociedad ejecutó la overtura de *La flauta encantada*, de Mozart, recibida, como siempre, por el público con una indiferencia, por no decir desprecio, inexplicable, y las *Escenas venecianas*, de Mancinelli, ya conocidas en Madrid, que proporcionaron á

su autor nuevo y completo triunfo. Repitiéronse el primer tiempo, *Carnaval*, y el tercero, *Fuga de los amantes*, y aplaudieron los restantes con entusiasmo.

La quinta sinfonía de Beethoven ocupó la segunda parte y fué aplaudidísima, tocando al *Andante* los honores de la repetición.

En la tercera parte figuraban el preludio de *Tristán é Isolda* y la escena del *Fuego encantado*, final del drama *La Walkiria*, de Wagner. Las dos piezas se habían ejecutado en los conciertos dirigidos por el maestro Bretón y habían dado margen á grandes protestas, á verdaderas batallas entre los que deseaban su repetición y los que se oponían á ella.

Ya he dicho antes que el maestro español es refractario á la poesía de la música de Wagner, é inepto, por ende, para dirigir sus obras.

Bajo la dirección de Mancinelli el preludio de *Tristán* y el final de *La Walkiria* fueron dos revelaciones. Las bellezas de ambas piezas instrumentales, realzadas por incomparable interpretación, comunicaron al público el flúido del arte y dieron margen á que su entusiasmo se manifestara de un modo elocuentísimo en favor de Mancinelli.

Lo mismo el preludio que el final fueron repetidos entre frenéticos *bravos* y aplausos, sin que la más pequeña protesta viniese á turbar aquella hermosa explosión de los sentimientos del público.

La Balada y Polonesa de Vieuxtemps, ejecutadas por segunda vez de una manera superior á todo encomio y recibidas con el entusiasmo que despertó la obra en el primer concierto, pusieron término á éste de un modo brillantísimo.

En el sexto se ejecutaron la overtura de *La gruta de Fingal*, de Mendelssohn, y por segunda vez la *Suite*, de Grieg, en la primera parte, con éxito igual al que obtuvo la obra del maestro sueco en el segundo concierto de la temporada.

En la segunda parte Beethoven triunfó con la sexta sinfonía, la *Sinfonía Pastoral*, ejecutada de un modo admirable, acogida con férvido entusiasmo, y cuya andante mereció los honores de la repetición.

El *clou* del concierto se hallaba en la tercera parte, se hallaba en *Los murmullos de la selva*, de Wagner, completamente desconocidos para el público madrileño.

Esta pieza instrumental, extraída del drama musical *Sigfrido*, segunda jornada de *El anillo del Nibelungo*, contiene diversos episodios del final del acto segundo del célebre drama de Wagner.

Sigfrido, hijo de Siglinda y Sigmundo, representa en la trilogía el hombre primitivo, es decir, el heroísmo libre, la juventud, la vida sana y franca, el amor inconsciente, el ardor, la nobleza, la caballerosidad, todas las cualidades morales destinadas á triunfar en el mundo del Oro y del Mal.

Sigfrido, cuya madre ha muerto al darle á luz, ha sido recogido por el gnomo Mime, que cuenta con el poderoso brazo de su hijo adoptivo para matar al gigante Fafner, poseedor de los tesoros de los Nibelungos. Fafner ha adoptado la forma de un dragón para defenderlos y habita una caverna donde va á buscarlo Sigfrido guiado por Mime, con el objeto de matar al monstruo y recuperar el yelmo encantado y el anillo del Nibelungo que Wotan ha entregado á los gigantes en *El oro del Rhin*, prólogo de la trilogía.

Con los trozos de la espada de Sigmundo que Siglinda recogió como prenda de esperanza, Sigfrido forja el arma que ha de llevarlo á la victoria y llega ante la caverna de Fafner, acompañado por Mime, que le explica de qué manera debe agenciarse para matar al monstruo.

Márchase el gnomo, temeroso de asistir al tremendo combate, y queda Sigfrido sólo en escena. Acariciado dulcemente por el suavísimo murmullo de la selva, el héroe se tiende bajo una encina y escucha allí, extático, presa de una melancolía profunda, los rumores del bosque, el suave crujir de las hojas de los árboles, el correr del agua en los arroyos y el canto de los pájaros que revolotean en torno suyo y le hablan un lenguaje que Sigfrido no puede comprender.

Vuelto en sí de su éxtasis por los gruñidos del dragón, Sigfrido le hunde la espada en la nuca y lo deja muerto á sus pies.

Entonces vuelve á escuchar el canto de las aves del bosque, y desesperado por no poder entender su lenguaje, lleva Sigfrido á la boca su mano tinta en la sangre del dragón. Desde aquel instante ¡oh maravilla! comprende perfectamente lo que las aves de la selva le quieren decir. Una de ellas le habla:

—¡Ama, Sigfrido, ama! En el amor encontrarás la ventura y la paz. Una mujer inmortal duerme rodeada de llamas en una alta roca. Sólo quien no conozca el miedo podrá despertarla. ¡Llega hasta ella, Sigfrido, atraviesa el fuego que la defiende, despiértala y esa mujer será tuya!

Y guiado por el pájaro, siguiendo su rápido vuelo, Sigfrido llega á la colina donde yace aletargada Brunilde, la despierta y consigue su amor.

Tal es la admirable escena de *Los murmullos del bosque*, impregnada de una poesía incomparable, que ha producido siempre en el teatro un efecto grandísimo y ha excitado, hace poco tiempo, entusiasmo indescriptible en el Teatro de la Moneda de Bruselas, donde se ha representado el *Sigfrido*.

Cuantos críticos se han ocupado del drama de Wagner se deshacen en elogios al hablar de este episodio, que califican de maravilloso y en el cual todas las voces misteriosas de la naturaleza confían sus secretos á Wagner, según la expresión de Soubies y Malherbe.

La ejecución de esta admirable página instrumental, arreglada para concierto, con la supresión de los episodios de la muerte de Fafner y de Mime, presenta grandes dificultades, por tratarse de un trozo que es maravillosa expresión de la naturaleza.

La *Sociedad de Conciertos de Madrid*, bajo la mágica batuta de Mancinelli, puso de relieve las bellezas de la creación de Wagner con tal poesía, con tales filigranas de matices, con tan delicada fluidez, que el público, arrobado, fascinado por aquella interpretación digna de la obra—lo cual es decirlo todo,—prorrumpió en aclamaciones y aplausos entusiastas, haciendo á Mancinelli y sus profesores inolvidable ovación, y pidió y obtuvo la repetición de la pieza.

Ésta tuvo que figurar, á petición de los aficionados, en el

siguiente concierto, el sétimo, en cuya primera parte se ejecutaron la overtura de *Mignon*, la bacanal de *Sansón y Dalila*, de Saint-Saëns, una *Gavota* de Bach instrumentada por Gevaert y la *Rapsodia húngara*, de Liszt.

De estas piezas merecieron los honores de la repetición la overtura de Thomas, á pesar de ocupar el primer lugar en el programa, caso sin precedente, y la pintoresca rapsodia de Liszt, que suscitó de nuevo indescriptible entusiasmo.

Después de la sétima sinfonía de Beethoven, aplaudida con gran calor, ejecutó por segunda vez la orquesta *Los murmullos de la selva* del *Sigfrido*, y por segunda vez se desbordó el entusiasmo del público, dando margen á la repetición del fragmento de Wagner.

El concierto terminó con la marcha de *Tannhaiser*.

Los conciertos octavo y noveno merecen capítulo aparte, porque constituyen dos acontecimientos para los amantes de la música, y señalan en la *Sociedad de Conciertos de Madrid* fechas inolvidables para la artística Corporación y su eminente director el maestro Mancinelli.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(Concluirá.)





RELACION

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

(CONTINUACIÓN) (I)

En efecto, fuimos á ver á la Reina madre para besarla las manos y pedirle sus órdenes para el Escorial. Es costumbre, al salir de Madrid, ir antes á ver á la Reina. Nosotros no la habíamos visto desde su regreso. Parecía más contenta que en Toledo. Nos dijo que no pensaba volver tan pronto á Madrid, y que parecíale ahora que jamás había salido de él. Lleváronla una gigante que venía de las Indias. En cuanto la vió, la hizo retirar porque la daba miedo. Sus damas quisieron hacer danzar á este coloso, quien al bailar sostenía en cada una de sus manos dos enanas que tocaban las castañuelas y la pandereta, ofreciendo todo ello una fealdad acabada. Mi parienta vió en la estancia de la Reina madre muchas cosas que procedían de D. Juan; entre otras, un reloj admirable, guarnecido de diamantes. D. Juan la ha hecho en parte su heredera, aparentemente para manifestarla su pesar por haberla atormentado tanto.

La partida al Escorial se ha realizado con todos los ali-

(I) Véase la pág. 505 de este tomo.

cientes posibles. Las mismas damas que vinieron á Aranjuez y Toledo han quedado muy satisfechas de aprovechar la buena estación para pasearse un poco, y fuimos primero al *Pardo*, que es un sitio real. Su fábrica es muy hermosa, como todas las demás de España; es decir, un cuadrado de cuatro cuerpos, separados por grandes galerías de comunicación, las cuales están sostenidas por columnas. Los muebles no son magníficos, pero hay buenos cuadros, entre otros, los de todos los Reyes de España vestidos de una manera singular.

Nos enseñaron un pequeño gabinete que el difunto Rey llamaba su favorito, porque allí veía algunas veces á sus queridas; y este Príncipe tan frío y tan serio en apariencia, que nunca se le vió reír, era en efecto el más galante y más tierno de todos los hombres. Hay allí un gran jardín bastante bien cuidado, y un parque de una extensión considerable, donde el Rey va con frecuencia de caza. Fuimos en seguida á un convento de Capuchinos, que está en lo alto de un monte. Es un lugar de gran devoción, á causa de un Crucifijo desclavado de su cruz que hace frecuentes milagros. Después de haber allí rezado nuestras oraciones, bajamos por el otro lado del monte, á una ermita donde había un recluso que no quiso vernos ni hablarnos; pero echó un billete por su rejilla, en el cual vimos escrito que nos encomendaría á Dios. Todas estábamos en extremo cansadas, pues había sido preciso subir á pie el monte, y hacía mucho calor. Percibimos en el fondo del valle una pequeña casucha al borde de un arroyo que se deslizaba por entre sauces. Volvimos hacia este lado, y aún estábamos bastante lejos, cuando vimos una mujer y un hombre muy limpios, que se levantaron bruscamente de al pie de un árbol donde estaban sentados, y entraron en esta casa, cuya puerta cerraron con la misma diligencia que si nos hubiesen tomado por ladrones. Pero sin duda el recelo de ser conocidos fué lo que les hacía tomar esta precaución.

Llegamos al sitio que acababan de abandonar y, sentándonos sobre la hierba, comimos frutas que habíamos hecho llevar. Estaba tan cerca la casita que podían vernos desde las ventanas. Salió de ella una campesina muy bonita, que

se acercó á nosotras llevando una cesta de junco marino; arrodillóse ante nosotras y nos pidió frutas de nuestra merienda para una señora que estaba en cinta y que se moriría si se las rehusábamos. En seguida la envíamos las más bellas. Un momento después la joven volvió con una tabaquera de oro y nos dijo que la señora de la *casita* nos rogaba tomásemos de su tabaco, en reconocimiento de la merced que la habíamos hecho. Aquí es moda presentar tabaco cuando se quiere dar testimonio de amistad. Permanecemos tan larga pieza de tiempo á orillas del agua, que hicimos resolución de no llegar más lejos que de la Zarzuela, que es otro sitio real, menos bello que el Pardo y tan abandonado que no se encuentra en él nada recomendable más que las aguas. Nos acostamos allí bastante mal, aun cuando era en los mismos lechos de Su Majestad, y no pudimos hacer nunca nada mejor que llevar con nosotras todo lo preciso para nuestra cena. Entramos en seguida en los jardines, que están en muy mal orden. Las fuentes corren de día y de noche; las aguas son tan cristalinas y tan abundantes que, á poco que se hiciera, no habría sitio en el mundo más adecuado para construir una residencia agradable; pero desde el Rey hasta el último ciudadano, aquí nadie tiene costumbre de mejorar sus casas de campo; muy al contrario, las dejan derruirse por falta de algunas insignificantes reparaciones. Nuestras camas eran tan malas, que no tuvimos gran trabajo para abandonarlas á la mañana siguiente, á fin de ir al Escorial. Pasamos por Monareco, donde comienzan los bosques, y un poco más lejos el parque del convento del Escorial, mandado construir por Felipe II entre montañas para encontrar más fácilmente la piedra que necesitaba. Ha sido menester una cantidad tan prodigiosa de ella, que no puede comprenderse sin verlo, y el monasterio del Escorial es uno de los grandes edificios que tenemos en Europa. Llegamos allí por una larguísima calle de álamos formada por cuatro filas de árboles. El frontis es magnífico, adornado con varias columnas de mármol elevadas unas sobre otras, hasta una imagen de San Lorenzo que hay en lo alto. Allí están las armas del Rey esculpidas en una piedra del rayo traída de la

Arabia; y costó sesenta mil escudos hacerlas grabar en ella.

Fácil es creer que habiendo hecho un gasto tan considerable para una cosa tan poco necesaria, no se han escatimado las que podían ser útiles para contribuir á la belleza de este edificio, que es grandioso y de forma cuadrangular, presentando junto al cuadrado un cuerpo largo adherido á él y que le hace representar en cierto modo una parrilla como la que se empleó para martirio de San Lorenzo, patrón del Monasterio. El orden es dórico y muy sencillo. El cuadrado está dividido por medio, y una de las divisiones que miran al Oriente divídese á cada lado en otros cuatro cuadros menores, que son cuatro claustros de orden dórico, de modo que quien ve uno de ellos ve todos los demás. La fábrica nada tiene de sorprendente en su traza, ni por la arquitectura. Lo que hay de notable es la masa del edificio, que es de trescientos ochenta pasos en cuadro. Pues además de esos cuatro claustros de que he hablado, la otra parte del cuadro, subdividida en dos, forma otros dos cuerpos. Uno es el palacio del Rey y el otro es el Colegio, dentro del cual residen gran número de pensionados á los cuales el Rey costea beca para estudiar. Los religiosos que lo habitan son Jerónimos, cuya orden es desconocida en Francia y fué abolida en Italia porque un fraile jerónimo atentó contra la vida de San Carlos Borromeo, pero no le hirió, aun cuando disparó contra él y las balas atravesaron sus vestiduras pontificales. Esta orden no deja de estar aquí en gran predicamento; hay trescientos religiosos en el Monasterio del Escorial, que viven poco más ó menos como los Cartujos; hablan poco, rezan mucho, y las mujeres no entran en su iglesia. Además, tienen que estudiar y predicar. Lo que hace todavía más importante este edificio es la clase de piedra que en él se ha empleado. Se extrajo de las canteras próximas. Su color es grisáceo. Resiste á todas las injurias del aire. No se oscurece, y siempre conserva el color que tenía al principio. Felipe II tardó veinte años en construir el Monasterio, disfrutó de él trece y allí murió. Costóle esta fábrica seis millones. Felipe IV le añadió el panteón, es decir, un mausoleo á la manera del Panteón de Roma, abierto bajo el altar mayor de la iglesia; todo él de mármol,

de jaspe y de pórfido, donde están embutidas en los muros venintiséis tumbas magníficas. Desciéndese hasta él por una escalera de jaspe, y al bajarla, me figuré entrar en alguno de esos recintos encantados de que hablan las novelas y los libros de caballería. El tabernáculo, la arquitectura de la mesa de altar, la gradería por donde á él se sube, el copón hecho de una sola pieza de ágata, son otros tantos milagros. Admíranse allí abundantes é increíbles riquezas en pedrerías y en oro. Un solo armario de joyas (porque hay cuatro, en cuatro capillas de la iglesia) excede con mucho al tesoro de San Marcos de Venecia. Los ornamentos de la iglesia están bordados de perlas y pedrerías. Los cálices y los vasos son de piedras preciosas; los candeleros y las lámparas son de oro puro. Hay cuarenta capillas y otros tantos altares donde se emplean todos los días cuarenta diversos ornamentos. El retablo del altar mayor se compone de cuatro órdenes de columnas de jaspe, y se sube al altar por diez y siete gradas de pórfido. El tabernáculo está enriquecido con varias columnas de ágata y varias hermosas figuras de metal y de cristal de roca. No se ve en el tabernáculo más que oro, lápizlázuli, pedrerías tan diáfanas que al través de ellas se ve al Santísimo Sacramento, que está dentro de una naveta de ágata. Estímase este tabernáculo en un millón de escudos. Hay en la iglesia, siete coros con órganos.

La sillería del coro es de madera exquisita; procede de las Indias y está con admirable primor trabajada por el modelo de Santo Domingo de Bolonia. Los claustros del monasterio son sumamente hermosos, y hay enmedio un jardín de flores y un templete abierto por los cuatro lados cuya bóveda se sustenta sobre columnas de pórfido, entre las cuales hay nichos donde están los cuatro Evangelistas con el ángel encima, y alrededor los animales de mármol blanco, de tamaño mayor del natural, que arrojan torrentes de agua dentro de pilones de mármol. La capilla está abovedada, es de bellísima arquitectura, y su pavimento de mármol blanco y negro. Hay allí varios cuadros de un precio inestimable, y en la sala capitular, que es muy grande, aparte de cuadros excelentes, se ven bajorrelieves de ágata, cada uno de pie y medio y cuyo

valor no puede calcularse. Respecto á la iglesia, nada tiene de extraordinario en su estructura. Es más grande, pero análoga á la de los Jesuitas de la calle de San Antonio, salvo ser del orden dórico como la casa. Bramante, famoso arquitecto de Italia, dió la traza del Escorial. Las habitaciones del Rey y de la Reina no tienen nada de magnificencia. Pero Felipe II consideraba esta casa como un lugar de oración y de retiro, y lo que más quiso embellecer fué la iglesia y la biblioteca. El Ticiano, famoso pintor, y otros varios más agotaron su arte para pintar bien las cinco galerías de la biblioteca. Sitio admirable, tanto por las pinturas como por sus cien mil volúmenes, sin contar los manuscritos originales de algunos santos Padres y Doctores de la iglesia, muy bien encuadernados é iluminados todos. Fácilmente juzgaréis la grandeza del Escorial cuando os haya dicho que hay en él diez y siete claustros, veintidós patios, once mil ventanas, más de ochocientas columnas y un número infinito de salas y de aposentos. Poco después de morir Felipe III se quitó á los religiosos del Escorial un terreno que el difunto Rey les había donado, llámase *Campillo*, y produce diez y ocho mil escudos de renta; esto se hizo en virtud de la cláusula de su testamento por la cual revocaba las inmensas donaciones que había hecho durante su vida.

El Duque de Braganza hallábase en la corte de Felipe II, y el Rey quiso que lo llevaran al Escorial para que viera este soberbio edificio. Y como quiera que el encargado de mostrárselo le dijese que había sido edificado para cumplir el voto hecho por Felipe II en la batalla de San Quintín, el Duque replicó con mucha gracia: «Grande miedo debía de tener quien hizo tan gran voto.» Al hablar de Felipe II me acuerdo de haberseme dicho que Carlos V le recomendó que conservase las tres llaves de España. Eran éstas: la Goleta en África, Fletinga en Zelanda y Cádiz en España. Los turcos han tomado la Goleta, los holandeses á Fletinga, los ingleses á Cádiz. Pero el Rey de España no ha pasado mucho tiempo sin recuperar esta última plaza.

El Escorial está construído en la pendiente de unas rocas, en un sitio desierto, estéril, rodeado de montañas. El

pueblo está abajo y tiene pocas casas. Casi siempre hace allí frío. Es prodigiosa la extensión de los jardines y del parque. Encuéntrase bosques, llanos, una gran casa en medio, donde se alojan los guardas, y todo está lleno de animales feroces y de caza. Después de haber visto un lugar tan digno de nuestra admiración, partimos todos juntos, y como habíamos pasado por los sitios reales de El Pardo y de La Zarzuela, regresamos por las montañas, cuyo camino es más corto, pero más difícil. Pasamos por Colmenar y, costeando el riachuelo de Guadarrama, fuimos por Las Rozas y Aravaca hasta Madrid, donde supimos que la servidumbre de la Reina iba á partir para ir á esperarla en la frontera. En seguida nos presentamos en palacio para decir adiós á la Duquesa de Terranova y á las otras damas, á las cuales el Rey había las hecho montar á caballo, para ver de qué manera estarían el día de la entrada. Las puertas y los jardines estaban rigurosamente custodiados á causa de esto, y no se permitía entrar allí á ningún hombre. Las damas jóvenes de palacio tenían apostura bastante gallarda; pero ¡Dios mío, qué estantiguas la Duquesa de Terranova y D.^a María de Alarcón, jefe de las damas jóvenes de la Reina! Cada una estaba sobre una mula toda ensortijada y herrada de plata, con una gran manta de terciopelo negro, análoga á la que los médicos de París ponen á sus caballos.

Estas damas, vestidas de viudas, traje cuya descripción he hecho; muy viejas, muy feas, con el aspecto severo é imperioso, llevaban puesto un gran sombrero atado con cordones por debajo de la barba, y veinte gentilhombres, que estaban á pie alrededor de ellas, las sujetaban por miedo á que se dejasen caer. Nunca hubieran permitido que las tocasen así, á no temer romperse la cabeza; pues aun cuando las damas tienen dos escuderos y éstos las acompañan á todas partes donde van, nunca les dan la mano; marchan á su lado y las presentan los codos envueltos en sus capas, lo cual hace parecer sus brazos monstruosamente gruesos. Si al caminar la Reina le aconteciera caerse y no estuviesen alrededor suyo sus damas para levantarla, aun cuando hubiera allí cien gentilhombres, tomaríase la pena de levantarse por sí sola ó per-

manecería tirada en el suelo, sin que se atreviera nadie á levantarla.

Pasamos una parte de la tarde viendo á estas damas. El equipaje que han traído es magnífico, pero bastante mal entendido. ¡La Duquesa de Terranova lleva ella sola seis literas de terciopelo bordado de diferentes colores, y cuarenta los, cuyas gualdrapas son de lo más rico que he visto jamás!

Toda la corte está de regreso, incluso la Reina, á la cual vi llegar con el Rey en una carroza cuyas cortinillas iban del todo abiertas. Estaba vestida á la española, y no la encontré menos bien en este traje que en el suyo á la francesa. Pero el Rey se había vestido á la Schomberg; éste es el traje de campo de los españoles, y es muy semejante al vestido á la francesa. He oído referir la sorpresa de la Reina cuando tuvo el honor de ver por primera vez al Rey, que llevaba una casaca muy corta y muy ancha, de camelote gris, calzas de terciopelo, medias de seda cruda trabajada tan floja que al través de ella se ve el calcetín, formando un tejido tan fino como si fuera de cabello, y al Rey le gusta ponérselas de un tirón, aun cuando estén muy justas, de suerte que algunas veces rompe hasta veinte pares. Llevaba una preciosísima corbata que la Reina le había enviado; pero estaba anudada con demasiado abandono. Sus cabellos caían por detrás de las orejas, y llevaba un sombrero gris blanquecino, y vestido él como descrito queda y ella como dije, á la española, siguieron todo el viaje, que era bastante largo, uno frente á otro, en su gran carroza, no pudiendo apenas entenderse sino por algunas acciones, pues el Rey no sabe absolutamente nada el francés y la Reina hablaba poco la lengua española. Al llegar á Madrid fueron á oír el *Te Deum* á Nuestra Señora de Atocha, seguidos por todos los personajes y todo el pueblo, que lanzaba grandes gritos de gozo. En seguida Sus Majestades fueron al Buen Retiro, porque no estaban preparados los aposentos de palacio y era preciso que la Reina esperase algún tiempo, hasta su entrada, para permanecer en él. Este tiempo ha debido de parecerle bien largo, pues no veía á nadie más que á la camarera mayor y á sus damas. Se la hizo llevar una vida tan retraída que, para soportarla, necesitase poseer todo el

talento y la dulzura que tiene. Carece hasta de la libertad de ver al Embajador de Francia; en fin, es un aburrimiento continuo. Sin embargo, todas las damas españolas la aman tiernamente y la compadecen entre ellas.

Hace algún tiempo estaba yo en casa de la Condesa de Villaumbrosa entre una gran concurrencia. Vino la Marquesa de la Fuente, y como en este país son muy supersticiosas, díjoles toda despavorida que estando ella con la Reina, que se miraba en un gran espejo, apoyó su mano en él, tocándolo con suma ligereza, y que el cristal se hendió de alto abajo; que la Reina había visto esto sin asustarse, y hasta se había reído del estupor de todas las damas que estaban en torno suyo, diciéndolas que era una debilidad pararse en cosas que pudieran tener causas naturales. Hablaron largo rato acerca de este particular y afirmaron, suspirando, que la Reina no viviría mucho tiempo.

También nos dijo que á la Reina le había molestado mucho lo incivil de la camarera mayor, quien, viendo algunos de sus cabellos desarreglados sobre su frente, escupió en sus manos para atusárselos; al ver lo cual la Reina había-la detenido el brazo, diciendo con aire de soberana que la mejor esencia no era demasiado buena para eso; y cogiendo su pañuelo se frotó largo rato los cabellos en el punto donde aquella vieja los había tan suciamente humedecido. No es extraordinario aquí mojarse la cabeza para aprestarse y adherirse los cabellos. La primera vez que me peiné á la española, una de las criadas de mi parienta, acometiendo esa grande obra maestra, empleó tres horas en darme tirones en la cabeza, y viendo que mis cabellos estaban siempre naturalmente rizados, sin decirme nada, empapó dos gruesas esponjas en una jofaina llena de agua y me bautizó de lo lindo, tanto que estuve acatarrada más de un mes.

Pero, volviendo á tratar de la Reina, es una cosa digna de lástima el proceder que su vieja camarera emplea con ella para servirla; pues me han dicho que no sufre el ver que tenga un solo cabello rizado, ni que se acerque á las ventanas de su estancia, ni que hable á nadie; sin embargo, no todo son molestas importunidades, porque el Rey ama á la Reina

con todo su corazón; come de ordinario con ella y sin ceremonia alguna; de suerte que, con mucha frecuencia, cuando las azafatas ponen los cubiertos, el Rey y la Reina las ayudan por divertirse; el uno lleva el mantel y la otra las servilletas. La Reina tiene dispuesto que la den de comer al uso de Francia y el Rey al de España. Una cocinera es quien adereza todas las vituallas; la Reina trata de acostumar á su esposo á los guisos que se le sirven, pero él no quiere hacerlo. Por lo demás, no creáis que Sus Majestades se hallen rodeados de personas de la Corte cuando comen; á lo sumo hay algunas damas de palacio, meninas, gran número de enanas y de enanos.

La Reina hizo su entrada el 13 de Enero. Después de cerrar todas las avenidas del gran camino que conduce al Buen Retiro y prohibirse que en él entrasen las carrozas, hízose construir un arco de triunfo donde estaba el retrato de la Reina. Adornaban este arco diversos festones, pinturas y emblemas, y se había levantado en el camino por donde tenía que pasar la Reina para entrar en Madrid. Á los dos lados había una especie de galería con rompimientos, en los cuales veíanse las armas de los diversos reinos de los dominios de España, enlazadas unas con otras por columnas que sostenían estatuas doradas, cada una de las cuales presentaba coronas é inscripciones alusivas á estos reinos.

Esta galería continuaba hasta la puerta triunfal del gran camino, que era muy rica y hallábase adornada con diversas estatuas, y cuatro bellas jóvenes, vestidas de ninfas, esperaban allí á la Reina, teniendo flores dentro de canastillas para alfombrar con ellas el suelo á su paso. Apenas se había traspuesto esta puerta, descubríase la segunda y así se veían todas desde lejos, unas detrás de otras. Ésta estaba adornada por efigies que representaban el Consejo Real, el de la Inquisición, los Consejos de Indias, de Aragón, de Estado, de Italia, de Flandes y de otros lugares, bajo la figura de otras tantas estatuas doradas. La de la Justicia era más alta que las demás. Un poco más lejos encontrábase el Siglo de Oro, acompañado por la Ley, la Recompensa, la Protección y el Castigo. El templo de la Fe estaba representado en un

cuadro; el Honor y la Felicidad abrían su puerta y la Dicha salía de él para ir á recibir á la nueva Reina. Veíase también un cuadro representando la acogida que hizo Salomón á la Reina de Saba, y en otro Débora dando leyes á su pueblo. Asimismo se veían las estatuas de Ceres, Astrea, la Unión, la Virtud, la Vida, la Seguridad, el Tiempo, la Tierra, la Tranquilidad, la Paz, la Grandeza, el Reposo, Themis y la Liberalidad. Entre diversas pinturas, advertí á Eneas cuando quiso descender á los infiernos; Cerbero encadenado por la Sibila; los Campos Elíseos, donde Anquises hizo ver á su hijo los que vendrían después de él de su posteridad. El resto estaba lleno de jeroglíficos innumerables. La Reina se detuvo hacia la tercera puerta, en un hermosísimo jardinillo que estaba en su camino, con cascadas, grutas, fuentes y estatuas de mármol blanco. Nada más agradable que este jardín. Lo habían hecho los frailes de San Francisco de Paula. La cuarta puerta estaba en medio de la plaza llamada *del Sol*. No era menos brillante que las otras en oro y pintura, estatuas y divisas.

La calle de los Pellejeros estaba llena de animales, cuyas pieles estaban tan bien arregladas, que nadie hubiese creído sino que eran tigres, leones, osos y panteras vivos. La quinta puerta, que era la de Guadalajara, tenía particulares bellezas; y en seguida entró la Reina en la calle de los Plateiros. Estaba bordeada por grandes ángeles de plata pura. Veíanse allí varios escudos de oro en los cuales se leían los nombres del Rey y de la Reina, con sus armas formadas de perlas, rubíes, diamantes, esmeraldas y otras piedras tan bellas y tan ricas, que al decir de los inteligentes había allí por más de doce millones. En la Plaza Mayor veíase un anfiteatro, cargado de estatuas y adornado con pinturas. La última puerta estaba próxima de allí. En medio de la fachada principal del palacio de la Reina madre se veía á Apolo, todas las Musas, el retrato del Rey y de la Reina á caballo, y otras varias cosas en que no me fijé lo suficiente para referirlas con detención. El patio del palacio estaba rodeado de hombres y mujeres jóvenes, que representaban los ríos y arroyos de España. Estaban coronados de hojas de caña y

nenúfares, con vasos derribados, y el resto de su traje era adecuado. Vinieron á cumplimentar á la Reina en latín y en español. En este patio había también dos castillos de fuegos artificiales. Todo el palacio estaba colgado con los más bellos tapices de la Corona, y no hay en el mundo sitio donde se vean más hermosos. Dos carros llenos de músicos precedían á Su Majestad.

Los magistrados de la Villa habían salido del local de su asamblea en traje de ceremonia. Consistía en toga de brocado bordada en oro, pequeño sombrero de ala vuelta cargado de plumas; los magistrados iban montados en hermosísimos caballos. Vinieron á presentar las llaves de la Villa á la Reina y á recibirla bajo palio. El Rey y la Reina madre fueron en carroza descubierta, á fin de que el pueblo pudiera verlos, á casa de la Condesa de Oñate, desde donde vieron llegar á la Reina.

Seis trompeteros con trajes blancos y rojos, acompañados por los timbales de la Villa, montados en magníficos caballos cuyas gualdrapas eran de terciopelo negro, marchaban delante del alcalde de la Corte. Los caballeros de las tres órdenes militares, que son Santiago, Calatrava y Alcántara, seguían, vestidos con mantos bordados de oro, y sus sombreros cubiertos de plumas. En pos de ellos veíase á los títulos de Castilla y á los oficiales de la casa del Rey. Todos llevaban botas blancas y casi no había ninguno que no fuera Grande de España. Sus sombreros estaban guarnecidos de diamantes y de perlas, y su magnificencia revelábase en todo. Sus caballos eran admirables; cada cual tenía gran número de gentes de librea, y los trajes de los lacayos eran de brocado de oro y plata con varios colores mezclados, lo que producía muy buen efecto.

La Reina iba montada en un preciosísimo caballo de Andalucía, conducido del freno por el Marqués de Villamagna, su primer caballerizo. Su vestidura estaba tan recubierta de bordados que no se veía la tela. Llevaba un sombrero guarnecido por algunas plumas con la perla llamada la *Peregrina*, que es tan gruesa como una pera pequeña y de un valor inestimable. Llevaba los cabellos esparcidos sobre sus hom-

bro y de través por la frente; su garganta un poco descubierta y alrededor de ella un pequeño verdugado. Llevaba en el dedo el gran diamante del Rey, que se pretende sea uno de los más hermosos que existen en Europa; pero el apuesto talante de la Reina y sus atractivos brillaban mucho más que todas las pedrerías con que se engalanaba. Detrás de ella y fuera del palio marchaban la Duquesa de Terranova, vestida de dueña, y D.^a María de Alarcón, jefe de las damas jóvenes de la Reina. Cada cual iba sobre una mula; inmediatamente después de ellas, las damas jóvenes de la Reina en número de ocho, todas cubiertas de diamantes y bordados, presentábanse jinetes en hermosos caballos y junto á cada una había dos caballeros de la corte. Las carrozas de la Reina iban después y cerraba el cortejo la guardia de la lancilla, que se detuvo delante de casa de la Condesa de Oñate para saludar al Rey y á la Reina madre. Bajaron todos á Santa María, donde el Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo, los aguardaba, y en seguida comenzó el *Te Deum*. Terminado que se hubo, volvió la Reina á montar á caballo para ir á palacio, donde fué recibida por el Rey y la Reina madre. El Rey la ayudó á bajar del caballo, y la Reina madre, cogiéndola de la mano, la condujo á sus habitaciones, donde la aguardaban todas las damas, que se arrojaron á sus plantas para besarla respetuosamente la mano.

Ya que hablo de palacio, debo decir que he sabido hay en él ciertas reglas fijas respecto al Rey, que se siguen desde hace más de un siglo sin apartarse de ellas en manera alguna. Se denominan la etiqueta de palacio, la cual dispone que las Reinas de España se acostarán á las diez en verano y á las nueve en invierno. Al principio de llegar la Reina no se fijaba en la hora señalada y la parecía que su hora de acostarse debía regularse por las ganas que tuviera de dormir; así, pues, ocurríale con frecuencia que aún estaba cenando, y sin decirle una palabra, su servidumbre comenzaba á despeinarla, mientras la descalzaban por debajo de la mesa, y hacíanla acostarse con una rapidez muy sorprendente para ella.

Los Reyes de España duermen en su habitación y las Reinas en la suya; pero D. Carlos ama demasiado á la Reina

para querer separarse de ella. Hé aquí cómo está dispuesto por la etiqueta que el Rey debe estar cuando llega la noche de ir á dormir con la Reina: se pone los zapatos á modo de pantuflas (pues aquí no se hacen babuchas), su capa negra al hombro (en vez de una bata, que en Madrid nadie usa), su broquel pasado por un brazo (es una especie de escudo de que ya he hablado), la botella pasada por el otro con un cordón. Esta botella no es para beber, sino que sirve para un destino enteramente opuesto, que fácilmente se adivina. Además de todo esto, el Rey lleva su gran espada en una de sus manos y la linterna sorda en la otra. Es preciso que vaya de esta suerte enteramente solo á la alcoba de la Reina.

Hay otra etiqueta, que consiste en que cuando el Rey ha tenido una querida, en cuanto ésta se ve abandonada es preciso que se meta monja, como ya lo he dicho. Hanme referido que gustando el difunto Rey de una dama de palacio, fué una noche á llamar quedo á la puerta de su cuarto. Como aquélla comprendiese que era él, no quiso abrirle la puerta, y se contentó con decirle á través de ésta: *Vaya, vaya con Dios; no quiero ser monja.*

También está dispuesto que el Rey dará veinte escudos á su querida cada vez que reciba de ella algún favor. Ya veis que esto no es para arruinar al Estado, y que el gasto que hace un rey para sus placeres no puede ser más ínfimo. Acerca de esto, sabe todo el mundo que Felipe IV, padre del Rey actual, habiendo oído ponderar la belleza de una famosa cortesana, fué á verla á su casa; pero religioso observante de la etiqueta, no le dió más que veinte escudos. Ella montó en cólera al ver una recompensa tan poco proporcionada á sus méritos, y, disimulando su disgusto, fué á ver al Rey vestida de caballero, y después de haberse dado á conocer y haber obtenido de él una audiencia particular, sacó una bolsa donde había dos mil escudos, y arrojándola sobre la mesa, dijo:—Así es como pago yo á mis queridas. En este momento pretendía que el Rey era su querida, puesto que ella daba los pasos para ir á buscarle vestida de hombre.

Sábese por la etiqueta el tiempo fijo en que el Rey debe ir á los reales sitios, como el Escorial, Aranjuez y el Buen

Retiro; de manera que, sin esperar sus órdenes, se hacen partir todos los equipajes y por la mañana van á despertarle para ponerle el traje descrito en la etiqueta, según la estación, y luego sube á su gran carroza Su Majestad y le conducen donde se ha dicho hace algunos siglos que iría.

Cuando llega el tiempo señalado para regresar, aun cuando el Rey se complazca en el sitio donde esté, no por eso deja de marcharse para no derogar la costumbre.

Sábese también cuándo debe confesarse y hacer sus devociones, y con oportunidad el confesor se presenta en su cámara para hacerle cumplir con la Iglesia.

Es menester que todos los cortesanos y hasta los Embajadores, cuando entran en la cámara del Rey, lleven ciertos manguitos de fino y delgado lienzo que se atan ajustados á la manga. Hay tiendas en la sala de los guardias, donde los señores van á alquilarlos al entrar y á devolverlos al salir. Además, es preciso que todas las señoras lleven chapines cuando están delante de la Reina. Recuerdo haberos dicho ya que son pequeñas sandalias dentro de las cuales se mete el zapato y que las levantan extraordinariamente del suelo. Si se presentasen ante la Reina sin chapines, ésta lo encontraría muy mal.

Las Reinas de España no tienen á su lado sino viudas ó solteras. El palacio está tan lleno, que sólo á ellas se ve al través de las celosías ó en los balcones. Y lo que me parece más singular es que está permitido á un hombre, aunque sea casado, declararse amante de una dama de palacio y hacer por ella todos los gastos y locuras que pueda, sin que nadie tenga nada por que murmurar de esto. Se ve á esos galanes en el patio y á todas las damas en las ventanas, pasando los días en charlar con los dedos; porque preciso es saber que sus manos hablan un lenguaje enteramente inteligible; y como, si fuera análogo, podría adivinarse, si los mismos signos quisieran decir siempre las mismas cosas, se convienen con sus queridas en ciertos signos particulares que los demás no entiendan. Estos amoríos son públicos y es preciso tener mucha galantería y chispa para emprenderlos y para que una dama quiera aceptarlos, porque son muy delicadas, no hablan como las otras; en palacio rigen costum-

bres y maneras del todo diferentes de las de la Villa, y para saberlas es menester que se aprendan como se hace con un oficio. Cuando sale la Reina, van con ella todas las damas, ó por lo menos la mayor parte, y entonces los amantes, que están siempre alerta, van á pie alrededor de las portezuelas del carruaje para darles conversación. Da gusto ver cómo se llenan de barro, pues las calles son horriblemente sucias, pero también el más enfangado es el más galante. Cuando la Reina vuelve tarde, hay que llevar delante de la carroza donde van las damas cuarenta ó cincuenta hachas de cera blanca; y esto produce algunas veces una bellísima iluminación, pues hay varias carrozas y en cada una varias damas. Así, vense con frecuencia más de mil hachones, sin contar los que alumbran á la Reina.

Cuando las damas de palacio se hacen sangrar, el cirujano tiene gran cuidado de llevarse la venda ó algún pañuelo donde haya caído sangre de la hermosa y no deja de hacer con ello un presente al caballero que la ama, el cual en esta ocasión vese obligado á tirar la casa por la ventana. Los hay bastante locos para dar la mayor parte de su vajilla de plata al cirujano; y no creáis que sólo sea una cuchara, un tenedor y un cuchillo, como las de ciertas gentes que conocemos y que no tienen nada más. No, no, el obsequio llega hasta diez y doce mil libras, y es costumbre tan arraigada entre ellos, que mejor quisiera un hombre comer todo el año rábanos y cebolletas que faltar á lo preciso en tales ocurrencias.

No hay dama que salga de palacio sin haber contraído un ventajosísimo enlace. También hay las meninas de la Reina, las cuales son tan jóvenes cuando se colocan á su lado que las tiene de seis ó siete años. Son niñas de las principales familias, y he visto algunas más bellas de lo que pintan al Amor.

En los días de ceremonia en que salen las damas, ó cuando la Reina da audiencia, cada dama puede llevar dos caballeros á su lado y estos caballeros entonces se cubren delante de Sus Majestades aun cuando no sean Grandes de España. Les llaman *embebecidos*, es decir, ebrios de amor, y se los considera tan ocupados con su pasión y tan felices con el placer de hallarse junto á sus amadas, que se supone son

en aquellos momentos incapaces de pensar en otra cosa. Por eso les está permitido cubrirse como á un hombre que ha perdido el seso, y faltar á los deberes de la buena educación. Mas para presentarse así, necesitan que sus damas se lo permitan, de otro modo no osarían hacerlo.

En la Corte no hay más diversiones que las comedias, pero durante el Carnaval se vacían huevos por un agujerito y se llenan de agua de olor, tapándolos con cera, y cuando el Rey está en la comedia los arroja á todo el mundo. Cada cual hace lo mismo, á imitación de Su Majestad, y esta lluvia perfumada, que embalsama el aire, no deja de mojar bien. Es una de sus más grandes diversiones y casi no hay persona alguna que en esta época no lleve un centenar de huevos rellenos con agua de Córdoba ó de azahar, y al pasar en carroza se los tiran á la cara. En este tiempo el pueblo tiene también sus recreos de moda; por ejemplo: serompe una garrafa, se ata su cubierta de mimbre con los cascotes dentro á la cola de un perro ó de un gato, y algunas veces corren detras más de dos mil personas.

Jamás he visto nada tan lindo como el enano del Rey, que se llama Luisillo. Nació en Flandes y es de una maravillosa pequeñez, estando perfectamente bien proporcionado. Tiene bonita cara, la cabeza admirable y más talento del que imaginarse puede, pero sobre todo un ingenio prudente y que vale mucho. Cuando va de paseo, acompaña un palafrenero montado á caballo, quien lleva delante de sí un caballo enano, que, en su especie, no está menos bien constituido que su dueño en la suya. Se lleva este caballito hasta el sitio donde lo monta Luisillo, porque se fatigaría en extremo si hubiera de ir á pie; y da gusto ver la agilidad de este animalito cuando su amo le obliga á dar vueltas. Os aseguro que cuando está montado Luisillo no levantan entre él y su caballo más de tres cuartas del suelo. Decía Luisillo muy formalmente el otro día que ansiaba lidiar toros en los primeros festejos por el amor de su adorada D.^a Elvira, que es una niña de siete á ocho años, de una belleza admirable, y la Reina le ha mandado que sea su cortejo. Esta niña cayó en manos de la Reina por una gran suerte. Hé aquí la aventura:

Los Padres de la Merced fueron á rescatar cierto número de esclavos que trajeron consigo á Madrid. Cuando celebraban, según costumbre, la procesión por la Villa, la Reina vió á una de las cautivas llevando de la mano dos niñas pequeñas; parecían hermanas, pero había la diferencia de que la una era en extremo bonita y la otra en extremo fea. Hízola aproximarse la Reina y le preguntó si era la madre de esas dos niñas. Dijo que no lo era sino de la fea.—¿Y por qué azar tenéis la otra? le dijo la Reina.—Señora, respondió, estábamos en un barco donde había una gran dama en cinta á quien no conocíamos, pero por su tren y la magnificencia de sus vestidos era fácil juzgar de su alcurnia. Fuimos apresados tras rudo combate, en el que murieron la mayor parte de sus servidores, y la dió tanto miedo que parió, falleciendo en seguida.

Yo estaba junto á ella y, viendo á esta pobre criaturita sin nodriza y próxima á morir, resolví criarla, si era posible, con la niña que yo tenía. En cuanto los corsarios quedaron dueños de nuestro barco, repartieron la presa entre sí; iban en dos bajeles y cada uno tomó lo que le cupo en suerte. El resto de las mujeres y otros servidores de aquella señora fueron á un lado y yo á otro, de suerte, Señora, que no pude saber á quién pertenecía la que salvé. Al presente la considero como mi propia hija, y ella cree que soy su madre.—No quedará sin recompensa, dijo la Reina, una obra tan caritativa. Cuidaré de vos y me quedo con la pequeña incógnita. En efecto, la Reina la quiere tanto, que siempre la lleva magníficamente vestida y la pequeñuela síguela á todas partes y la habla con tanta gracia y libertad, que no se advierte su mísera condición. Quizá se descubra algún día quién es.

No hay aquí esas agradables fiestas que en Versalles se ven, donde las damas tienen el honor de comer con Sus Majestades. Todos viven muy retraídos en esta corte y, en mi sentir, sólo la costumbre, á que uno se hace en todas las cosas, es la única garantía para no aburrirse con exceso. Las damas que no moran actualmente en palacio no van á hacer la corte á la Reina sino cuando ésta lo pide, y no les está permitido pedírselo con frecuencia. De ordinario la Reina

se acompaña con sus azafatas, y no hay vida más melancólica que la suya.

Cuando va de caza (y adviértase que es la primera Reina de cuantas en España reinaron que haya tenido esta libertad) es preciso que en el punto donde ha de montar á caballo ponga los pies en la portezuela de su carroza y se lance de un salto sobre su caballo. No hace mucho tiempo tenía uno bastante receloso, el cual se retiró al saltar encima de él, y la Reina se cayó al suelo. Cuando el Rey está allí la ayuda, pero nadie más se atreve á acercarse á las Reinas de España para sostenerlas y ponerlas á caballo. Prefiérese que expongan su vida y corran el riesgo de herirse.

Hay catorce colchones en su lecho; no se usan almohadas de crin, ni lechos de pluma; y estos colchones, que parecen de la mejor lana del mundo en España, no tienen más de tres dedos de espesor, de suerte que su cama no está más alta que las nuestras en Francia. Se hacen delgados los colchones para poderlos volver y remover con mayor facilidad. Cierto es que he observado se aplastan menos y no se ponen duros.

Hay otra costumbre que encuentro bastante singular, y consiste en que cuando una joven quiere casarse y es mayor de edad, si ha elegido ya, aun cuando se opongan su padre y su madre, no tiene más que hacer sino hablar al cura de su parroquia y declararle sus propósitos. En seguida la saca de la casa de sus padres y la lleva á un convento ó á la residencia de una señora devota, donde pasa un poco de tiempo; después, si persevera en su resolución, se obliga al padre y á la madre á darle una dote proporcionada á su linaje y bienes, y se la casa á pesar de ellos. Esta razón es en parte causa del cuidado que se tiene de no dejar hablar á nadie con las solteras, y guardarlas tan encerradas que es difícil puedan tomar medidas para conducir una intriga. Por lo demás, con tal de que el caballero sea gentilhombre, esto basta y se casa con su amada, aun cuando fuera hija de un Grande de España.



EL PATRIOTISMO EN LA ANTIGÜEDAD

Á MI AMIGO DON LUIS DE MOYA Y JIMÉNEZ

Hablar del patriotismo de la antigüedad es hacer la historia del mundo antiguo.

Sus guerras, sus hazañas, sus empresas, su comercio, su ciencia, su literatura, hasta la religión misma, eran un resultado de ese noble sentimiento que penetraba los órdenes todos de su vida, viniendo á ser hasta la norma y el ideal perenne de las relaciones, no ya públicas, sino aun privadas del ciudadano.

Y ciertamente que el amor á la patria, por lo que tiene de espontáneo y natural, se armoniza y confunde con el amor que sentimos hacia la propia madre, cuyos intereses, como todo aquello que nos es más querido, se relacionan y estrechan en la infancia de las sociedades.

Pero la idea, y por ende el sentimiento de la patria no aparece en la historia sino bajo un estado de civilización adelantada, y cuando los hombres, enlazando á los suyos los intereses comunes de otros hombres, se organizan en agrupaciones y se consideran como miembros de un mismo y único Estado.

El salvaje habitante de las selvas, incapaz de elevarse

á la noción de una patria que no conoce, defiende su choza y sus armas como una propiedad, que no le arrancarían sino á costa de su propia sangre, y como algo que le pertenece con independencia de todo otro interés que no sea el suyo; pero por lo mismo el salvaje, al colocar lo que á sí toca por encima de todo lo que existe, manifiesta que desconoce la suprema aspiración que constituye la patria, y carece de ese generoso impulso que nos arrastra á las mayores abnegaciones por un bien que en la mayor parte de los casos hasta se opone al nuestro individual.

El hombre, de tal modo aislado, puede sentir el afecto delicioso que nos inspira el suelo que nos vió nacer y el cielo cuya contemplación trajo primero el vértigo del infinito á nuestro espíritu; el amor que profesamos á los objetos y á los seres que nos rodean; los recuerdos que por todas partes van unidos á nuestra sociable existencia; pero este sentimiento no puede confundirse en manera alguna con el amor á la patria, bello y sagrado ideal que hace uno solo de los intereses de muchos hombres, y que promueve nuestros esfuerzos en aras de la prosperidad y del bien del todo jurídico de que formamos parte.

Por esto la idea de la patria, aunque distinta de la de Estado, se estrecha y confunde con ésta de modo tan íntimo que podemos afirmar que el patriotismo es una *virtud política*. Sólo, pues, en el seno de un Estado constituido y determinado puede aquel sentimiento producirse.

No quiere esto decir que el amor á la patria no tenga su raíz en la propia conciencia humana; parte, por el contrario, de nuestra misma naturaleza, y se manifiesta y desarrolla en el ambiente de los Estados políticos. El amor á la patria es una consecuencia lógica de la propia humana naturaleza. Nuestros afectos, nuestros sentimientos, nuestro carácter, nuestro modo de ser, en una palabra, dependen en gran parte del país en que vemos por primera vez la luz y del medio en que des-

arrollamos nuestras facultades, al que debemos nuestras primeras y más hondas impresiones. La patria, pues, es algo que forma parte de nosotros mismos, y á la cual somos deudores de casi todos los afectos purísimos que modelan y nutren nuestro espíritu, al par que nos ligan á las múltiples esferas sociales en que nuestra actividad se desenvuelve. La patria está en íntimo contacto con la naturaleza; por eso las aptitudes de las diferentes razas y naciones guardan una admirable consonancia con la situación geográfica del país que habitan, con el clima bajo el cual se desarrollan y con los precedentes etnográficos todos que intervienen en la constitución y desenvolvimiento de los Estados.

En los tiempos modernos multitud de historiadores y filósofos han dado una importancia suprema para el estudio de la historia humana al conjunto de los medios exteriores bajo cuya impresión se han manifestado los hechos de los hombres.

Montesquieu se explica la mayor parte de los acontecimientos de la historia por la influencia, para él decisiva, del *clima* bajo el que vivieron los pueblos cuyos sucesos relata. Herder extrema la acción de la *naturaleza* sobre el hombre hasta el punto de hacer á éste un instrumento casi ciego de aquélla. Augusto Comte, el audaz fundador del positivismo, reconoce como inspirador de las acciones del hombre el *medio ambiente* en que vive, y que con su presión le decide á obrar en éste ó en el otro sentido. Renan, aunque no tan materialista, ha hecho intervenir como un factor importantísimo en los sucesos de la historia los antecedentes de *raza*, que determinan en parte las disposiciones y aptitudes de los diferentes pueblos. La moderna escuela antropogénica, y á la cabeza de ella Heckel, partiendo de principios más radicales que todos sus antecesores, ha proclamado que la *herencia* y la *adaptación al medio* son los únicos factores que determinan la existencia del hombre tal cual es.

Sin que dejemos de reconocer nosotros que hay algo

de exagerado en estas teorías extremas, no cabe dudar que hay mucho de exacto en ellas, por cuanto el hombre vive y se desenvuelve dentro de la propia naturaleza, de la que él mismo viene á ser la expresión más acabada y perfecta: y así se explica la existencia de pueblos y naciones inspiradas en un ideal constante derivado de causas y condiciones que le hacían necesariamente aparecer, en oposición abierta con los ideales ó las aptitudes de otros pueblos á que también determinadas circunstancias y propensiones arrastraban de modo ineludible en las resoluciones más culminantes de su vida.

Sin que sea del todo exacto aquel dicho de un célebre naturalista, "dadme la fauna y la flora de un país y os daré su historia," es rigurosamente cierto que la Fenicia, colocada entre el Líbano y el mar, debía ser necesariamente comerciante; que la India, poblada de inmensas montañas, surcada de grandes ríos y tachonada de un cielo cuajado de esplendorosísimos astros, había de convivir á las especulaciones filosóficas, á abstraerse en Dios y á la inmovilidad eterna; que los pueblos de la meseta central del Asia, ante las inmensas estepas que ofrecían abundante pasto á los ganados, habían de ser forzosamente pastores; que la Grecia, festoneada de una larguísima costa, con numerosas radas y ofreciendo por lo accidentado del terreno mil diversos y risueños horizontes, había de provocar el amor á la variedad humana y la adoración á todo lo bello; que el agotamiento de las subsistencias en muchos pueblos debía determinar las grandes emigraciones de éstos; que las necesidades de nuevos medios de vida trajesen las guerras, las conquistas y las grandes revoluciones que en todos los órdenes se han hecho sentir en la marcha de nuestro progreso: todo, sin que esta presión de los agentes naturales en la formación de la historia humana anule la libre voluntad del hombre, ni excluya la intervención de la Providencia en ella, puesto que ésta se ha valido de las diferentes aptitudes de las razas y de las naciones, como producto de las mismas leyes naturales que

trazara, para llenar con su variedad el fin armónico y uno que con la humana especie se ha propuesto llenar en sus designios.

De lo que llevamos dicho se desprende la exactitud de nuestra afirmación, es á saber: que el amor á la patria se confunde, en cierto modo, con el amor á la misma naturaleza.

Si el hombre debe sus afectos al suelo que le vió nacer; si en él ha hallado gran parte de su existencia; si á los seres que le rodean les ligan los mismos vínculos; si á todo esto se une que la vida del espíritu, poco desarrollada en la infancia de las sociedades, no crea más afectos, más ideas ni más intereses que los que la naturaleza inspira, ¿qué extraño es que el sentimiento de amor que todo esto produce, y que se llama patriotismo, sea un sentimiento feroz, egoísta y exclusivo, que tienda á destruir todo interés de fuera, al par que se valga de todos los medios para halagar su vanidad y atraerse todo lo que estime apropósito para su engrandecimiento?

Hé aquí, pues, el primer esbozo de amor patrio en el ciudadano de la antigüedad.

Bajo este punto de vista, los antiguos no conocieron el verdadero amor á la patria, siendo más bien el que ellos estimaban por tal virtud un egoísmo irritante y estrecho, las más veces, ó un desvío de las leyes naturales que les llevaba hasta el suicidio, otras, al lado de escasos ejemplos de verdadero civismo, que por lo general se reducían á hechos aislados, sin otro bien para la patria que la gloria de haber sido la inspiradora de tamaños sacrificios, que hoy no titubearíamos en llamar atrocidades.

El patriotismo de la antigüedad ha sido ensalzado por muchos escritores, y principalmente por los filósofos de últimos del pasado siglo, que admirando como un prodigio las constituciones de Esparta y Roma, las ofrecieron á los pueblos como modelos de Estados políticos perfectos, y la conducta de sus ciudadanos como el más alto ejemplo de civismo que registra la historia.

Nada, sin embargo, más erróneo.

Toda virtud cívica mira siempre al fin del Estado, y el ideal de todas las agrupaciones políticas antiguas fué evidentemente falso. Esparta, como Roma, como todos los pueblos de la antigüedad, pusieron todo su empeño en ensanchar su dominación sobre el mayor número de naciones posible, y á este fin materialista y externo sacrificaron la justicia, la libertad y todos aquellos fines que á la entidad jurídica cumple realizar en primer término.

Bajo esta tendencia absorbente de la ciudad y del Estado antiguo, el más alto ejemplo de patriotismo que podían ostentar los ciudadanos era, claro es, aquel que favoreciese el supremo ideal, aunque para conseguirlo se apelase á los más indignos medios.

Tal proceder no podía jamás santificarse, y al no poderlo hacer, dejaba de constituir una virtud, como es en sí mismo el patriotismo.

El concepto, pues, de la patria se agranda y ennoblece á medida que la verdadera misión del Estado se concreta y el ideal de la política se dignifica: mientras aquella y ésta permanecen veladas por el error y luchando con las preocupaciones y las deficiencias de los tiempos, los móviles del patriotismo participan de los mismos males que el conjunto de las demás ideas, en armonía de las cuales marcha, mostrándose gradualmente más perfecta á medida que la cultura y el progreso general van desarrollándose.

Por esto podemos afirmar que el verdadero patriotismo no puede ser en manera alguna una rémora para el progreso, y precisamente el patriotismo de los antiguos fué el más decidido y poderoso enemigo de la felicidad de las naciones.

El aislamiento, que exalta el orgullo, hizo creer á todos los pueblos de la antigüedad que en su origen había algo de superior y maravilloso que les colocaba por encima de todos los demás pueblos; y la consecuencia fué el desprecio y el horror con que miraron su trato y el

empeño que pusieron en sujetarlos á su dominación á toda costa.

Los griegos, los persas, los egipcios se tenían por *autóctonos*, esto es, nacidos del mismo suelo que habitaban, y á este efecto ligaron su nacimiento á las más bellas y estupendas fábulas.

De esta preferencia de origen se derivaba necesariamente la superioridad que se atribuían sobre todo el resto del linaje humano y el derecho insensato que se arrogaban á sí mismos los Reyes de sujetar á su dominación á todos los pueblos de la tierra.

Cuando las relaciones de la Persia con la Grecia dieron á conocer á los grandes Reyes la existencia de esta hermosa región de Europa, admirados de que un tan fértil y delicioso país no formara parte de sus Estados, despacharon inmediatamente embajadores á él demandando la tierra, el agua y el aire, según era su costumbre; como si fuera un absurdo que hubiera país alguno que no les fuera tributario, y como si todos los pueblos tuvieran por ley natural la de marchar fatalmente unidos al destino de aquellos soberbios conquistadores.

El aislamiento es el hecho más general y característico del mundo antiguo, que lleva á hacer odiosas las relaciones, no sólo de los hombres de diferentes razas ó naciones, sino aun las de aquellos de una á otra ciudad, como si no existiera vínculo alguno de fraternidad humana entre ellos, y como si tuvieran por única misión exterminarse.

En todos los pueblos antiguos el trato con los extranjeros estaba proscrito, y el comercio, que establece relaciones entre los hombres de los más apartados países, prohibido por las leyes. El mar, que es el principal vehículo del comercio, aparece ante los egipcios como la representación de Tifon, esto es, el mal; por el contrario, para los persas era sagrado y no debían los hombres mancharlo con su impureza; los romanos estimaban que el mar era el límite natural que la Providencia había puesto á las ambiciones de los hombres. Sabios

como Platón condenaban las relaciones de los pueblos, y á este efecto puso su República, el modelo que él se trazó de los Estados políticos perfectos, lejos de aquella poderosa corriente del comercio que lleva á confundir entre sí á los hombres sin distinción de pueblos ni de razas.

«El Senado cartaginés, dice Justino, dió un decreto por el cual se prohibió á todos los ciudadanos aprender á escribir y á hablar la lengua griega con objeto de cortar toda comunicación con este pueblo.» (1) «Entre los egipcios, dice Herodoto, los sacerdotes hacían jurar á sus Reyes en el acto de la consagración que no introducirían en el país, bajo pretexto alguno, ningún uso extranjero;» y la tradición atribuye á Busiris el decreto en virtud del cual debían ser inmolados todos los extranjeros que arribasen á las inhospitalarias playas de Egipto.

Los Reyes de Persia se habían impuesto á sí mismos la ley de no comer, beber ni gastar ningún producto extranjero (2). Pero de todos los pueblos antiguos, los que más exageraron este exclusivismo, podemos decir nacional, fueron los hebreos, porque creyéndose depositarios de la noción pura del único y verdadero Dios, temieron, no tanto contaminarse con las idolatrías de los falsos dioses que los demás pueblos adoraban, como el que estos pueblos participasen de un beneficio que en su desmedido orgullo estimaban como una preferencia y un favor otorgado á ellos exclusivamente por la divinidad.

Los legisladores y los filósofos antiguos usan indistintamente las palabras *enemigo* y *extranjero*, y éstos lánzanse unos á otros el dictado de *bárbaros*, que les coloca fuera de toda ley.

De esta reciprocidad de odios entre todos los pueblos antiguos nacía, como una consecuencia ineludible, el

(1) *Historia de Cartago*, Dureau de la Malle y Yonosk.

(2) Laurent. *Historia de la humanidad*.

estado de guerra permanente en que vivían aquellas sociedades, y en que la lucha revestía los caracteres del más horrible exterminio. Dos naciones soberanas no podían existir al par. La superioridad que cada una se arrogaba á sí misma las hacía incompatibles, y en tal sentido, una debía irremisiblemente ser la señora, otra la esclava (1).

Las relaciones de igual á igual, que en los tiempos modernos crea el respeto á la existencia individual de cada pueblo, no fueron conocidas de los antiguos. Al hallarse dos pueblos frente á frente, merced al mismo crecimiento que su prosperidad les hubiera proporcionado, no cejaban hasta que uno de los dos desapareciera por completo.

Las conquistas de Sesostris en la Persia, las de Cambises en Egipto, las guerras de Persia y Grecia, las expediciones de Alejandro á la India, las guerras entre romanos y cartagineses, no tuvieron otra razón de ser á los ojos y en los móviles de estos pueblos que alzarse cada uno con la dominación universal á costa de la ruina y de la destrucción de sus enemigos. En el seno de cada pueblo, en el interior de cada raza, la lucha entáblase de ciudad á ciudad y de tribu á tribu, limitando el concepto de la patria al reducido espacio del suelo que les vió nacer. La India y el Egipto, poblados de mil diversas razas, pasaron su vida destrozándose en luchas intestinas y debilitándose para luchar con los enemigos exteriores con sus incesantes guerras en el interior. En Grecia, la lucha entre las repúblicas de Atenas y de Esparta, de Tebas con Atenas y de Esparta con Mesenia, alcanzaron los caracteres de una guerra salvaje, en que los ejemplos de crueldad y las escenas de barbarie sobrepujaron á las más inhumanas guerras de que nos habla la historia; y en Italia las luchas entre romanos y samnitas, etruscos y latinos y los diversos pueblos que habitaban aquella península salvaron los

(1) Fustel de Coulanges. *La ciudad antigua*.—Cantú. *Historia universal*.

excesos de la ferocidad más espantosa. No se concebía el amor á la patria sin que fuera acompañado de una corriente de odio y de venganza hacia todo aquello que no fuera la patria misma, y no había heroísmo posible allí donde no hubiera un grave daño para el adversario.

El ciudadano, en medio de un país ignorante, aislado, no pudiendo procurar el engrandecimiento de la patria por las obras de la inteligencia, que no eran apreciadas, ni por el comercio, que estaba proscrito, ni por el trabajo, que estaba desdeñado, no tenía más medio de buscar esta grandeza que en la guerra, haciéndose tanto más de notar su patriotismo cuanto más odio y exterminio respirase hacia los extraños. Era, pues, éste un sentimiento lúgubre, salvaje, en cuanto tenía siempre un aspecto de daño y horror para el enemigo, que sólo se producía por el contraste y que no se daba nunca sino en oposición y al contacto de los diversos pueblos, que mantenía latente la separación y la rivalidad que entre ellos existía, y que apagaba, en vez de avivar, toda sombra de humanidad, allí donde los muertos espíritus de los ciudadanos no podían prestar virtudes sólidas para el encumbramiento de ninguna sociedad política.

La frase *delenda est Cartago* representa fielmente el espíritu de aquella edad, dispuesta á no terminar su obra hasta ver destruído el último albergue del enemigo; y reflejos de este mismo espíritu hallamos en aquel *¡ay del vencido!* del famoso Breno, dirigido al pueblo más soberbio de la tierra, y en aquella amarga exclamación *¡hay que morir!* del invicto Mario, dirigida á los cimbrios y teutones: frases que se han conservado no tanto por la dureza que entrañan como por la fidelidad con que retratan el carácter del vencedor en una época en que todo estaba fiado al bárbaro éxito de la fuerza.

Hoy en la guerra el general aspira á vencer y estima mayor su gloria cuanto menor es el número de los hombres dejados en el campo de batalla; antes en la guerra

el caudillo aspiraba á dar muerte al mayor número de enemigos posible, y estimaba mayor su gloria cuanto mayor también era el número de los hombres á quienes había dejado sin vida. Los egipcios, los asirios y otros pueblos calculaban la importancia de la victoria por el número de los enemigos muertos, y á este fin cortaban á los cadáveres las partes genitales, las manos ó la cabeza, y estos horribles datos se consignaban fielmente en registros que se abrían al efecto para perpetuar la gloria de tales hazañas (1). La muerte de los enemigos era un servicio que recompensaba con largueza la patria y un honor que no todos los generales lograban alcanzar. Ninguna nación se señaló en esto tanto como Roma. Cuando la victoria no había sido bastante sangrienta, el Senado concedía sólo la *ovación* al vencedor; para obtener los honores de *triunfo* era preciso haber matado cinco mil hombres en una sola batalla; para merecer el título de *imperator* se hacía preciso haber matado diez mil hombres (2). De este modo premiaba la patria las victorias de los soldados, proporcionando la recompensa al estrago causado al enemigo, y alentando con altos honores la ejecución de los crímenes más repugnantes para la humanidad. El interés de la patria exigía que en la guerra se cometieran todas las iniquidades posibles, y el pretexto de la salud y la conservación de aquélla legitimaba las más horrendas injusticias. Así, el derecho de guerra autorizaba al vencedor para disponer de la vida del vencido; si aquél hacía uso de su clemencia, contentábase con trasportar á su país la nación entera de aquellos desgraciados, ó los reducía á la más humillante esclavitud, sin distinción de sexos ni de condiciones, desde los reyes hasta los más insignificantes ciudadanos.

La dura ley del vencedor imponía á veces al vencido la horrible pena de la mutilación. Los egipcios cortaban

(1) Laurent. *Historia de la Humanidad*: El Oriente.

(2) Laurent. *Historia de la Humanidad*: Roma.

á sus prisioneros la mano derecha; los griegos, reputados los más dulces de los hombres en la guerra, cortaban á sus prisioneros el dedo pulgar de la misma mano, para hacerles imposible el uso de la lanza; los romanos sellaban con el estigma infamante de la esclavitud á sus cautivos: la victoria autorizaba los procedimientos más inhumanos.

En medio de este afán por buscar el engrandecimiento de la patria, el inmolarse en aras de la misma era el supremo y máspreciado sacrificio, que ningún ciudadano titubeaba en practicar. Conmueve leer en Salustio el relato admirable del sacrificio de los filenos, dejándose enterrar vivos por extender unos pasos más el territorio de la patria; la historia citará siempre con respeto la heroica abnegación de Codro arrojándose en medio del enemigo en busca de la muerte, para que se cumplieran en él las predicciones del oráculo, y atraer sobre su ejército la victoria; elogios merecerá siempre la conducta de Leonidas y los 300 espartanos que con él sucumbieron luchando contra los persas; asombro y admiración despertará en todas las generaciones la conducta de los habitantes de Numancia; pero estas heroicidades, en medio de su imponente grandeza, carecen de la elevación y de la sublimidad que los hechos de igual naturaleza revisten en los tiempos modernos, porque más bien eran dictadas por el instinto de conservación, innato en los pueblos como en los individuos, que no por el logro de ningún ideal, á que sociedad alguna de las antiguas supo jamás remontarse. ¿Cuál fué el móvil de todas aquellas acciones que bajo el sagrado título de la patria acometieron las naciones del mundo antiguo? La conservación, y nada más que la conservación de la patria. Pero éste no puede ser el ideal exclusivo á que el esfuerzo del ciudadano se dirija, puesto que si la conservación de la patria es necesaria, lo impone ante todo el desenvolvimiento del individuo, que ha de llenar su misión dentro de ella. El fin es el individuo: la patria es el medio de que necesita para desarrollar sus facul-

tades, confundiendo aquí las nociones de *Patria* y *Estado*, que no es posible separar en las acciones del ciudadano. Sacrificar el fin que ha de buscarse al medio que se da para lograrlo es incurrir en grave error, alejar la garantía del éxito, invertir los términos de la proposición, que ha de resultar necesariamente falsa. Hé aquí lo que hicieron todos los pueblos del mundo antiguo. Carecían de esa conciencia que da el conocimiento de la propia misión, ignoraban el sentido y el alcance de la civilización que desarrollaban, ó el depósito que les estaba confiado, y así, caminando sin rumbo cierto, no entrevieron jamás el verdadero ideal, perdiéndose en los más lamentables extravíos. Si algún fin puede decirse que persiguieron los pueblos antiguos, fuera de la conservación del propio Estado, fué siempre el ensanchar más y más los límites geográficos del territorio, buscando sólo la gloria material de dominar al mundo entero: con lo cual, descuidando los verdaderos fines del complejo organismo jurídico, sólo se preocupaban de buscarse una grandeza ficticia, realizando la más imposible de las utopías, la de la monarquía universal. Por esto hemos afirmado que los filósofos enciclopedistas de fines del pasado siglo hacían mal en ensalzar el patriotismo de los antiguos, y en ofrecerlo á los pueblos modernos como modelos dignos que imitar, puesto que sus aspiraciones fueron siempre equivocadas, y produjeron la ruina, más bien que el engrandecimiento de la patria.

Para que el patriotismo de los ciudadanos sea eficaz, es preciso que secunde las aspiraciones del Estado: los ideales de éste en lo antiguo, ya lo hemos visto, fueron de todo punto falsos.

ELÍSEO GUARDIOLA VALERO.

(*Concluirá.*)





AQUI Y ALLÁ

(BOCETOS SOCIALES)

Continuación (I)

Mariquita no había salido por la mañana de su casa. Combatida por encontrados sentimientos, había sufrido y sufría aún mucho desde el último domingo. Sufría por el profundo pesar que veía impreso en la frente de su padre, por la inquietud y el malestar que leía en las miradas de su hermano y por haber turbado la dulce paz de su familia con su conducta ligera y opuesta á los consejos que había recibido. Pero sufría, sobre todo, por ver contrariado su orgullo; sufría una mortificación horrible al ver escarnecido su amor, aquel amor que ella había soñado convertir en pedestal de su vanidad naciente, amor que había de hacerla envidiada y, por consiguiente, dichosa. Pensaba algunas veces en el buen Emilio, en aquel otro amante, tan diferente, tan sincero y tan mal correspondido; veía cuán diferente era Emilio de Diego; pero, á pesar de todo, la vanidad se sobreponía y lo único que concedía al primero era cierto agradecimiento. La fatal imagen del Señorito era siempre su pesadilla; se veía atraída hacia Diego por una mano invisible y, á pesar suyo,

(I) Véase la pág. 521 de este tomo.

le aborrecía, sí, por su última acción: le aborrecía á veces, pero á veces también le amaba.

El corazón es incomprendible. Mariquita estaba muy lejos de conocerse. Odiaba y amaba á la vez, juraba olvidar y se deleitaba luego en la imagen, cuyo recuerdo quería borrar de su mente: veía en momentos dados un abismo abierto á sus plantas: se le erizaban los cabellos al contemplarlo, y no tenía, sin embargo, fuerza de voluntad suficiente para apartar de él las miradas.

Es que le faltaba el valor de la fe, y su alma maleada desconocía la abnegación del sacrificio para resistir á los seductores halagos de una vanidad ciega que había de serle fatal.

Pero aquella joven, que no había cumplido aún sus diez y seis años, combatida por el deseo y la vergüenza, languidecía, y su salud llegó á inspirar algún cuidado á su pobre padre y á su cariñoso hermano.

El médico del pueblo, deseoso de desterrar la pertinaz inapetencia y de fortalecer la abatida naturaleza de Mariquita, á dos pasos de la anemia, recetó varios remedios tónicos, aconsejándola al propio tiempo que tomase algunos baños en las aguas del límpido arroyo que cruzaba los campos de Medina.

Mariquita siguió los consejos del facultativo y los de su padre, y en aquellas calurosas tardes de verano tomaba en compañía de Ramona la vereda del torrente, y Valentín se quedaba á lo lejos, celoso vigilante de la tranquilidad de las dos jóvenes bañistas.

El corto paseo, la conversación é interés de Ramona y aquellos baños tónicos parecían prestar ya á los tres ó cuatro días nueva vida á los tristes ojos de Mariquita. El gozo se manifestaba también cada vez más en el rostro de la solícita y tierna Ramona; porque sirviendo á la hermana, complacía al hermano á quien tanto quería.

Pero aquellas dos jóvenes eran tenazmente perseguidas por la desgracia.

La tarde de la fiesta del pueblo, en las horas en que los mozos corrían delante y detrás de un novillo, sujeto por una larga cuerda, provocado y atormentado por calles y encru-

cijadas, las dos muchachas se dirigieron como siempre al torrente en la parte designada por la costumbre y por un reciente pregón del alcalde para baños de las mujeres.

Valentín, aguardándolas, se sentó en la margen de la vereda, desde cuyo sitio divisaba la frondosa arboleda que protegía de toda curiosa mirada á las dos jóvenes.

Distraído se hallaba, ó acariciado tal vez por un juvenil sueño de dichas futuras, cuando dos gritos simultáneos llenaron de sobresalto su corazón sensible.

¿Qué ocurría? No podía haber duda: aquellos gritos eran de Mariquita y Ramona.

Sin dar tiempo á la reflexión y sin aliento se precipitó hacia la arboleda que crecía á orillas del arroyo, y que por el bando del alcalde estaba durante la temporada de baños prohibida á los hombres.

Le pareció ver á un chicuelo que se escapaba á todo correr, arrastrando un abultado lío de ropa.

Cerca estaba del baño de las mujeres, cuando se encontró de manos á boca con el alcalde de Medina.

El rostro de Valentín se encendió, sin darse razón de lo que pasaba y se quedó parado.

—¡Atrás!—gritó el alcalde.—Has caído otra vez en la multa; ahora será mayor y la pagarás.

Y esto diciendo, agarró con ira la solapa de la chaqueta del prometido de Ramona.

—¡Valentín! ¡Valentín!—llamaba con voz asustada y como temblando Mariquita.

Valentín, con un empujón, se deshizo del alcalde y se dirigió corriendo á orillas del arroyo.

Una cabeza se asomó entre unos zarzales. Era la del cobarde Diego, que tan pronto como vió á Valentín, sólo trató de ponerse en salvo y lo hizo fácilmente.

Entretanto Mariquita y también Ramona seguían llamando á gritos. Las dos jóvenes, asustadas, se hallaban metidas en la parte más honda del arroyo, y sólo sacaban sus jóvenes y hermosas cabezas sobre la superficie del agua, manifestando sus ojos el terror de que se hallaban poseídas.

Acababan de ser víctimas de uno de esos actos grotescos

y semisalvajes que aún suelen contarse de vez en cuando como una gracia en algunos de nuestros incultos pueblos de corto vecindario.

Los héroes del escándalo eran precisamente el alcalde y el famoso secretario del ayuntamiento.

El demonio debió tentar aquella tarde con más persistencia al Sr. Isidro Arroyo, que, como ya tuvimos ocasión de observar en el cafetín del tío Vicente, miraba con buenos ojos á la recatada y ejemplar Ramona.

Dejó á lo mejor los novillos, é instigado por su pasión y alentado por el estúpido Señorito, tuvo la osadía de ir en busca de las bañistas del torrente y de perseguir hasta allí á la joven novia de Valentín, en tanto que Diego acechaba aun sin empacho á la enferma Mariquita, y el diablillo Gaspar, que también por allí rondaba y servía de instrumento inconsciente, se llevaba los vestidos de las dos amigas.

Era aquello una ridícula caricatura del cuadro bíblico de la casta Susana. Escondidos el Sr. Isidro y el Señorito, teniendo por auxiliar á Gaspar, entre las espesas matas y altos arbustos que allí con abundancia crecían, juzgaron que aquella tarde de gran jaleo en Medina era la más á propósito para realizar sin testigos y á mansalva un ataque al pudor de las dos muchachas que solas se bañaban.

Mandando á Gaspar que se deslizase sin ser visto y les quitase su ropa ordinaria, Diego había creído obligarlas á salir del agua para implorar piedad al verse sin más vestido que una camisa que usaban para el baño; pero no había contado con el efecto que producirían sus gritos ni con la feliz intervención del hijo del maestro, que vigilaba fuera de la zona señalada á baños de mujeres, aunque bastante cerca para oír las voces de socorro.

Oportuna fué la inesperada presencia de Valentín, que al instante puso en dispersión á los tres entes que tan bien conocemos, antes de darles tiempo de realizar más atropello que el de quitar á las dos bañistas su ropa.

En seguida comprendió Valentín lo que pasaba y se con-
tuvo un momento para tranquilizar á las asustadas jóvenes, con ánimo, sin embargo, de castigar el brutal insulto.

Salió de la hondura; acompañó á pedradas la fuga de Diego y aun llegó á tiempo para enviar algunos fuertes gujarros á la primera autoridad local. Pero se quedó luego perplejo. ¿Cómo iba á proporcionar ropa á las dos jóvenes? El diablo de Gaspar se la había llevado, y no era cosa de que aquellas desgraciadas entrasen, ni de noche, con su camisa en el pueblo, á riesgo de coger una enfermedad mortal y de ser la rechifla de alguna ronda de mozos, en un día, como aquél, de barullo y de huelga.

De pronto vió á lo lejos acercarse por una extraviada vereda al enamorado Emilio, siempre sombrío y taciturno desde que de una manera tan cruel vió burlado el ardiente afecto que profesaba á Mariquita.

—En busca tuya venía—dijo Emilio, acercándose á su amigo Valentín.

Le acompañaba su hermanito Esteban.

—¿Sabes lo que pasa?

—Lo sé. Las estúpidas carcajadas del maldito retratista francés, que por orden del Sr. Isidro sin duda estaba de avanzada más allá, junto al soto de la izquierda, y las palabras que casualmente ha oído mi hermano á Gaspar han bastado á hacerme comprender que seguían en desgracia tu novia y tu hermana.

—¡Y has venido!

—He venido en seguida, porque se trataba de hacerte un favor y sacar de un apuro á tu novia y también á tu hermana, en quien pienso todavía, aun á prueba de desdenes, y sabiendo que no puedo ni debo amarla, constándome ya como me consta su desvío.

Valentín, triste y pensativo, se calló, dando un amistoso apretón de mano á su buen amigo.

—Mira si viene pronto la criada, Esteban—dijo Emilio á su hermano.

No tardó en llegar una mujer, criada del rico Emilio y avisada por éste, con una canastilla debajo del brazo.

—Son ropas de mi difunta madre—dijo Emilio.

—Gracias, gracias, noble amigo—murmuró Valentín,—disimulando una furtiva lágrima que en sus ojos vagaba.

—Que se quede la criada con las muchachas mientras se visten, y adiós, Valentín.

—¿Te vas?

—¿Qué quieres que haga?

—Quedarte, y nos acompañarás luego á todos.

—No; no puedo ver á Mariquita, Valentín; sufro demasiado con todo lo ocurrido.

Emilio y Esteban se dirigieron pausadamente al pueblo, pero sin que el primero volviese la cabeza.

Y después de anochecido, Mariquita, Ramona y Valentín, con la criada de Emilio, seguían el mismo camino casi sin hablar, pensando sólo en la brutal osadía de aquellos hombres que tenían medios sobrados para quedar impunes, apoyados en el despótico caciquismo de campanario, que en ocasiones sabe burlarse de todas las leyes y de la justicia.

En aquellos mismos momentos el médico, que por tercera vez en pocas horas visitaba al tío Roque Marchamero, declaró solemnemente que el enfermo no tenía remedio y que entraba ya en una dolorosa agonía.

CAPÍTULO VII

CINISMO DE PATANES

Mientras el tío Roque Marchamero, desdichado mayordomo de la cofradía de San Marcos, yacía en el lecho del dolor y entraba en una prolongada agonía, las calles del pueblo de Medina habían perdido su carácter normal y en ellas seguían á todas horas el bullicio y la algazara propios de aquellos días de fiesta.

Verdad es que la enfermedad del tío Roque preocupaba á muy pocos. Enriquecido éste con la usura propia y la miseria ajena, sin más Dios que el egoísmo en su larga vida, habían de ser necesariamente escasas las simpatías que entre sus convecinos tuvo.

Alrededor de la cama donde el triste viejo gemía sólo se veía una sirvienta, obrando á impulsos de un deber sin más

base que el miserable salario y los instintos de humanidad que en el pueblo radican.

Mientras tanto la sensibilidad de la joven Eulalia, casada por interés y por el innoble afán de heredar algo de una riqueza acumulada con los escandalosos intereses del préstamo, no permitía á la esposa oír el estertor del moribundo. Eulalia, después de haber recibido con fingidos sollozos á algunas parientas, entre ellas á su prima Enriqueta, la novia del juez, se hallaba en otro cuarto, queriendo distraerse de lo que ocurría en el trance fatal de pasar su marido de la vida á la muerte y pensando tal vez en el porvenir de sus criminales amores.

Gaspar, único hijo del primer matrimonio del tío Roque, no sentía gran afecto hacia el autor de sus días, del cual no recibió tampoco nunca tolerancias ni caricias. No creía Gaspar de tanta gravedad, es cierto, el estado de su padre, y ya hemos visto que había pasado la tarde fuera de su casa, siendo instrumento del alcalde y del casquivano secretario.

Gaspar llegó ya de noche á su casa, pasó delante de la abandonada alcoba del enfermo, sin pensar en informarse de su salud y oyendo con indiferencia los ronquidos de aquella voz que en la garganta se ahogaba, y se metió tranquilamente en su cuarto. Allí echó en un rincón la ropa robada á Ramona y á Mariquita, y se tumbó rendido en la cama para quedarse luego dormido.

Entretanto, varias rondas de mozos, unos con guitarras y otros sin ellas, andaban alegremente por el pueblo.

El alcalde y su adlátere dieron también una vuelta por las calles á las diez de la noche.

—¿Sabe usted, Sr. Isidro — decía el último, — que me han dicho que está de gravedad el tío Roque Marchamero?

—Así lo dice el médico, pero yo no lo creo—dijo el alcalde.—Es más; si el tío Roque no sana pronto, despacho al borrico del doctor, como está ya convenido que hemos de despachar al tonto del maestro. Me carga tener que dar importancia á toda esa gente leída.

—Pero es el caso que sin maestro para los chicos muy

bien podríamos pasar, pero no sin facultativo para los enfermos—objetó Diego.

—¡Calla, hombre, calla, qué sabes tú! Sin ninguno de los dos pasaríamos. Con el albéitar nos basta. Ya verás cómo propongo la cuestión á D. Gregorio Salcedo, que acaba de llegar de la ciudad, porque quiere que le hagamos diputado provincial, y él nos deja como en una balsa de aceite y lo arregla todo, como ya se ha encargado de arreglar con el inspector de escuelas la cesantía del inaguantable maestro D. Pedro Jimeno.

—No se le olvide á usted, Sr. Isidro, que antes de las elecciones es cuando podrá conseguir lo que quiera; porque después..... ya sabe usted lo que hacen los diputados: si te he visto, no me acuerdo.

—Ya entiendo yo la aguja de marcar....; pero D. Gregorio Salcedo es consecuente y te dará el destino que quieres, Diego. Ésta es su casa; cállate ahora, porque ya sabes que las paredes oyen.

—Y aquí al lado tenemos la casa del tío Roque. Ahora mismo, voy á dejarle á usted, Sr. Isidro, porque tengo ganas de saber cómo está la pobrecita Eulalia.

—¿Cómo quieres que esté? Acostada estará sin duda.

—Voy á verlo.

—¿Y vas así? ¿De rondón?

—Voy á consolarla un poco.

—¡Ya! Anda con Dios.

—¿Y usted? ¿Se retira ya á casa?

—Veremos. Pero oye, Diego; no vayas á alborotar la vecindad, llamando á Eulalia á esta hora.

—¡Ca! Voy á seguir el camino que ya he andado otras veces. ¿No ve usted aquella ventana abierta? Es la del cuarto donde me espera la mujer del tío Roque, y por la reja del piso bajo subo. Ya verá usted qué pronto.

—¡Anda con Dios y á consolarla!

Y por la reja se encaminó fácilmente á la ventana de arriba el Señorito.

El alcalde se quedó solo, y siguió entonces dando algunos pasos sin dirección fija. Una última ronda de mozos, que to-

caba en la plaza á las rejas de unas muchachas, era el único ruido que se percibía ya en el pueblo.

De repente se paró el Sr. Isidro.

No hay que olvidar que era la fiesta de Medina, y que las fiestas se celebran en los pueblos, como es sabido, con grandes comilonas. Por algo se ha dicho que hasta los más pobres sacan entonces la tripa de mal año. El Sr. Isidro no había de ser menos, con su doble carácter de rico y de alcalde, y festejó grandemente aquel día atracándose como un pavo y bebiendo fuerte. Bajo el peso de una digestión difícil y de los vapores alcohólicos había acudido aquella tarde al sitio del arroyo destinado á baños de mujeres, y con cierta turbación y torpeza cerebral se hallaba todavía en aquellos momentos de la noche.

Un mal pensamiento le absorbía. Se hallaba delante del cerrado café del tío Vicente; la ventana del cuarto en que dormía la jóven Ramona estaba abierta, y el Sr. Isidro, preocupado todavía con el ejemplo de Diego, tuvo la tentación de olvidar que la alcaldesa le esperaba y de subir también por la reja al balcón del cuarto donde dormía la guapa rubita novia de Valentín.

No era hombre para meditar mucho. No se acordó ya de quién era; dió al traste con los escrúpulos y en un santiamén, convertido en violador de domicilio ajeno, se encontró á lo alto de la reja. El alcalde entró como un ladrón de mal género en el cuarto de Ramona.

La joven, rendida por el muchísimo trabajo de aquel día, había colgado un candil de un clavo de la alcoba y se había dormido sin apagarlo, con el abandono y la confianza natural en un pueblo de corto y conocido vecindario.

El candil despedía una luz débil, produciendo una semi-oscuridad que atrajo hacia el dormitorio al Sr. Isidro.

Anduvo éste sobre la punta de los pies, y cuando llegó á ver á la joven hasta contenía el aliento, temiendo con su fuerte respiración despertarla. Cierta respeto le embargó á pesar de su cinismo y le tuvo con los pies inmóviles, como clavados en el suelo y con el involuntario miedo y hasta el temblor que siente un criminal en los casos graves.

Ramona tenía los labios entreabiertos, dibujándose en ellos una dulce é inocente sonrisa. Parecía que un sueño de amor la tenía embelesada y que sentía las caricias de la imagen de Valentín, siempre amante y solícito como el ángel protector de la guarda.

El alcalde se sentía atraído y sin embargo no podía moverse. Devoraba á la dormida con unos ojos en los que se leía el fuego de la lascivia, y con la mano crispada intentaba comprimir hasta los latidos de su pecho apasionado.

Su respiración, demasiado largo tiempo contenida, hubo de producir un golpe de tos seca que no pudo evitar, y que despertó á Ramona.

La muchacha abrió lánguida y soñolienta sus párpados, pero al ver que en su cuarto estaba el aborrecible Sr. Isidro y que éste la miraba con ojos de fiera, fué víctima de un súbito trastorno mental. Se acordaría sin duda de la reciente y lúbrica escena del baño, y sólo Dios sabe lo que pasaría por aquella cabeza, porque sus hermosos ojos giraron en las órbitas, vidriosos como en un accidente epiléptico, se incorporó fuera de sí, y dió un grito espantoso, gritó que debió oirse á larga distancia en medio del silencio de la noche.

—¡Ladrones! ¡ladrones!—dijo la joven. Y quiso gritar aún más; pero la voz se ahogó en su garganta, sólo produjo un sonido ronco, la expresión de un espanto indecible cubría su rostro y un temblor convulsivo la puso como azogada, comunicando á la cama de madera un rechinamiento que helaba la sangre.

Dos minutos después aparecía allí de improviso un tercer actor en aquella dramática escena.

Oyóse el ruido de alguien que, procedente de la calle, saltaba á su vez por la ventana de aquel mismo cuarto, y se percibieron las precipitadas pisadas de un intruso.

—¡Infame!—exclamó en la sombra un hombre que se arrojaba furioso y como un rayo sobre el alcalde.

Y aquellos dos rivales se arremetieron, se agarraron á brazo partido y se iban acercando al balcón.

Allí hubo una lucha espantosa, durante la que no se oía ni una palabra, pero se hacían esfuerzos desesperados y ti-

tánicos. El empuje del alcalde era terrible, como el de un toro bravío, pero su adversario le aventajaba en destreza.

Los dos cuerpos, siempre agarrados, caían con estruendo á la calle poco después. Oyéronse con el golpe dos interjecciones simultáneas de dolor y de ira.

El que tan valerosamente había luchado contra el alcalde en defensa de la joven, obligándole á pesar de su desesperada resistencia á saltar á la calle, era Valentín.

Valentín que, dejando por un momento y para distraerse á su familia, curioso por ver las rondas y oír los cantares de los mozos á las muchachas, había llegado hasta la plaza, y de la plaza no pudo menos de acercarse á la casa de su novia. Al llegar á pocos pasos de ella, había oído distintamente el horrible grito de terror de Ramona; conoció en el acto la voz amada, y sobresaltado y sin medir peligros de ninguna clase, subió sin dificultad, como poco antes el Sr. Isidro, por la reja del piso bajo.

Lo demás que pasó ya lo sabemos. Ahora se encontraba el alcalde contuso y con dos costillas hundidas: Valentín con el brazo izquierdo dislocado.

Á los impulsos del encono y de la rabia habían sucedido ayes de dolor.

Así permanecieron, sin fuerza para levantarse, hasta que pasó por allí un alguacil que en las grandes ocasiones hacía también las veces de vigilante nocturno. Acudió á los lamentos del Sr. Isidro, y al verle malparado y encontrando también herido á Valentín, fué en busca de auxilio.

Pronto reunió el aguacil á cuatro mozos del pueblo, que trataban de levantar primero al Sr. Arroyo. Pero éste se incorporó como pudo, acompañando su movimiento de quejidos atroces, y dijo con voz de trueno y llena de brutal y feroz venganza:

—Antes de cuidaros de mí y de llevarme á casa, mando en nombre de la justicia que os apoderéis de ese ladrón. Atadme inmediatamente á este mozo con una cuerda, codo con codo, y llevadle á disposición del juez á la cárcel.

Valentín, sin auxilio alguno, pasó, pues, la noche en un inmundo sótano de la casa del ayuntamiento del pueblo.

El alcalde fué llevado en brazos á su casa, y aquella misma noche pudo el médico practicar la primera cura con gran acierto.

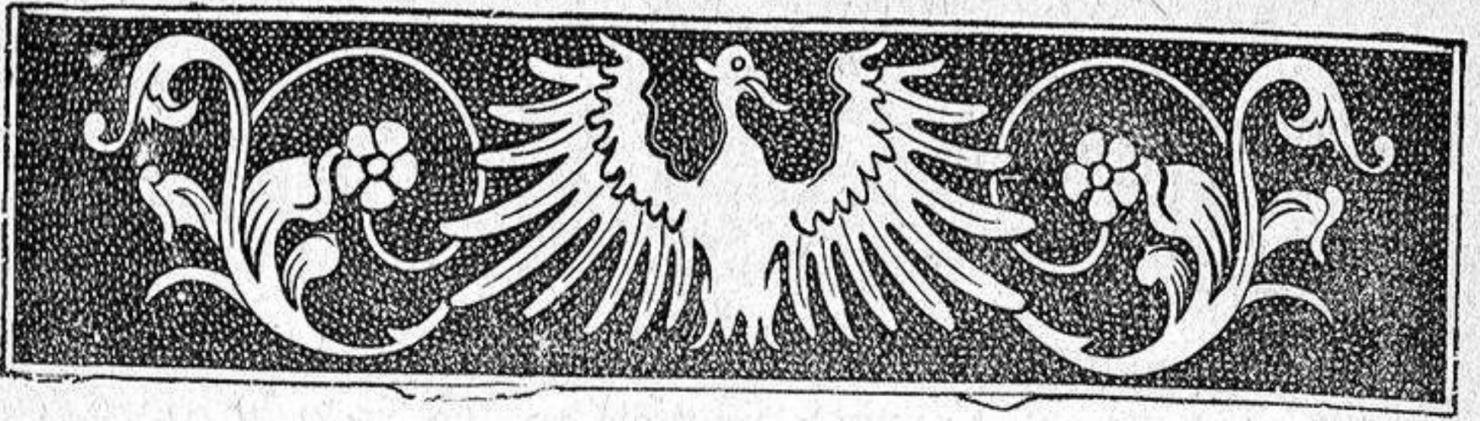
Al día siguiente, el Sr. Isidro del Arroyo hacía al juez su declaración en forma.

Dijo: Que por la noche del tercer día de la fiesta de Medina, á la hora de las diez y media, hallándose en funciones de alcalde y con la vara de justicia recorriendo las calles para velar por el sosiego público y reprimir toda clase de desmanes que pudieran cometerse, vió que un hombre se encaramaba por la reja del café del tío Vicente, con manifiesta intención de violar el domicilio ajeno y con propósitos sin duda alguna siniestros.—Que al intimar el alcalde al delincuente la orden de bajar y de entregarse á la autoridad, se negó el mozo á obedecer, contestando con insultos y amenazas.—Que, viendo el alcalde que aquel hombre seguía escalando la casa y se disponía á fracturar la ventana del piso alto, quiso evitarlo, encaramándose por la reja en su perseguimiento; pero, afianzándose el criminal en el balconcito, encima de la puerta del café, opuso una tenaz resistencia á mano armada, hasta que el alcalde consiguió con sus esfuerzos y por medio de una lucha á brazo partido hacer perder el equilibrio al salteador, que pudo arrastrarle sin embargo en su caída.

CARLOS SOLER ARQUÉS.

(Se continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Memoria sobre un insecto enemigo de los cafetos, por DOMINGO SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ, colector zoológico de la Inspección general de Montes de Filipinas.—Manila, 1890.—Folleto en 4.º de 90 páginas y 2 láminas coloreadas.

Hace algunos años que el *Unus*, como lo llaman los naturales del país, insecto longicornio, del género *Xylotrechus*, cuya especie no está bien determinada, viene causando mucho daño en los cafetales filipinos, especialmente en las ricas plantaciones de las provincias de Batangas, Laguna y Tayabas. La larva de este coleóptero abre profundas y extensas galerías en los troncos y ramas del cafeto, donde vive hasta que se transforma en insecto perfecto. Como es consiguiente, multiplicándose el insecto, las plantas acaban por perecer.

Alarmada la autoridad superior de Filipinas por la extensión del daño, dispuso que el Sr. Sánchez pasase á las comarcas invadidas, para estudiarlo y proponer el remedio. La elección fué muy acertada, porque aquel funcionario posee muy especiales dotes de naturalista y observador, juntas con una gran ilustración. Amante además de la ciencia y sus aplicaciones, no es extraño que haya dado cima á su tarea,

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

como lo ha hecho con la mayor diligencia y perfección. Recorriendo las plantaciones durante dos meses, observando las costumbres del insecto en el campo y el gabinete, y analizando todos los accidentes propios del caso, ha formulado la Memoria de que damos cuenta, ocupándose extensamente y con mucho acierto de las cafetales invadidos de la enfermedad y sus caracteres, de las causas de la misma, de la descripción del insecto en todas sus fases, de la influencia de los árboles protectores, de los medios de defensa y de la distribución del insecto en el Archipiélago.

Rico en detalles y en discretos juicios, el trabajo del señor Sánchez descuella sobre todo por la exactitud de las descripciones naturales y por el acierto de los medios de destrucción del *Unus* que recomienda para el caso.

Con ello ha prestado un gran servicio á la agricultura filipina y á la ciencia. Esta Memoria debe ser el único guía á que deben acogerse los agricultores filipinos para destruir aquella plaga. Así es como se deben proteger los intereses agrícolas, encomendando su estudio á personas de serio y atinado saber.

Las dos láminas que representan las galerías abiertas por el insecto en el tronco del cafeto y los diferentes estados del insecto mismo están muy bien ejecutadas.

J. J.

*
* *

La febre d'or. Novela de costumbres contemporáneas, por D. NARCISO OLLER. Primera parte.—Barcelona.—Dos tomos en 8.º de 224 y 306 páginas. Cada volumen, tres pesetas.

¡Qué lástima, hemos exclamado al leer la última página, que esta novela esté escrita en catalán! Y lo sentimos así, no porque dejemos de apreciar en su mucho valor el idioma de aquella laboriosísima región española, sino porque á causa de ser relativamente escaso el número de los que hablan ó entienden tal lenguaje, no logrará por el momento *La febre d'or* toda la publicidad que merece.

El autor de *La Papallona*, *Vilaniu* y *De tots colors* llega

todavía á mayor altura, con ser ya tanta la que alcanzó en su última producción. Oller es naturalista, sí, pero no á la francesa; describe con la fidelidad admirable de Zola, pero no hay en cuanto dice nada que sonroje á la mujer más honesta. Traslada del natural sus personajes, mas no le domina el *parti pris* de que todos sean repugnantes y se entreguen á vicios que rebajan la nobleza de la condición humana.

¡Qué exactitud al describir el bullicio, la animación y la vida de la Bolsa barcelonesa! ¡Con qué primorosa verdad pinta la primera aparición de Massini en el Liceo! ¡Qué brillantez de colores al diseñar el panorama que se ofrecía en la inauguración del Hipódromo!.... Nada más delicado y hermoso que la pasión que va desarrollándose en el pecho de Delfineta por su tío Francesch y los esfuerzos que éste hace para combatir el efecto que también siente crecer en su alma. El contraste que hacen en la notaría, el pobre señor Monfar, historiador concienzudo, y Gil Foix, antes menestral y hoy millonario, aquél, humilde y arruinado, que va á vender la única casa que posee, éste, orgulloso y satisfechísimo, es sorprendente. Delfineta, cuando no se explica bien lo que pasa por su corazón y va al estudio de su tío Francesch, modestamente vestida, y allí llora y ríe á un tiempo mismo, encanta al lector. ¿Y qué decís de los últimos momentos de la señora Mónica y del choque, que estalla, entre el joven pintor, Francesch, y Eladi, el hombre de confianza de Foix, á quien éste había ofrecido la mano de su hija Delfineta?....

Narciso Oller es un hábil observador; el asunto de *La febre d'or*, aún no completamente desarrollado, puesto que falta una segunda parte que saldrá á fines del año, es de suma importancia y sirve al eximio literato para poner ante los ojos del lector ese afán de riquezas que se ha apoderado de muchos en la época presente. Su libro es una maravilla por lo ameno y *real*; el estilo, propio, correcto y culto. Sin valerse de exageraciones ni embrollos de acción, acierta á mantener creciente el interés, por lo que, después de aplaudirle con entusiasmo, se quedan los lectores aguardando con mal comprimida impaciencia la segunda parte de una obra tan hondamente pensada y galanamente escrita.

Narciso Oller y el P. Luis Coloma son dos ingenios á quienes por derecho propio corresponde el título de insignes novelistas españoles contemporáneos.

Ahora, que un editor acometa el negocio, seguro de que no ha de arrepentirse, de dar una buena versión castellana de *La febre d'or*.

*
* *

Historia de los griegos, por VÍCTOR DURUY. Obra premiada por la Academia francesa. Tomo II.—Barcelona, Montaner y Simón, editores, 1890.—En 4.º, 384 páginas.

Este tomo, lo mismo que el anterior, aparece ilustrado por número grande de grabados; está impreso en excelente papel y su texto es de sumo interés. Estudia el autor, magistralmente por cierto, los períodos que siguen: Desde la invasión doria hasta las guerras médicas, Las guerras médicas, Supremacía de Atenas, La lucha de Esparta y Atenas. Se necesita todo el extraordinario talento del ilustre escritor M. Víctor Duruy para animar con un soplo de vida las épocas, costumbres y personajes que presenta. El lector sigue con deleite los cuadros que traza con arte maravilloso el insigne helenista, y momentos hay en que se imagina trasladado á las ciudades griegas y asistir á sus torneos de la inteligencia y á sus luchas en el campo de batalla. Realza el volumen segundo una hermosa lámina de colores, copia de un jarrón de plata sobredorada encontrado en Kertsch.

*
* *

L'évolution mentale chez l'homme. Origen de las facultades humanas, por G.-J. ROMANES. Traducido del inglés por H. de Varigny.—París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 4.º, VIII-441 páginas: 7,50 pesetas.

Amigo y discípulo de Carlos Darwin, Romanes es uno de los principales defensores de la teoría evolucionista. Ha tratado sobre todo de aplicar esta teoría á los hechos de orden psíquico y se esfuerza en probar que las más elevadas facultades humanas no difieren de las animales más que por el

grado, sin que haya diferencia de *naturaleza*. Después de haber reunido en su obra la *Inteligencia de los animales* los hechos de observación que necesitaba, los utilizó en su estudio de la evolución mental de los animales, y en el volumen que se acaba de publicar acerca de la *Evolución mental del hombre*, estudia los progresos de esas facultades, principalmente en los seres humanos que las tienen menos desarrolladas, esto es, en el niño y en el salvaje. Su última obra contiene un estudio muy interesante sobre el origen y el desarrollo del lenguaje, que favoreció el progreso del pensamiento rudimentario desde los albores de la humanidad tal como se observa en los salvajes, y entre nosotros en el niño.

*
* *

La crisis del Derecho penal, por D. CÉSAR SILIÓ Y CORTÉS. Con un prólogo de D. Ángel María Álvarez Taladriz.—Madrid, 1891.—En 4.º; XXIX-320 páginas: 6 pesetas.

Como dice en su notable prólogo el Sr. Álvarez Taladriz, en esta obra «vibran las pulsaciones de la escuela positiva italiana, sin aquellas irregularidades que en su marcha rítmica y normal se presentaban á los hombres de ciencia, envueltas en el ropaje del materialismo, sombreadas por la negación de la libertad ó ennegrecidas por la fatídica aparición del cadalso.» De nueve capítulos se compone el importante libro del Sr. Silió, en los que estudia con gran detenimiento y originalidad las nuevas doctrinas, la teoría de la responsabilidad criminal, el delito, el delincuente, la clasificación de los delincuentes, la temperatura y la delictuosidad, los factores sociales de la estadística criminal, el homicidio-suicidio y la pena de muerte. El Sr. Silió alcanzó fama envidiable en el Congreso jurídico internacional de Lisboa, que ahora acrece con su meditada producción, llena de doctrina y de ideas propias.

*
* *

Le matériel agricole. Máquinas, instrumentos y utensilios que se emplean en el pequeño y en el gran cultivo, por J. BU-

CHARD, *ingeniero agrícola*.—París, J. B. Baillièrre et fils, editores, 1891.—En 8.º, 384 páginas con 142 figuras en el texto: 4 pesetas.

M. E. Chesnel, ahora con el seudónimo de *Buchard*, y anteriormente con otros, ha publicado diferentes obras relativas á la agricultura y á sus principales producciones. Su último libro, que pertenece á la *Biblioteca de conocimientos útiles*, es verdaderamente útil, porque expone con suma claridad y concisión los aparatos que se emplean en la agricultura y describe la mejor manera de usarlos. La obra de M. Chesnel importa que sea conocida en España, donde tan necesitados estamos de que se generalicen los estudios y prácticas agrícolas.



Otras publicaciones.

Traité encyclopédique de Photographie, por Carlos Fabre, Doctor en ciencias. París, Gauthier-Villars é hijos, editores, 1891. Vigésimo fascículo.—Termina con éste el cuarto y último tomo de obra tan importante; en él se estudian las diversas acciones químicas de la luz (Fosforografía, irradiación fotográfica, etc.). En un extenso capítulo se trata detalladamente de los fotómetros. Concluye examinando la fotografía de colores.

En el Africa tenebrosa, por Enrique M. Stanley. Barcelona, Espasa y Compañía, editores.—Se han repartido los cuadernos 18 á 20 de esta notable obra, muy bien traducida del inglés por D. José Coroleu. El interés del texto, escrito por el famoso explorador, aumenta, y á más de los dibujos intercalados contienen dichos cuadernos hermosas láminas que representan á Stanley, una tempestad nocturna en la selva bajo las palmeras en Bagamoyo, y los pigmeos robando una caja de municiones. Á la misma casa editorial pertenece el *Tratado práctico de partos*, por el doctor A. Auvard, traducido, anotado y con un prólogo por el doctor A. Planellas. En el cuaderno 12 se estudia el feto con todas

las particularidades y anomalías que puede presentar, estudio que facilitan multitud de grabados.

Diccionario Enciclopédico hispano-americano. Barcelona, Montaner y Simón, editores.—Se han publicado los cuadernos 184 á 188 de esta obra verdaderamente monumental y utilísima.

Abrazan muchas voces comprendidas entre *Escol* y *Estado*, dedicando á varias de ellas extensos artículos. Los ilustran gran número de grabados y láminas, entre éstas merecen especial mención la que da acabada idea de la escultura española contemporánea, que trae: *El Angel caído*, de Bellver; *Dante*, de Suñol; *Aquiles herido*, de T. Tasso; *La Virgen madre*, de Samsó; *Monumento á Isabel la Católica*, de Onís; *El grito de independencia*, de Sanmartí; *¡Accidente!* de Benlliure; *El siglo XIX*, de Nobas; *La tragedia*, de Vallmitjana, y *El mal ladrón*, de Ache.

Noticias biográficas de D. Javier de Salas, por D. Luis Vidart.—Estudio digno de la pluma del incansable y docto escritor Sr. Vidart, en el cual presenta de relieve al ilustre marino D. Javier de Salas.

Revue technique des inventions modernes.—Ha entrado en el tercer año esta interesante revista, en la que se tratan puntos de mecánica, electricidad, industrias textiles, química, fotografía, pequeñas industrias, etc. Se publica mensualmente en cuadernos en 4.º mayor de 20 páginas, ilustradas con profusión de grabados; trae además multitud de anuncios útiles, muy especialmente para los fabricantes, ingenieros, etc. Precio de suscripción en el extranjero, un año seis pesetas. La administración está establecida en Bruselas, boulevard Baudouin, núm. 8.

La nueva Teosofía.—Notable conferencia dada en el Ateneo de Madrid por D. Eduardo Gómez de Baquero.

Montes y plantas.—Volumen de 484 páginas, en que ha coleccionado el Cuerpo de Ingenieros de Montes varios de los trabajos sueltos anteriormente dados á luz por su ilustre compañero el insigne botánico D. Máximo Laguna. Á esta obra confiamos que se le dedicará, como merece, un detenido examen.

Electricidad industrial al alcance de todos, por D. Felipe Mora.—Folleto de interés.

Fábulas político-sociales, originales de D. Joaquín de Puerta, presbítero. Granada. En 4.º, 220 páginas: 3 pesetas.—Están escritas con soltura y no carecen de ingenio y originalidad y sanas ideas.

El conocido editor de París Mr. Félix Alcan ha empezado á publicar un nuevo periódico científico titulado *Revue de l'Ecole d'Anthropologie*, dirigido por los profesores de esta escuela Sres. Mathias Duval, A. Hovelaeque, de Mortillet, Laborde, Letourneau, Manouvrier, etc. Los primeros números contienen las lecciones de Lefèvre, *Del grito á la palabra*, y de Laborde, *Funciones intelectuales é instintivas*; una crónica prehistórica de M. de Mortillet y una revista completa de todos los hechos científicos que ofrecen interés para los antropólogos. Sale á luz mensualmente en cuadernos de 32 páginas con grabados en el texto. Su módico precio, de diez pesetas anuales, facilitará la suscripción á una *Revista* en la que se expone una ciencia nueva que en breve tiempo ha alcanzado gran importancia.

A.



ÍNDICE DEL TOMO LXXXI

15 DE ENERO DE 1891

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| La vida rural en España, por D. Enrique Serrano Fatigati..... | 5 |
| La caída de un coloso, por D. J. Pons Samper..... | 20 |
| Juan de Toledo (conclusión), por D. F. Cáceres Pla..... | 29 |
| Apólogo, por D. Adalmiro Montero..... | 37 |
| ¡Dios!, por D. Víctor Suárez Capalleja..... | 38 |
| Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán..... | 45 |
| Relación que hizo de su viaje por España la señora Condesa d'Aulnoy en 1679 (continuación), por Palmerín de Oliva..... | 57 |
| Aquí y allá, por D. Carlos Soler Arqués..... | 74 |
| Crónica política, por A..... | 91 |
| Revista extranjera, por S..... | 101 |
| Boletín bibliográfico..... | 108 |

30 DE ENERO

| | |
|--|-----|
| Chanfaina carrasqueña, por D. José Jordana y Morera..... | 113 |
| Recuerdos de la guerra de África, por D. José Núñez de Prado..... | 127 |
| Estudio de la novela picaresca (continuación), por D. Francisco J. Garriga..... | 135 |
| Orografía de la Península, por D. Federico de Botella..... | 147 |
| Relación que hizo de su viaje por España la señora Condesa d'Aulnoy en 1679 (continuación), por Palmerín de Oliva..... | 171 |
| Teatro Real, por Un señor de la orquesta..... | 187 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués..... | 191 |
| Crónica política, por A..... | 207 |
| Revista extranjera, por S..... | 213 |
| Boletín bibliográfico..... | 221 |

15 DE FEBRERO

| | |
|--|-----|
| El código ovandino, por D. M. Jiménez de la Espada..... | 225 |
| Población de Filipinas, por D. J. Jimeno Agius..... | 246 |
| ¡Una hoja seca!, por D. J. Pons Samper..... | 264 |
| Hernán Pérez del Pulgar (continuación), por D. Francisco Villa-Real.. | 270 |
| Esudio de la novela picaresca (conclusión), por D. Francisco J. Garriga..... | 283 |
| Relación que hizo de su viaje por España la señora Condesa d'Aulnoy en 1679 (continuación), por Palmerín de Oliva..... | 290 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués..... | 307 |
| Crónica política, por A..... | 319 |
| Boletín bibliográfico..... | 331 |

28 DE FEBRERO

| | |
|--|-----|
| El análisis espectral en sus aplicaciones á la astronomía estelar, por D. E. de la Vega..... | 337 |
| El código ovandino (conclusión), por D. M. Jiménez de la Espada.. | 352 |
| Población de Filipinas (conclusión), por D. J. Jimeno Agius..... | 366 |
| Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán..... | 379 |
| Hernán Pérez del Pulgar (continuación), por D. Francisco Villa-Real. | 391 |
| La solución cristiana, por D. J. Pons Samper..... | 400 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués..... | 413 |
| Crónica política, por A..... | 422 |
| Revista extranjera, por S..... | 434 |
| Boletín bibliográfico..... | 443 |

15 DE MARZO

| | |
|--|-----|
| Las formas de gobierno, por D. Damián Isern..... | 449 |
| Reforma de la ortografía castellana, por D. J. Jimeno Agius..... | 465 |
| Notas sueltas, por Zaravel..... | 484 |
| El ocaso del genio, por D. J. Pons Samper..... | 500 |
| Chanfaina carrasqueña, por D. A. García Maceira..... | 502 |
| Relación que hizo de su viaje por España la señora Condesa d'Aulnoy en 1679 (continuación), por Palmerín de Oliva..... | 505 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler y Arqués..... | 521 |
| Crónica política, por A..... | 534 |
| Revista extranjera, por S..... | 540 |
| Boletín bibliográfico..... | 555 |

30 DE MARZO

| | |
|---|-----|
| La creación según que se contiene en el primer capítulo del Génesis, por D. Juan Vilanova y Piera | 561 |
| Reforma de la ortografía castellana, por D. J. Jimeno Agius..... | 582 |
| Luis Mancinelli y la Sociedad de Conciertos de Madrid, por D. Anto- nio Peña y Goñi..... | 597 |
| Relación que hizo de su viaje por España la señora Condesa d'Aulnoy en 1679 (conclusión), por Palmerín de Oliva..... | 618 |
| El patriotismo en la antigüedad, por D. Elíseo Guardiola Valero.... | 637 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués..... | 650 |
| Boletín bibliográfico | 662 |
| Índice del tomo LXXXI..... | 670 |

